OBRAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

NOVELAS CORTAS.

SEGUNDA SERIE.

Es propiedad del autor.—Quedan hechos los depósitos que marca la Ley.

3217no

NOVELAS CORTAS

DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

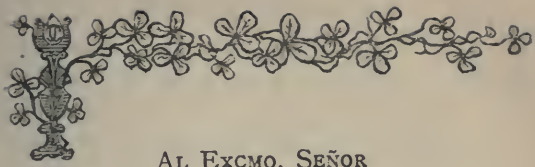
SEGUNDA SERIE.

HISTORIETAS NACIONALES.

El carbonero-alcalde.—El afrancesado.
¡Viva el Papa!—El extranjero.—El angel de la guarda.
La buenaventura.—La corneta de llaves.—El asistente.
¡Buena pesca!—Las dos gloriás.—Dos retratos.
El rey se divierte.—Fin de una novela.—El libro talonario
Una conversación en la Alhambra.—El año campesino.
Episodios de Noche-buena.—Mayo.
Descubrimiento y paso del Cabo de Buena Esperanza.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1881.

21233



AL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN VALERA.

AUNQUE *diga el refrán:* «¿Quién es tu enemigo?—El de tu oficio;» *y, aunque V. y yo tenemos el oficio de escribir novelas, llevamos ya cinco lustros de querernos entrañablemente, y así hemos de comparecer á la presencia de Dios, por muchas más novelas que escribamos en lo que nos resta de vida. Somos, pues, dos hermanos ejemplares, bien que V. sea el mayor en edad, saber y gobierno (sobre todo en saber; que en lo demás, allá nos vamos por desdicha), y, á título de tal hermano, dedico á usted, Sr. D. Juan, estas inocentonas* historietas nacionales, *harto necesitadas, para volver á presentarse en público, del amparo y patrocinio del insigne autor de* Doña Luz *y de* Pepita Jimenez.

Las escribí, como V. sabe, entre los veinte y veinte y cinco años de edad, y, ya que no otro mérito, tienen el de haber sido las primeras de su índole y forma publicadas en España, razón por la cual les tengo algún cariño de padre, ó, por mejor decir,

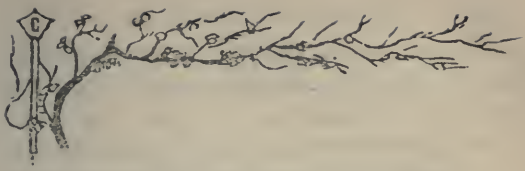
de abuelo.—Acéptelas V., no sólo en señal de mi afición á su persona y de mi admiración á su talento, sino también como signo rememorativo, *que deciamos en las antiguas aulas, de lo mucho que agradecí la generosa epístola que me dirigió V. cuando publiqué* El Niño de la Bola; *epístola que, dicho sea con perdón, me interesó y conmovió infinitamente más que cuanto por aquel entonces se dijo de mí en letras de imprenta.*

Adios, Sr. D. Juan. Abraza á V. con toda el alma su mejor amigo,

Don Pedro.

Madrid 1.º de Setiembre de 1881

EL CARBONERO ALCALDE.



EL CARBONERO-ALCALDE.

I.

Otro dia narraré los trágicos sucesos que precedieron á la entrada de los franceses en la morisca ciudad de Guadix, para que se vea de qué modo sus irritados habitantes arrastraron y dieron muerte al Corregidor D. Francisco Trujillo, acusado de no haberse atrevido á salir á hacer frente al ejército napoleónico con los trescientos paisanos armados de escopetas, sables, navajas y hondas de que habría podido disponer para ello...

Hoy, sin otro fin que indicar el estado en que se hallaban las cosas cuando ocurrió el sublime episodio que voy á referir, diré que ya era Capitán General de Granada *el Excelentísimo Sr. Conde D. Horacio Sebastiani*, como le llamaban los afrancesados, y Gobernador del Corregimiento de Guadix el General Godinot, sucesor del Coronel de Dragones de ca-

ballería, núm. 20, Monsieur Corvineau, á quien había cabido la gloria de ocupar la Ciudad el 16 de Febrero de 1810.

Dos meses habían pasado desde esta aborrecida fecha, y las tropas de Napoleón seguían dominando en Guadix por tal arte, que aquella tierra clásica de revoltosos y guerrilleros se hallaba como una balsa de aceite. Apenas se veía algún que otro buen patriota ahorcado en los miradores de las Casas Consistoriales, y ya iban siendo menos sorprendentes ciertas misteriosas *bajas* del Ejército invasor, ocasionadas según todo el mundo sabe, por la manía en que dieron los guadijeños, como otros muchos españoles, de arrojar al pozo á sus alojados: comenzaba la plebe á chapurrar el francés, y ya sabían hasta los niños decir «*didón*» para llamar á los conquistadores, lo cual era claro indicio de que la asimilación de españoles y franceses adelantaba mucho, haciendo esperar á los traspirenáicos una pronta identificación de ambos pueblos: ya bailaban nuestras abuelas (es decir, las abuelas de los nietos de señorones afrancesados; que no las mias á Dios gracias)... ya bailaban, digo, con los oficiales vencedores en Marengo, Austerlitz y Wagram, y áun había ejemplo de que alguna beldad despreocupada, con peina de teja y vestido de medio paso,

que era la suma elegancia en aquel entonces, hubiese mirado con buenos ojos á este ó aquel granadero, dragón ó husar nacido en lejas tierras: ya extendían los curiales toda clase de documentos públicos en papel que *había sido* del reinado de D. Fernando VII, y al cual se acababa de poner la siguiente nota: «*Valga para el reinado del Rey nuestro Sr. D. José Napoleón I:*» ya se dignaban oir misa, los domingos y fiestas de guardar, aquellos hijos de Voltaire y de Rousseau, bien que los Generales y jefes superiores la oyesen, como convenía á su alta dignidad, arrellanados en los sillones del Presbiterio y fumando en descomunales pipas... (histórico): ya los frailes de San Agustín, San Diego, Santo Domingo y San Francisco habían *consumido* todas las Hostias consagradas y evacuado por fuerza sus conventos para que sirviesen de cuarteles á los galos: ya, en fin, era todo paz varsobiana, oficial alegría y entusiasmo bajo pena de muerte en la antigua corte de aquellos otros enemigos de Cristo que reinaron en Guadix por la gracia de Alá y de su profeta Mahoma.

II.

Pues he aquí que, en tales circunstancias, tuvo que cerrar sus puertas el matadero de

Guadix, por falta de reses que matar. Vacas, bueyes, terneras, carneros, ovejas, cabras... ¡todos los ganados del territorio habían sido ya devorados por *aquellos naciones*, con más todos los jamones, espaldillas, pavos, pollos, gallinas, palomas y conejos-caseros de la ciudad; pues nunca se había visto á seres humanos comer tanta *carnaza* á todas horas!...

Las gentes del país, sóbrias siempre, á fuer de semi-africanas, seguían alimentándose con vejetales crudos, cocidos ó fritos...; ¡pero el Conquistador necesitaba carne, y carne fresca, y mucha, y pronto!...

En tal conflicto, recordó el General francés que el partido de Guadix se componía de varios pueblos, y que la mayor parte de ellos se hallaban aún *por conquistar*.

—¡Es necesario, dijo entonces á sus tropas, que las águilas del Imperio se extiendan por todas partes! Desparramáos por cuantas villas, lugares y cortijos comprende el territorio de mi mando: llevadles la buena nueva del advenimiento de D. José I al trono de San Fernando: tomad posesión de ellos en su nombre, y traedme á la vuelta cuanto ganado encontréis en sus corrales y rediles. ¡Viva el Emperador!

Y, en virtud de esta *orden del dia*, salieron diez ó doce columnas, cada una de ciento á doscientos hombres, con dirección al marque-

sado del Zenet, á Gor, á los Montes, y á los pueblos situados en la falda septentrional de Sierra Nevada.

Entre estos últimos,—y henos ya dentro del episodio que nos propusimos referir al coger hoy la pluma;—entre los pueblos que, indiferentes á los adelantos de la civilización, vegetan al pié del colosal y siempre nevado Mulhacem, es y era renombrada en veinte leguas á la redonda, por el caracter indómito de sus moradores, por su terrible aspecto, por el estado casi salvaje de las costumbres y por otras particularidades que ya irán surgiendo de nuestra relación, la antiquísima villa de *Lapeza*, célebre en la guerra de los Moriscos, y cuyo arruinado castillejo recuerda aún el nombre de su esforzado Gobernador Bernardino de Villalta, digno adversario de los secuaces de Abén-Humeya.

Era el dia 15 de Abril del mencionado año de 1810.

La villa de Lapeza ofrecía un espectáculo tan risible como admirable, tan grotesco como imponente, tan ridículo como aterrador. Hallábanse cortadas todas sus avenidas por una muralla de troncos de encina y de otros árboles gigantescos, que la población en masa bajaba del monte vecino, y con los que formaba pilas no muy fáciles de superar. Como

la mayor parte de aquel vecindario se compone de carboneros, y el resto de leñadores y pastores, la operación indicada se llevaba á cabo con inteligencia y celeridad verdaderamente asombrosas.

Aquel recio muro de madera formaba una especie de torre por el lado frontero al camino de Guadix, y encima de esta torre habían colocado los lapeceños (¡asómbrense ustedes!) cierto formidable *cañón* fabricado por ellos mismos, y de que ha quedado imperecedera memoria; el cual consistía en un colosal tronco de encina ahuecado al fuego, ceñido con recias cuerdas y redoblados alambres, y cargado hasta la boca con no sé cuantas libras de pólvora y con una infinidad de balas, piedras, pedazos de hierro viejo y otros proyectiles por el estilo...

Contábase además con todas las armas blancas y negras del pueblo y del monte, resultando disponibles unas doce escopetas, más de veinte bocachas y trabucos, un cuchillo, puñal ó navaja por persona, tres ó cuatro docenas de hachas de hacer leña, algunos pistolones de chispas, inmensos montones de piedras de respetable calibre, todas las hondas necesarias para hacerlas volar, y una verdadera selva de garrotes y porras de variados gustos.

En cuanto á la *guarnición*, todos los coetáneos del hecho están de acuerdo en que constaría de unos doscientos *hombres*, á quienes sólo se podía llamar así por un exceso de filantropía, pues más que hombres parecían orangutanes; entre los cuales figuraba en primera línea, merece especial mención y dará exacta idea de los demás, el General de aquel ejército, el Gobernador de aquella plaza, el Alcalde de Lapeza; *Manuel Atienza*, en fin, que santa gloria haya!

Era la primera Autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco á cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso ó *nudoso* (que esta es la verdadera palabra) como un fresno, y fuerte como una encina; aunque, á decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo, que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes de caoba; sus manos bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un javalí; su pecho, que la abierta camisa dejaba ver de hombro á hombro y del cuello hasta el estómago *inclusive*, parecía cubierto de una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido á fuerza de estar sobre áscuas, y, efectivamente el cer-

doso vello que poblaba su saliente esternón hallábase chamuscado, así como sus pobladas cejas... Y consistía esto en que el señor Alcalde era carbonero (ó sea *ranchero de la sierra*, según que ellos se llaman), y había pasado toda su vida en medio de un incendio, como las ánimas del Purgatorio.

Con respecto á los ojos de Manuel Atienza, no podía negarse que *veían;* pero nadie hubiera asegurado nunca que *miraban*. La advertida ignorancia de su merced, junta á la malicia del mono y á la prevención del hombre entrado en años, aconsejábale no fijar nunca la vista en sus interlocutores, á fin de que no descubriesen las marras de su inteligencia ó de su saber; y, si la fijaba, era de un modo tan vago, tan receloso, tan solapado, que parecía que aquellas pupilas miraban hacia dentro, ó que aquel hombre tenía otros dos ojos detrás de las orejas como las lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña.

De su traje, no hay que decir, por ser cosa de cajón entre la gente rica de aquellos pueblos, que consistía en unas albarcas de piel de

toro, tomiza y parella; medias de lana; calzón corto, de paño burdo muy oscuro; chaqueta de lo mismo; chaleco celeste, de raso, rameado de amarillo; canana de cuero, en vez de faja, y un enorme sombrero, bajo cuya ala, ribeteada de felpa, sesteaba muy cómodamente toda su autoridad...—Y, á propósito de autoridad, añadiré para concluir, que la vara de alcalde le llegaba al hombro, y que sus dos borlas negras, del tamaño de dos naranjas, denunciaban á tiro de bala á todo *un hombre de orden*, que diríamos ahora.

Tal era el Alcalde de Lapeza, y á su tenor todos sus subordinados. Si creéis exagerada la descripción, tened presente que la raza de los lapezeños no ha degenerado ni se ha modificado con los años transcurridos. ¡Id allá, y os asombraréis, como yo, de que en España y á mediados del siglo XIX existan todas las maravillas del Africa meridional!

III.

Pero las obras de fortificación están terminadas y el armamento distribuido equitativamente.

Atienza ha mandado á *Jacinto* que vaya á su casa por un antiquísimo tambor, que sirve

para las procesiones, para los toros y para pregonar los bandos.

Jacinto—que, dicho sea entre paréntesis, era el alguacil, y de alguacil ha muerto en el presente año de 1859—acude ya tocando generala.

—¡A la formación!—grita el síndico; persona muy perita en el arte militar, como que ha servido al señor Rey D. Cárlos IV en clase de ranchero de una compañía de cazadores...

Los doscientos lapezeños toman las armas y se forman en batalla enfrente del Ayuntamiento.

Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta y extensos gavilanes; cuelga de su canana una pistola de arzón; coge con la mano izquierda la vara de Alcalde, ni más ni menos que haría con su bastón un mariscal de Francia, y, seguido de un brillante Estado Mayor, compuesto del alguacil, del pregonero ó *peón público* y del *Infrascrito*, que es como, por antonomasia, llama su mujer al fiel de fechos, pasa revista á sus formidables huestes, que le presentan las armas ó tiran por alto monteras y sombreros.

—¡Viva el señor Alcalde!—gritan ó ladran aquellos futuros heroes.

A lo que Atienza replica:

—¡Qué alcalde ni qué cuerno!—¡Viva Dios!

¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!

Y, una vez cambiado este saludo de guerra, su merced ordena á Jacinto que toque un largo redoble; llama á su lado al pregonero, y, por boca de éste, que repite una á una y hasta media á media las palabras del caudillo, pronuncia la siguiente proclama, no escrita:

«Por—noticias—del tio Piorno—se ha sabido—que—el enemigo de la patria—viene hoy á Lapeza—á conquistarnos—y—robarnos los bienes;—y nosotros,—con la bendición del señor cura,—y el auxilio—de nuestra santa patrona—la Virgen del Rosario,—vamos—á defendernos—como buenos españoles—y á mostrar—á la ciudad de Guadix,—que—si ella—se ha entregado al francés,—los—vecinos de Lapeza—saben morir,—como murieron—los vecinos de Madrid—el dia *Dos de Mayo*,—ó—vencer —como vencieron—los vecinos de Bailén—hace dos años;—y, en su virtud,—el Alcalde—hace saber—á estos vecinos—que—el que no perezca—en el presente dia—defendiendo su casa,—será declarado—mal español—y traidor á la patria—y morirá,—como corresponde,—colgado de una encina de la sierra.—Y para que conste,—no sabiendo firmar,—lo hace su merced—con la cruz que acostumbra,—de que certifica — el infrascrito.—

¡Viva Dios!—¡Viva la Virgen!—¡Viva España!—¡Viva Fernando VII!—¡Muera *Pepe botellas!*—¡Mueran los franceses!—¡Muera Godinot!—¡Mueran los traidores!»

Esta mezcla de proclama guerrera y de actuación judicial, produjo extraordinario efecto en los lapezeños.

Manuel Atienza hizo la cruz con los dedos, y la besó al llegar á lo de la firma; el secretario certificó con un movimiento de cabeza; el pregonero cumplimentó al Alcalde por lo bien que había improvisado su discurso; Jacinto tocó otro redoble de tambor, y los *vivas*, los bailes y los himnos patrióticos dieron fin á aquella cómica *loa* de una verdadera tragedia.

—¡Cada uno á su puesto!—exclamó entonces el síndico.

Y unos coronaron la fortaleza de madera; otros se montaron en el *cañón*, provistos de una larga mecha; los gañanes más diestros en el manejo de la honda subieron á la alcazaba morisca; los tiradores ó escopeteros salieron de descubierta al camino de Guadix, y el Alcalde se colocó en un punto que dominaba todo el futuro campo de batalla, teniendo á su lado á Jacinto, á fin de que con un redoble de tambor diese la señal de fuego.

Entretanto, el Cura bendecía y absolvía una vez más á sus animosos feligreses, y se dedi-

caba, con el albeitar, el sacristán y el sepulturero, á preparar vendajes, el Santo Óleo y unas angarillas, para el socorro de heridos y muertos.

Casi todas las mujeres rezaban en la iglesia; y, en cuanto á los niños, habíase dispuesto aquella mañana mandarlos todos á lo alto de Sierra Nevada, á fin de que sus vidas no corriesen peligro y pudieran servir, andando los años, para rechazar otra invasión extranjera.

IV.

Las tres de la tarde serían cuando una nube de polvo indicó á los lapezeños la proximidad del enemigo.

Algunos tiros de las primeras avanzadas corroboraron poco después aquella indicación.

Los lapezeños saltaron de entusiasmo, y al mismo tiempo, por disposición final del señor Alcalde, izáronse en la antigua fortaleza de los moros y en el parapeto de encina dos ó tres banderas hechas con pañuelos negros.

Las campanas tocaron á rebato; muchas viejas empezaron á gritar y los mozos á lanzar silbidos; algunas piedras zumbaron en el espacio, y los escopetazos del camino oyéronse más frecuentes y más próximos.

Un momento después los tiradores se reple-

garon hacia la villa, cargando nuevamente sus armas, y los primeros cascos, corazas y bayonetas del ejército invasor relucieron al alcance de los trabucos.

—¿Cuántos vienen?—preguntó Manuel Atienza á uno de los que más habían avanzado.

—¡Vendrán doscientos!—respondió éste.

—¡Somos fuerzas iguales!—exclamó el carbonero con desdeñosa arrogancia, sin considerar que doscientos rústicos mal armados no significan lo que doscientos veteranos avezados á las lides y acometiendo con excelentes armas.

—¡Pero traen caballería!...—añadió un segundo escopetero.

—¡Repito que somos fuerzas iguales! (volvió á decir Manuel Atienza).—¡A ver, Jacinto! que suene ese tambor...—¡España y á ellos! ¡Viva la Virgen!

Jacinto dió la señal ansiada, y una nube de piedras y de balas, cayendo sobre los franceses, los obligó á hacer alto.

Un momento después, contestaron éstos con una nutrida descarga, que dejó fuera de combate á cinco lapezeños.

—¡Alto el fuego!—gritó entonces el Alcalde. —Están todavía muy lejos y tenemos poca pólvora. Dejémosles acercarse...—Ya sabéis que el *cañón* se reserva para lo último, y que

hasta que yo tire el sombrero no se le arrima la mecha.—Ustedes, señoras, ¡á ver si se callan y cuidan de los heridos!

—¡Ya se acercan otra vez!

—¡Nada!... ¡todo el mundo quieto!

—¡Ya apuntan!...

—¡Todo el mundo á tierra!

Una segunda descarga vino á estrellarse en los troncos de encina, y los franceses avanzaron hasta hallarse á unos veinte pasos del ejército sitiado.

Los peones se replegaron á los dos lados del camino, dejando paso á la caballería...

—¡Fuego!—exclamó entonces el Alcalde con una voz igual á la de la pólvora, mientras que arrojaba el sombrero por alto y se plantaba en medio del mayor peligro.

¡Allí fué lo horrible! ¡Allí fué lo inenarrable!

Franceses y españoles dispararon sus armas á un mismo tiempo, sembrando la tierra de cadáveres: la caballería aprovechó este momento para llegar al pié de la muralla, presumiendo sin duda poderla saltar con sus impetuosos bridones: centenares de piedras derrumbaron á caballos y jinetes: éstos empezaron por su parte á degollar á mansalva; y, en aquel supremo tumulto, en medio de aquel estrago, de aquel torbellino, de aquella confusión, he aquí que estalla por último el tremendo cañonazo, produ-

ciendo un estampido fragoroso y llevando la muerte á sitiados y sitiadores!

¡Y era que el *cañón* había reventado al tiempo de disparar; era que la encina hecha pedazos vomitaba la metralla en todas direcciones, lo mismo hacia atrás que hacia adelante y por los costados, revuelta con mil fragmentos de madera que silbaban al hender el aire; era que la espansión de tanta pólvora inflamada había hecho rodar los troncos en que se apoyaba el *cañón*, y estos troncos aplastaron á españoles y franceses! Fué aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre; de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía ó volvían á la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles; de caballos sueltos que huían coceando; de palos de ciego dados sobre amigos y enemigos por los lapezeños que aún seguían en pié, y de puñaladas, pistoletazos y pedradas, que venían de abajo, de arriba, de todas partes, como si hubiese llegado el fin del mundo...

Y en esta tempestad, en este infierno, percibíanse juntos el toque *de retirada* de la corneta francesa y el redoble del tambor lapezeño tocando *á generala*, en tanto que la voz del formidable carbonero, del invencible Alcalde, del invulnerable Atienza, sobresalía

entre el común estruendo, gritando desaforadamente:

—¡Duro en ellos, muchachos! ¡Hasta que no quede uno! ¡Ya deben de quedar pocos!

Y era verdad; pero también era cierto que quedaban menos españoles. El cañón de encima había hecho más destrozo entre los lapezeños que entre los franceses.

Sin embargo, como estos últimos ignoraban los medios de defensa que aún podían tener reservados aquellos demonios; como tampoco sabían su número; y como todo lo temían ya de ellos, pensaron en salvarse á toda prisa; y, desordenados, dispersos, atropellando la caballería á la infantería y desoyendo los soldados las voces de sus jefes, emprendieron una retirada muy semejante á una fuga, perseguidos por los gañanes, que aún tenían á su disposición tres leguas cubiertas de proyectiles para sus hondas, y por algunos escopeteros á quienes quedaban cartuchos.

Apedreados, pues, fusilados, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, de sudor y polvo, y habiendo dejado cien hombres en Lapeza y en el camino, entraron en Guadix, á las ocho de la noche, los vencedores de Egipto, Italia y Alemania, vencidos aquel dia por una *fuerza inferior* de pastores y carboneros.

V.

El sangriento drama que acabamos de referir no podía menos de tener un tremendo epílogo.

Imagínense nuestros lectores la sorpresa y la ira del general Godinot al saber lo acontecido en Lapeza.

—¡No dejaré en ella piedra sobre piedra!—exclamó el vengativo galo...

Y cuatro dias después salían con dirección á la villa gobernada por Atienza, dos mil cuatrocientos hombres de todas armas, al mando de un Oficial General, y con tantos víveres y municiones como si se tratara de sitiar una plaza fuerte.

Aquel numeroso ejército dió vista á Lapeza á las nueve de la mañana.

A nadie encontraron por el camino: ni un tiro, ni una pedrada los recibió. Todo era silencio y soledad en la ensangrentada villa.

La destruida muralla de troncos no había sido recompuesta, y las campanas no hacían señal de la llegada del enemigo...

Así entraron en el pueblo los irritados invasores.

Y allí debió de cruzar por su mente una especie de profecía de lo que más tarde les acon-

teció en Rusia.—Lapeza estaba despoblada, ni más ni menos que Moscow cuando penetró en ella Napoleón el Grande.

Los lobos, hartos de carnicería, habían vuelto á internarse en la sierra.

Sólo algunas pobres mujeres, que habían bajado aquel dia á dar una vuelta por sus abandonados hogares y en busca de víveres para los emigrados, fueron halladas en los rincones de la Iglesia, á donde se habían guarecido, creyendo que allí las respetarían los ilustres conquistadores...

Más ¡ay! no... Que, á falta de varones fuertes que vencer, ofrecióles allí la pérfida fortuna míseras doncellas que ultrajar, inocencia que escarnecer, virtud que cubrir de oprobio y amargura.

¡Apartemos los ojos de aquellas infamias, muchas veces repetidas por los vencedores de Europa, durante su odiosa dominación en España! ¡Maldición y vergüenza á los que emplean en el crimen la victoria! ¡Horror eterno á las armas extranjeras!

Ufanos y satisfechos volvían hacia Guadix aquellos heroes, llevando, como únicos prisioneros hechos en aquella ruidosa expedición, un inerme anciano, decrépito y enfermo, que encontraron en una choza, y un tímido adolescente que lo cuidaba, cuando la noticia de

lo que sucedía en sus hogares, divulgada en la sierra por alguna atribulada fugitiva, precipitó sobre el camino á los enfurecidos padres, hermanos y novios, que bajaban de las alturas como despeñados torrentes.

Empezó entonces un tremendo combate *á salto de mata* (esta es su gráfica calificación) entre los cien vecinos que aún había á las órdenes de Atienza, y los dos mil cuatrocientos expedicionarios franceses.

Una vez lanzado el reto y trabada la lid, los lapezeños empezaron á batirse en retirada, á la usanza mora, con el fin de internar á los enemigos en las fragosidades de la sierra.

Estos cometieron la imprudencia de caer en el lazo; y, si bien es verdad que sus terribles armas casi concluyeron con aquel puñado de valientes, no lo es menos que compraron la vida de cada uno con diez bajas en sus batallones!

Las ásperas rocas, los verdes barrancos, los matorrales y los abismos quedaron sembrados de cadáveres franceses...

Fué una de tantas poco sabidas pérdidas como tuvieron en España los ejércitos napoleónicos; pérdidas que no constaban en los boletines de las grandes batallas; pero que al cabo de la guerra de la Independencia dieron la enorme suma de *medio millón* de soldados im-

periales muertos ó perdidos en nuestra península.

Concluyamos.

Atienza—ó *Atencia*, que es como el señor Alcalde pronuncia su apellido, aumentando su energía con esta variante;—el invicto carbonero, que ha presentado dos batallas en cuatro dias á las tropas de Bonaparte, hállase de pié sobre una altísima peña, rodeado de franceses, acorralado, perdido, cargando su *naranjero* con el último cartucho, con la cabeza vendada de resultas del combate del dia 15, recientemente herido en el pecho, todo cubierto de sangre, llevando al cinto la vara de su jurisdiccion, como hiciera con la suya un arriero, y respondiendo á las intimaciones que le hacen de que se rinda, con risotadas salvajes cuyos ecos repiten los abismos de la quebrada sierra.

Cien balas silban contínuamente en torno suyo; pero él las esquiva saltando de un lado á otro, irguiéndose ó agachándose, ágil, súbito, elástico, como tigre que va y viene sin cesar, se encoge, brinca, acude á todas partes, y aterra tanto en la defensa como en la acometida.

Dispara, por fin, el último trabucazo, trazando en torno suyo un semicírculo con la tremenda arma, como si quisiese rociar de balas el monte: alcánzale en esto otro tiro en el

vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso: conoce que va á morir: arroja el trabuco, no sin mirarlo con enojo, al considerarlo ya inofensivo: sácase del cinto el enorme bastón que conocemos; y, dirigiéndose á un coronel que le insta en mal español para que se entregue:

—¡Yo no me rindo!—dice.—¡Yo soy la Villa de Lapeza, que muere antes de entregarse!

Y, rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja á la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.

¡Ni tan siquiera de su cadáver logró apoderarse el enemigo!

VI.

Lapeza es ya de los franceses.

El General Godinot recibe la fausta nueva de boca del Jefe expedicionario.

—¿Cuántos prisioneros traéis?—le pregunta. —¡Necesitamos ahorcarlos, para que escarmienten los demás pueblos del partido!

—Solo traigo dos: un viejo y un muchacho. ¡En toda la villa no encontré más enemigos! —responde el Jefe bajando los ojos.

Entonces Godinot no puede menos de admirar la actitud verdaderamente antigua, clásica, espartana de aquellos montañeses. Pero, con todo, insiste en que sean ahorcados los dos débiles prisioneros...

Nuestros padres nos han referido muchas veces los pormenores de aquella ejecución...

Pero nosotros la contarémos rápidamente...

Son de índole demasiado feróz para que la pluma se detenga en su relato.

Ataron una cuerda al cuello del niño, y lo arrojaron desde un mirador de la casa del Ayuntamiento á la plaza mayor de Guadix.

Rompióse la cuerda, y el niño cayó contra el empedrado.

Anudaron la parte rota; tornaron á subir á la pobre criatura; colgáronlo de nuevo, y la cuerda se volvió á romper.

El niño quedó en el suelo sin poder moverse.—No había muerto; pero todos sus remos se habían roto.

Entonces, un Oficial de dragones, conmovido al mirar que se pensaba en colgarlo por tercera vez, llegóse al infelíz... y le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

Saciada de este modo, al menos por aquel dia, la ferocidad de los vencedores, dignáronse perdonar al anciano enfermo, el cual había presenciado toda la anterior escena acurruca-

do al pié de una columna, esperando á que le llegase su vez de ser ahorcado...

Diéronle, pues, libertad; y el pobre viejo salió de la plaza corriendo y tambaleándose, y tomó el camino de su pueblo, donde murió de tristeza aquella misma noche.

¡El niño asesinado en Guadix... era su hijo!

Guadix, 1859.

EL AFRANCESADO.

EL AFRANCESADO.

I.

En la pequeña villa del *Padrón*, sita en territorio gallego, y allá por el año de 1808, vendía sapos y culebras y agua llovediza, á fuer de legítimo boticario, un tal García de Paredes, misántropo solterón, descendiente acaso, y sin acaso, de aquel varón ilustre que mataba un toro de una puñada.

Era una fría y triste noche de otoño. El cielo estaba encapotado por densas nubes, y la total carencia de alumbrado terrestre dejaba á las tinieblas campar por su respeto en todas las calles y plazas de la población.

A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que las lúgubres circunstancias de la Patria hacían mucho más siniestra, desembocó en la Plaza que hoy se llamará *de la Constitución*, un silencioso grupo de sombras, aún más negras que la oscuridad de cielo y tierra, las cuales avanzaron hacia la botica de García de

Paredes, situada en un rincón próximo al Corregimiento, y cerrada completamente desde *las Animas*, ó sea desde las ocho y media en punto.

—¿Qué hacemos?—dijo una de las sombras en correctísimo gallego.

—Nadie nos ha visto...—observó otra.

—¡Derribar la puerta!—añadió una tercera.

—¡Y matarlos!—murmuraron hasta quince voces.

—¡Yo me encargo del boticario!

—¡De ese nos encargamos todos!

—¡Por judío!

—¡Por *afrancesado!*

—Dicen que hoy cenan con él más de veinte franceses...

—¡Ya lo creo! ¡Como saben que ahí están seguros, han acudido en montón!

—¡Ah! ¡Si fuera en mi casa!—¡Tres alojados llevo echados al pozo!

—Mi mujer degolló ayer á uno...

—¡Y yo... (dijo un fraile con voz de figle) he asfixiado á dos capitanes, dejando carbón encendido en *su celda*, que antes era mia!

—¡Y ese infame boticario los protege!

—¡Qué expresivo estuvo ayer en las eras con esos viles excomulgados!

—¡Quién lo había de esperar de García de

Paredes! ¡No hace un mes que era el más valiente, el más patriota, el más realista del pueblo!

—¡Toma! ¡Como que vendía en la botica retratos del príncipe Fernando!

—¡Y ahora los vende de Napoleón!

—Antes nos excitaba á la defensa contra los invasores...

—Y, desde que vinieron al Padrón, se pasó á ellos...

—¡Y esta noche da de cenar á todos los jefes!

—¡Oid qué algazara traen! ¡Pues no gritan *¡viva el emperador!*

—Paciencia... (murmuró el fraile.) Todavía es muy temprano.

—Dejémosles emborracharse... (expuso una vieja.)—Después entramos... ¡y ni uno ha de quedar vivo!

—¡Pido que se haga cuartos al boticario!

—¡Se le hará ochavos, si queréis! Un *afrancesado* es más odioso que un francés. El francés atropella á un pueblo extraño: el afrancesado vende y deshonra á su patria. El francés comete un asesinato: el afrancesado ¡un parricidio!

II.

Mientras tenía lugar la anterior escena en la puerta de la botica, *García de Paredes* y sus convidados corrían la orgía más deshecha y desaforada.

Veinte eran, en efecto, los franceses que el boticario tenía á la mesa, todos ellos jefes y oficiales.

García de Paredes tendría cuarenta y cinco años: era alto y seco y más amarillo que una momia: dijérase que su piel estaba muerta hacía mucho tiempo: llegábale la frente á la nuca, gracias á una calva limpia y reluciente, cuyo brillo tenía algo de fosfórico: sus ojos, negros y apagados, hundidos en las descarnadas cuencas, se parecían á esas lagunas encerradas entre montañas, que sólo ofrecen oscuridad, vértigos y muerte al que las mira: lagunas que nada reflejan; que rugen sordamente alguna vez, pero sin alterarse; que devoran todo lo que cae en su superficie; que nada devuelven; que nadie ha podido sondear; que no se alimentan de ningún rio, y cuyo fondo busca la imaginación en los mares antípodas.

La cena era abundante, el vino bueno, la conversación alegre y animada.

Los franceses reían, juraban, blasfemaban, cantaban, fumaban, comían y bebían á un mismo tiempo.

Quién había contado los amores secretos de Napoleón; quién la noche del 2 de Mayo en Madrid; cuál la batalla de las Pirámides; cuál otro la ejecución de Luis XVI.

García de Paredes bebía, reía y charlaba como los demás, ó quizás más que ninguno; y, tan elocuente había estado en favor de la causa imperial, que los soldados del César lo habían abrazado, lo habían victoreado, le habían improvisado himnos.

—¡Señores!—había dicho el boticario:—la guerra que os hacemos los españoles es tan necia como inmotivada. Vosotros, hijos de la Revolución, venís á sacar á España de su tradicional abatimiento, á despreocuparla, á disipar las tinieblas religiosas, á mejorar sus anticuadas costumbres, á enseñarnos esas utilísimas é inconcusas verdades «de que no hay Dios, de que no hay otra vida, de que la penitencia, el ayuno, la castidad y demás virtudes católicas son quijotescas locuras, impropias de un pueblo civilizado, y de que Napoleón es el verdadero Mesías, el redentor de los pueblos, el amigo de la especie humana...» —¡Señores! ¡Viva el Emperador, cuanto yo deseo que viva!

—¡Bravo, vitor! exclamaron los hombres del 2 de MAYO.

El boticario inclinó la frente con indecible angustia.

Pronto volvió á alzarla, tan firme y tan sereno como antes.

Bebióse un vaso de vino, y continuó:

—Un abuelo mio, un *García de Paredes*, un bárbaro, un Sansón, un Hércules, un Milón de Crotona, mató doscientos franceses en un dia...—Creo que fué en Italia.—¡Ya veis que no era tan *afrancesado* como yo!—¡Adiestróse en las lides, contra los moros del reino de Granada; armóle caballero el mismo Rey Católico, y montó más de una vez la guardia en el Quirinal, siendo Papa *nuestro tio* Alejandro Borja! —¡Eh, eh! ¡No me hacíais tan linajudo!—Pues este DIEGO GARCÍA DE PAREDES, este ascendiente mio..., que ha tenido un descendiente boticario, tomó á Cosenza y Manfredonia; entró por asalto en Cerinola y peleó como bueno en la batalla de Pavía. ¡Allí *hicimos* prisionero á un rey de Francia, cuya espada ha estado en Madrid cerca de tres siglos, hasta que nos la robó hace tres meses ese hijo de un posadero que viene á vuestra cabeza y á quien llaman Murat!

Aquí hizo otra pausa el boticario. Algunos franceses demostraron querer contestarle; pero

él, levantándose, é imponiendo á todos silencio con su actitud, empuñó convulsivamente un vaso, y exclamó con voz atronadora:

—¡Brindo, señores, porque maldito sea mi abuelo, que era un animal, y porque se halle ahora mismo en los profundos infiernos!—¡Vivan los franceses de Francisco I y de Napoleón Bonaparte!!

—¡Vivan!...—respondieron los invasores, dándose por satisfechos.

Y todos apuraron su vaso.

Oyóse en esto rumor en la calle, ó, mejor dicho, á la puerta de la botica.

—¿Habéis oido?—preguntaron los franceses.

García de Paredes se sonrió.

—¡Vendrán á matarme!—dijo.

—¿Quién?

—Los vecinos del Padrón.

—¿Por qué?

—¡Por *afrancesado!*—Hace algunas noches que rondan mi casa...—Pero ¿qué nos importa?—Continuemos nuestra fiesta.

—Sí... ¡continuemos! (exclamaron los convidados.)—¡Estamos aquí para defenderos!

Y, chocando ya botellas contra botellas, que no vasos contra vasos:

—¡Viva Napoleón! ¡Muera Fernando! ¡Muera Galicia!—gritaron á una voz.

García de Paredes esperó á que se acallase

el brindis, y murmuró con acento lúgubre:

—¡Celedonio!

El mancebo de la botica asomó por una puertecilla su cabeza pálida y demudada, sin atreverse á penetrar en aquella caverna.

—Celedonio, trae papel y tintero,—dijo tranquilamente el boticario.

El mancebo volvió con recado de escribir.

—¡Siéntate! (continuó su amo).—Ahora, escribe las cantidades que yo te vaya diciendo. Divídelas en dos columnas. Encima de la columna de la derecha, pón: *Deuda*; y encima de la otra: *Crédito*.

—Señor... (balbuceó el mancebo.)—En la puerta hay una especie de motín... Gritan *¡muera el boticario!*... Y ¡quieren entrar!

—¡Cállate y déjalos!—Escribe lo que te he dicho.

Los franceses se rieron de admiración, al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando lo rodeaban la muerte y la ruina.

Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma, esperando cantidades que anotar.

—¡Vamos á ver, señores! (dijo entonces *García de Paredes*, dirigiéndose á sus comensales).—Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación.—Vos, capitán, decidme: ¿cuántos

españoles habréis matado desde que pasasteis los Pirineos?

—¡Bravo! ¡magnífica idea!—exclamaron los franceses.

—Yo... (dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia.) Yo... habré matado... personalmente... con mi espada... ¡poned unos diez ó doce!

—¡Once á la derecha!—gritó el boticario, dirigiéndose al mancebo.

El mancebo repitió, después de escribir.

—*Deuda*... once.

—¡Corriente! (prosiguió el anfitrión.)—¿Y vos?...—Con vos hablo, señor Julio...

—Yo... seis.

—¿Y vos? mi comandante...

—Yo... veinte.

—Yo... ocho.

—Yo... catorce.

—Yo... ninguno.

—¡Yo no sé!... he tirado á ciegas...—respondía cada cual, según le llegaba su turno.

Y el mancebo seguía anotando cantidades á la derecha.

—¡Veamos ahora, capitán! (continuó *García de Paredes.*)—Volvamos á empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperáis matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía... tres años?

—¡Eh!...' (respondió el capitan.) —¿Quién calcula eso?

—Calculadlo... os lo suplico...

—Poned otros once.

—Once á la izquierda...—dictó *García de Paredes*.

Y Celedonio repitió:

—*Crédito*, once.

—¿Y vos?—interrogó el farmaceútico por el mismo orden seguido anteriormente.

—Yo... quince.

—Yo... veinte.

—Yo... ciento.

—Yo mil...—respondían los franceses.

—¡Pónlos todos á *diez*, Celedonio!... (murmuró irónicamente el boticario.)—Ahora, suma por separado las dos columnas.

El pobre joven, que había anotado las cantidades con sudores de muerte, vióse obligado á hacer el resumen con los dedos, como las viejas. Tal era su terror.

Al cabo de un rato de horrible silencio, exclamó, dirigiéndose á su amo:

—*Deuda*... 285.—*Crédito*... 200.

—Es decir... (añadió *García de Paredes*)—¡doscientos ochenta y cinco *muertos*, y doscientos *sentenciados*! ¡Total, cuatrocientas ochenta y cinco *víctimas!!!*

Y pronunció estas palabras con voz tan

honda y sepulcral, que los franceses se miraron alarmados.

En tanto, el boticario ajustaba una nueva cuenta.

—¡Somos unos heroes! (exclamó al terminarla.)—Nos hemos bebido ciento catorce botellas, ó sean ciento sesenta libras y media de vino, que, repartidas entre veintiuno, pues todos hemos bebido con la misma bizarría, dan sobre unas ocho libras de líquido por cabeza.—¡Repito que somos unos heroes!

Crujieron á la sazón las tablas de la puerta de la botica, y el mancebo balbuceó tambaleándose:

—¡Ya entran!...

—¿Qué hora es?—preguntó el boticario con suma tranquilidad.

—Las once.—Pero ¿no oye usted que entran?

—¡Déjalos! *Ya es hora.*

—¡Hora!... ¿de qué?—murmuraron los franceses, procurando levantarse.

Pero estaban tan *ébrios*, que no podían moverse de sus sillas.

—¡Que entren! ¡que entren!... (exclamaban, sin embargo, con voz vinosa, sacando los sables con mucha dificultad y sin conseguir ponerse de pié:)—¡Que entren esos canallas! ¡Nosotros los recibiremos!

En esto, sonaba ya abajo, en la botica, el estrépito de los botes y redomas que los vecinos del Padrón hacían pedazos, y oíase resonar en la escalera este grito unánime y terrible:

—¡Muera el *afrancesado!*

III.

Levantóse *García de Paredes*, como impulsado por un resorte, al oir semejante clamor dentro de su casa, y apoyóse en la mesa para no caer de nuevo sobre la silla. Tendió en torno suyo una mirada de inexplicable regocijo; dejó ver en sus labios la inmortal sonrisa del triunfador, y así, transfigurado y hermoso, con el doble temblor de la muerte y del entusiasmo, pronunció las siguientes palabras, entrecortadas y solemnes como las campanadas del toque de agonía:

—¡Franceses!... Si cualquiera de vosotros, ó todos juntos, hallárais ocasión propicia de vengar la muerte de doscientos ochenta y cinco compatriotas y de salvar la vida á otros doscientos más; si, sacrificando vuestra existencia, pudiéseis desenojar la indignada sombra de vuestros antepasados, castigar á los verdugos de doscientos ochenta y cinco heroes, y librar de la muerte á doscientos com-

pañeros, á doscientos hermanos, aumentando así las huestes del ejército patrio con doscientos campeones de la independencia nacional, ¿repararíais ni un momento en vuestra miserable vida? ¿Dudaríais ni un punto en abrazaros como Sansón á la columna del templo y morir, á precio de matar á los enemigos de Dios?

—¿Qué dice?—se preguntaron los franceses.

—Señor... ¡los asesinos están en la antesala!—exclamó Celedonio.

—¡Que entren!... (gritó *García de Paredes.*)—Ábreles la puerta de la sala... ¡Que vengan todos... á ver cómo muere el descendiente de un soldado de Pavía!

Los franceses, aterrados, estúpidos, clavados en sus sillas por un horrible letargo, creyendo que la muerte de que hablaba el español iba á entrar en aquel aposento en pos de los amotinados, hacían penosos esfuerzos por levantar los sables que yacían sobre la mesa; pero ni siquiera conseguían que sus flojos dedos asiesen las empuñaduras: parecía que los hierros estaban adheridos á la tabla por una insuperable fuerza de atracción.

En esto inundaron la estancia más de cincuenta hombres y mujeres, armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

—¡Mueran todos!—exclamaron algunas mujeres, lanzándose las primeras.

—¡Deteneos!—gritó *García de Paredes* con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía, que, unido este grito á la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso frio terror á la muchedumbre, la cual no se esperaba aquel tranquilo y lúgubre recibimiento.

—No teneis para qué hundir los puñales... (continuó el boticario con voz desfallecida.) —He hecho más que todos vosotros por la independencia de la Patria... ¡Me he fingido *afrancesado!*... Y ¡ya veis!... los veinte oficiales invasores... ¡los veinte!—no les toquéis... —¡están envenenados!!!

Un grito simultáneo de terror y admiración salió del pecho de los españoles. Dieron éstos un paso más hacia los convidados, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos, con la cabeza caida hacia adelante, los brazos extendidos sobre la mesa, y la mano crispada en la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

—¡Viva *García de Paredes!*—exclamaron entonces los españoles, rodeando al heroe moribundo.

—Celedonio... (murmuró éste.)—Celedonio, el *opio* se ha concluido... Manda por opio á la Coruña...

Y cayó de rodillas.

Sólo entonces comprendieron los vecinos del Padrón que el boticario estaba también envenenado.

Viérais entonces un cuadro tan sublime como espantoso.

Varias mujeres, sentadas en el suelo, sostenían en su falda y en sus brazos al espirante patriota, siendo las primeras en colmarlo de caricias y bendiciones, como antes fueron las primeras en pedir su muerte

Los hombres habían cogido todas las luces de la mesa, y alumbraban arrodillados aquel grupo, en que se veían unidos el patriotismo y la caridad.

Allá quedaban en la sombra veinte muertos ó moribundos, de los cuales algunos iban desplomándose contra el suelo con pavorosa pesantez.

Y á cada suspiro de muerte que se oía, á cada francés que venía á tierra, una sonrisa gloriosa iluminaba la faz de *García de Paredes,* el cual de allí á poco devolvió su espíritu al Cielo, bendecido por un ministro del Señor y llorado de sus hermanos en la Patria.

Madrid, 1856.

¡VIVA EL PAPA!

¡VIVA EL PAPA!

I.

El tierno episodio que voy á referir es rigorosamente histórico, como los anteriores y como los siguientes; pero no ya solo por la materia, sino también por la forma.—Vivo está quien lo cuenta, como suele decirse...; y entiéndase que quien lo cuenta no soy yo; es un capitán retirado, que dejó el servicio en 1814...

Hoy no soy escritor: soy un mero amanuense: no os pido, pues, admiración ni indulgencia, sino que me creáis á puño cerrado.

Para invención, el asunto es de poca monta; y luego pertenece á un género en que yo no me tomaría el trabajo de inventar nada...

Presumo de liberal, y un pobre capitán retirado me ha conmovido profundamente contándome los sinsabores políticos de un Papa muy absolutista...

Mi objeto es conmoveros hoy á vosotros con su misma relación, á fin de que el número de los derrotados cohoneste mi derrota.

Si lo consigo, podré exclamar como la adúltera: *El que esté libre de pecado, que... me llame neo-católica.*

Habla mi capitán.

II.

Uno de los más calorosos dias del mes de Julio de 1809, y ¡cuidado que aquel dichoso año hizo calor!, á eso de las diez de la mañana, entrábamos en Montelimart, villa ó ciudad del Delfinado, que lo que sea no lo sé, ni lo he sabido nunca, y maldita la falta que me hacía saber que existía tal Francia en el mundo...

—¡Ah! ¿conque era en Francia?...

—Pues ¡hombre! ¡me gusta! ¿Dónde está el Delfinado sino en Francia?—Y no crean ustedes que ahí, en la frontera..., sino muy tierra adentro, más cerca del Piamonte que de España...

—¡Siga usted... capitán! Los niños... que aprendan en la escuela...—Y tú, ¡á ver si te callas, Eduardito!

—Pues como digo, entrábamos en Montelimart, ahogados de calor y polvo, y rendidos de caminar á pié durante tres semanas, veintisiete oficiales españoles que habíamos caido prisioneros en Gerona...—Mas no creáis que

en la capitulación de la plaza, sino en una salida que hicimos pocos dias antes, á fin de estorbar unas obras en el campamento francés... —Pero esto no hace al caso. Ello es que nos atraparon y nos llevaron á Perpiñán, desde donde nos destinaron á Dijón... Y ahí tienen ustedes el por qué de lo que digo.

Pues, señor; como uno se acostumbra á todo, y el Emperador nos pasaba *diez reales* diarios durante el viaje—que ibamos haciendo á jornadas militares de tres ó cuatro leguas,—y nadie nos custodiaba, porque cada uno de nosotros había respondido con su cabeza de que no desertarían los demás, y veintisiete españoles juntos no se han aburrido nunca, sucedía que, á pesar del calor, de la fatiga y de no saber ni una palabra de francés, pasábamos muchos ratos divertidos, sobre todo desde las once de la mañana hasta las siete de la tarde, horas que permanecíamos en las poblaciones del tránsito; pues las jornadas las hacíamos de noche con la fresca...—A ver, Antonio, enciéndeme esta pipa.

Montelimart...—¡Bonito pueblo!...—El Café está en una calle cerca de la Plaza, y en él entramos á refrescarnos, es decir, á evitar el sol... (pues los bolsillos no estaban para gollerías), en tanto que tres de nuestros compañeros iban á ver al Prefecto, para que nos diese

las boletas de alojamiento, que en Francia se llaman *mandat*...

No sé si el Café estará todavía como entonces estaba. ¡Han pasado cuarenta y cuatro años! Recuerdo que á la izquierda de la puerta había una ventana de reja con cristales, y delante una mesa; á la cual nos sentamos algunos de los oficiales, entre ellos C..., que ha sido diputado á Cortes por Almería, y murió el año pasado...—Ya veis que esto es cosa que puede preguntarse.

—¿Pues no dice V. que ha muerto?

—¡Hombre! supongo que C... se lo habrá contado á su familia,—respondió el capitán, escarvando la pipa con la uña.

—¡Tiene V. razón, capitán!—Siga V... El que no lo crea, que lo busque.

—¡Bien hablado, hijo mio!—Pues, como íbamos diciendo, sentados estábamos á la mesa del Café, cuando vimos correr mucha gente por la calle, y oimos una gritería espantosa... Pero, como la gritería era en francés, no la entendimos.

—*¡Le Pape! ¡Le Pape! ¡Le Pape!*...—decían los muchachos y las mujeres, levantando las manos al cielo, en tanto que todos los balcones se abrían y se llenaban de gente, y los mozos del Café y algunos gabachos que jugaban al billar se lanzaban á la calle con un pal-

mo de boca abierta, como si oyeran decir que el sol se había parado.

—¡Pues, parado está, papá abuelo!

—¡Cállese V. cuando hablan los mayores! —¡A ver... el deslenguado!

—No haga V. caso, capitán... ¡Estos niños de ahora!...

—Toma... ¡Y si está parado!...—murmuró el muchacho entre dientes.

—*¡Le Pape! ¡Le Pape!* ¿Qué significa esto?— nos preguntamos todos los oficiales.

Y, cogiendo á uno de los mozos del Café, le dimos á entender nuestra curiosidad.

El mozo tomó dos llaves; trazó con las manos una especie de morrión sobre su cabeza; se sentó en una silla, y dijo:

—*¡Le Pontife!*

—¡Ah!... (dijo C...—que era el más avisado de nosotros.—¡Por eso fué luego diputado á Córtes!)—*¡El Pontífice! ¡El Papa!*

—*Oui monsieur. ¡Le Pape! Pie sept...*

¡Pío VII!... ¡El Papa!... (exclamamos nosotros sin atrevernos á creer lo que oiamos). ¿Qué hace el Papa en Francia? ¿Pues no está el Papa en Roma? ¿Viajan los Papas? ¿El Papa en Montelimart?

No extrañéis nuestro asombro, hijos mios... En aquel entonces todas las cosas tenían más prestigio que hoy.—No se viajaba tan fácil-

mente, ni se publicaban tantos periódicos.—Yo creo que en toda España no había más que uno, tamaño como un recibo de contribución. —El Papa era para nosotros un sér sobrenatural..., no un hombre de carne y hueso...—¡En toda la tierra no había más que un Papa!... Y en aquel tiempo era la tierra mucho más grande que hoy... ¡La tierra era el mundo... y un mundo lleno de misterios, de regiones desconocidas, de continentes ignorados!—Además, aún sonaban en nuestros oidos aquellas palabras de nuestra madre y de nuestros maestros: «El Papa es el Vicario de Jesucristo; su representante en la tierra: una autoridad infalible, y lo que desatare ó atare aquí, remanecerá atado ó desatado en el cielo...»

Creo haberme explicado.—Creo que habréis comprendido todo el respeto, toda la veneración, todo el susto que experimentaríamos aquellos pobres españoles del siglo pasado, al oir decir que el Sumo Pontífice estaba en un lugar de Francia y que íbamos á verlo!!

Efectivamente, no bien salimos del Café, percibimos allá, en la Plaza (que, como os he dicho, estaba cerca), una empolvada silla de posta, parada delante de una casa de vulgar apariencia y custodiada por dos gendarmes de caballería, cuyos desnudos sables brillaban que era un contento...

Más de quinientas personas había alrededor del carruaje, que examinaban con viva curiosidad, sin que se opusiesen á ello los gendarmes, quienes en cambio no permitían á nadie acercarse á la puerta de aquella casa, donde se había apeado Pío VII mientras mudaban el tiro de caballos...

—¿Y qué casa era aquella, abuelito? ¿La del Alcalde?

—No, hijo mio!—Era el Parador de diligencias.

A nosotros, como á militares que éramos, nos tuvieron un poco más de consideración los gendarmes, y nos permitieron arrimarnos á la puerta... Pero no así pasar el umbral.

De cualquier modo, pudimos ver perfectamente el siguiente grupo, que ocupaba uno de los ángulos de aquel portal ú oficina.

Dos ancianos... ¿qué digo? dos viejos decrépitos, cubiertos de sudor y de polvo, rendidos de fatiga, ahogados de calor, respirando apenas, bebían agua en un vaso de vidrio, que el uno pasó al otro después de mediarlo. Estaban sentados en sillas viejas de enea. Sus trajes talares, blanco el uno, y el otro de color de púrpura, hallábanse tan sucios y ajados por resultas de aquella larga caminata, que más parecían humildes ropones de peregrinos que ostentosos hábitos de príncipes de la Iglesia...

Ningún distintivo podía revelarnos cuál era Pío VII (pues nada entendíamos nosotros de trajes cardenalicios ni pontificales); pero todos dijimos á un tiempo:

—¡Es el más alto! ¡el de las blancas vestiduras!

Y ¿sabeís por qué lo dijimos? Porque su compañero lloraba y él no; porque su tranquilidad revelaba que él era martir; porque su humildad denotaba que él era el rey.

En cuanto á su figura, me parece estarla viendo todavía. —Imagináos un hombre de más de setenta años, enjuto de carnes, de elevada talla y algo encorvado por la edad. Su rostro, surcado de pocas, pero muy hondas arrugas, revelaba la más austera energía, dulcificada por unos labios bondadosos que parecían manar persuasión y consuelo. Su grave nariz, sus ojos de paz, marchitos por los años, y algunos cabellos tan blancos como la nieve, infundían juntamente reverencia y confianza. Sólo contemplando la cara de mi buen padre y la de algunos santos de mi devoción, había yo experimentado hasta entonces una emoción por aquel estilo.

El sacerdote que acompañaba á Su Santidad era también muy viejo, y en su semblante, contraido por el dolor y la indignación, se descubría al hombre de pensamientos profun-

dos y de acción rápida y decidida. Más parecia un General que un Apóstol.

¿Pero era cierto lo que veíamos? ¿El Pontífice preso, caminando en el rigor del estío, con todo el ardor del sol, entre dos groseros gendarmes, sin más comitiva que un sacerdote, sin otro hospedaje que el portal de una casa de postas, sin otra almohada que una silla de madera?

En tan extraordinario caso, en tan descomunal atropello, en tan terrible drama, sólo podía mediar un hombre más extraordinario, más descomunal, más terrible que cuanto veíamos...—El nombre de NAPOLEÓN circuló por nuestros labios. ¡Napoleón nos tenía también á nosotros en el interior de Francia! ¡Napoleón habia revuelto el Oriente, encendido en guerra nuestra patria, derribado todos los tronos de Europa!—¡Él debía de ser quien arrancaba al Papa de la Silla de San Pedro y lo paseaba así por el imperio francés, como el pueblo judío paseó al Redentor por las calles de la ciudad deicida!

¿Pero cuál era la suerte del beatísimo prisionero? ¿Qué había ocurrido en Roma? ¿Había una nueva religión en el Mediodía de Europa? ¿Era papa Napoleón?

Nada sabíamos..., y, si he de deciros la verdad, por lo que á mí hace, todavía no he tenido tiempo de averiguarlo...

—Yo se lo diré á V., por vía de paréntesis, en muy pocas palabras, capitán.—Esto completará la historia de V. y dará toda su importancia á ese peregrino relato.

III.

El dia 17 de Mayo de ese mismo año de 1809 dió Napoleón un decreto por el que reunió al Imperio francés los Estados Pontificios, declarando á Roma *ciudad imperial libre.*

El pueblo romano no se atrevió á protestar contra esta medida; pero el Papa la resistió pasivamente desde su palacio del Quirinal, donde aún contaba con algunas autoridades y su guardia de suizos.

Sucedió entonces que unos pescadores del Tíber cogieron un esturión y quisieron regalárselo al Sucesor de San Pedro. Los franceses aprovecharon esta ocasión para dar el último paso contra la autoridad de Pío VII; gritaron *¡al arma!*; el cañón de Sant-Angelo pregonó la extinción del gobierno temporal de los Papas, y la bandera tricolor ondeó sobre el Vaticano.

El secretario de Estado Cardenal Pacca (que sin duda era el sacerdote que usted encontró con Pío VII), corrió al lado de Su Santidad; y, al verse los dos ancianos, exclamaron: *¡Consumatum est!*

En efecto; mientras el Papa lanzaba su úl-

tima excomunión contra los invasores, éstos penetraban en el Quirinal, derribando las puertas á hachazos.

En la Sala de las Santificaciones encontraron á cuarenta suizos, resto del poder del ex-rey de Roma, quienes los dejaron pasar adelante, por haber recibido orden de no oponer resistencia alguna.

El General Radet, jefe de los demoledores, encontró al Papa en la sala de las Audiencias ordinarias, rodeado de los cardenales Pacca y Despuig y de algunos empleados de secretaría.

Pío VII vestía roquete y muceta: había dejado su lecho para recibir al enemigo, y daba muestras de una tranquilidad asombrosa.

Era media noche. Radet, profundamente conmovido, no se atreve á hablar. Al fin intima al Sumo Pontífice que renuncie al gobierno temporal de los Estados Romanos. El Papa contesta que no le es posible hacerlo, porque no son suyos, sino de la Iglesia, cuyo administrador lo hizo la voluntad del cielo... Y el General Radet le replica mostrándole la orden de llevarlo prisionero á Francia.

Al amanecer del siguiente dia salía Pío VII de su palacio entre esbirros y gendarmes, saltando sobre los escombros de las puertas, sin más comitiva que el Cardenal Pacca, ni más

restos de su grandeza mundanal que un *papetto*, moneda equivalente á cuatro reales de vellón, que llevaba en el bolsillo.

En las afueras de la puerta del Popolo lo esperaba una silla de posta, á la cual le hicieron subir, y después de esto, cerraron las portezuelas con una llave, que Radet entregó á un gendarme de caballería.

Las persianas del lado derecho, en que se sentó el Papa, estaban clavadas á fin de que no pudiese ser visto...

IV.

—¡En esa silla lo encontré yo!...—¿Ven ustedes como no miento?

—Hace usted bien en interrumpirme, capitán; porque el resto queremos oírselo á usted de viva voz.

—Pues voy allá, señores mios.

Ibamos diciendo que Pío VII y el Cardenal Pacca (¡mucho me alegro de haber llegado á saber su nombre!) estaban sentados en el portal de la casa de postas; que el pueblo se había agrupado en la calle; que los gendarmes le impedían el paso, y que nosotros los españoles conseguimos acercarnos tanto á la puerta,

que veíamos perfectamente á los dos augustos sacerdotes.

Pío VII fijó casualmente la vista en nosotros, y sin duda conoció, por nuestros raros y destrozados uniformes, que también éramos extranjeros y cautivos de Napoleón... Ello fué que, después de decir algunas palabras al Cardenal, clavó en nosotros una larga y expresiva mirada.

En esto sonó allí cerca un fandango divinamente tocado y cantado por los tres compañeros nuestros que volvían ya con las boletas para alojarnos...

Creo haberos dicho que habíamos comprado dos guitarras antes de abandonar á Cataluña; y, si se me ha olvidado decíroslo, os lo digo ahora.

Al oir aquel toque y la copla que le siguió, el Papa levantó otra vez la cabeza y nos miró con mayor interés y ternura.

El italiano, el músico, había reconocido el canto.

¡Ya sabía que éramos españoles!

Ser español, significaba en aquel tiempo mucho más que ahora. Significaba ser vencedor del Capitán del siglo, ser soldado de Bailén y Zaragoza; ser defensor de la historia, de la tradición, de la fé antigua; mantenedor de la independencia de las naciones; paladín de

Cristo; cruzado de la libertad...—En esto último nos engañábamos... Pero ¡cómo ha de ser!—¿Quién había de adivinar entonces, al defender á D. Fernando VII contra los franceses, que él mismo los llamaría al cabo de catorce años y los traería á España en contra nuestra, como sucedió en 1823?...—En fin, no quiero hablar... ¡pues hay cosas que todavía me encienden la sangre!

El caso fué, volviendo á mi relato, que el rostro del Papa se cubrió de un santo rubor al considerar nuestra desventura y recordar el heroismo de que España estaba dando muestras al mundo..., y que el más puro entusiasmo chispeó en sus amantísimos ojos...—¡Parecía que aquellos ojos nos besaban!

Nosotros, por nuestra parte, comprendiendo toda la predilección que nos demostraba en aquel momento el Sumo Pontífice, procurábamos expresarle con la mirada, con el gesto, con la actitud, nuestra veneración y piedad, así como el dolor y la indignación que sentíamos al verlo preso y ultrajado por sus malos hijos...—Casi instintivamente, nos quitamos los morriones (cosa que chocó mucho á los franceses, los cuales seguían con sus gorros encasquetados), y nos llevamos la mano derecha al corazón, como quien hace protestación de su fé.

El Papa levantó los ojos al cielo y se puso á rezar.—¡Sabía que una bendición de su mano podía atraer sobre nosotros la cólera del pueblo impío que nos rodeaba, como nosotros sabíamos que un grito de *¡viva el Papa!* podía empeorar la situación del beatísimo prisionero! —¡Mostrábanse tan orgullosos los franceses que nos rodeaban, al ver aquel supremo triunfo de la Revolución sobre la Autoridad!... ¡Creían tan grande á la Francia en aquel momento!

En esto se abrió paso por entre la muchedumbre, y apareció en el cuadro que habían despejado los gendarmes, una mujer del pueblo, mucho más anciana que el Pontífice: una viejecita centenaria, pulcra y pobremente vestida, coronada de cabellos como la nieve, trémula por la edad y el entusiasmo, encorvada, llorosa, suplicante, llevando en las manos un azafate de mimbres secos lleno de melocotones, cuyos matices rojos y dorados se veían debajo de las verdes hojas con que estaban cubiertos...

Los gendarmes quisieron detenerla... Pero ella los miró con tanta mansedumbre; era tan inofensiva su actitud; era su presente tan tierno y cariñoso; inspiraba su edad tanto respeto; había tal verdad en aquel acto de devoción; significaba tanto, en fin, aquel siglo pa-

sado, fiel á sus creencias, que venía á saludar al Vicario de Jesucristo en medio de su calle de Amargura, que los soldados de la Revolución y del Imperio comprendieron ó sintieron que aquel anacronismo, aquella caridad de otra época, aquel corazón inerme y pacífico que había sobrevivido casualmente á la guillotina, en nada aminoraba ni deslucía los triunfos del conquistador de Europa, y dejaron á la pobre mujer del pueblo entrar en aquel afortunado portal, que ya nos había traido á la memoria otro portal, no menos afortunado, donde unos sencillos pastores hicieron también ofrendas al Hijo de Dios vivo...

Tuvo entonces lugar una interesante escena entre la cristiana y el Pontífice.

Púsose ella de rodillas, y, sin articular palabra, presentó el azafate de frutos al augusto prisionero.

Pío VII enjugó con sus manos beatísimas las lágrimas que inundaban el rostro de la viejecita; y, cuando ésta se inclinaba para besar el pié del Santo Padre, él colocó una mano sobre aquellas canas humilladas, y levantó la otra al cielo con la inspirada actitud de un profeta.

—¡Viva el Papa!—exclamamos entonces nosotros en nuestro idioma español, sin poder contenernos...

Y penetramos en el portal, resueltos á todo.

Pío VII se pone de pié al oir aquel grito, y, tendiendo hacia nosotros las manos, nos detiene, cual si su majestuosa actitud nos hubiese aniquilado... Caemos, pues, de rodillas, y el Padre Santo nos bendice una, otra y tercera vez.

Al propio tiempo álzase en la puerta y en toda la Plaza como un huracán de gritos, y nosotros volvemos la cabeza horrorizados, creyendo que los franceses amenazan al Sumo Pontífice...—¡Lo de menos era que nos amenazasen á nosotros!—¡Decididos estábamos á morir!

Pero ¡cuál fué nuestro asombro al ver que los gendarmes, los hombres del pueblo, las mujeres, los niños... ¡todo Montelimart! estaba arrodillado, con la frente descubierta, con las lágrimas en los ojos, exclamando:

—*¡Vive le Pape!*

Entonces se rompió la consigna: el pueblo invadió el portal, y pidió su bendición al Pontífice.

Éste cogió una hoja verde de las que cubrían el azafate de melocotones que seguía ofreciéndole la anciana, y la llevó á sus labios y la besó.

La multitud, por su parte, se apoderó de los frutos como de reliquias; todos abrazaron

á la pobre mujer del pueblo; el Papa, trémulo de emoción, atravesó por entre la muchedumbre, nos bendijo otra vez al paso, y penetró en la silla de posta; y los gendarmes, avergonzados de lo que acababa de pasar, dieron la orden de partir.

En cuanto á nosotros, durante todo aquel dia no fuímos en Francia prisioneros de guerra, sino huéspedes de paz.

Conque... he dicho.

V.

—¡Aún queda algo que decir!...—(exclamó el mismo que contó poco antes lo acontecido en Roma:) ¡Oigaume Vds. á mí un momento!

En 1814, cinco años después de la escena referida por el Capitán, la fuerza de la opinión de toda Francia obligó á Napoleón Bonaparte á poner en libertad á Pío VII.

Volvió, pues, el Sumo Pontífice á recorrer el mismo camino en que le habían encontrado los prisioneros españoles; y he aquí cómo describe Chateaubriand la despedida que hizo Francia al sucesor de San Pedro:

«Pío VII caminaba en medio de los cánticos y de las lágrimas, del repique de las campa-

nas y de los gritos de *¡Viva el Papa! ¡Viva el jefe de la Iglesia!*... En las ciudades sólo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos, para esperar la llegada del anciano sacerdote. TAL ES, SOBRE LA FUERZA DEL HACHA Y DEL CETRO, LA SUPERIORIDAD DEL PODER DEL DEBIL SOSTENIDO POR LA RELIGIÓN Y LA DESGRACIA.»

Guadix, 1857.

EL EXTRANJERO.

EL EXTRANJERO.

I.

No *consiste la fuerza en echar por tierra al enemigo, sino en domar la propia cólera,*»—dice una máxima oriental.

«*No abuses de la victoria,*»—añade un libro de nuestra religión.

«*Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto estuviere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso* y *clemente, porque, aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia,*» aconsejó, en fin, D. Quijote á Sancho Panza.

Para dar realce á todas estas elevadísimas doctrinas, y cediendo también á un espíritu de equidad, nosotros, que nos complacemos frecuentemente en referir y celebrar los actos heróicos de los españoles durante la *Guerra de la Independencia* y en condenar y maldecir la perfidia y crueldad de los invasores, vamos á

narrar hoy un hecho que, sin entibiar en el corazón el amor á la patria, fortifica otro sentimiento no menos sublime y profundamente cristiano:—el amor á nuestro prójimo;—sentimiento que, si por congénita desventura de la humana especie, ha de transigir con la dura ley de la guerra, puede y debe resplandecer cuando el enemigo está humillado.

El hecho fué el siguiente, según que me lo han contado personas dignas de entera fé, que intervinieron en él muy de cerca, y que todavía andan por el mundo.—Oid sus palabras testuales:

II.

—Buenos dias, abuelo...—dije yo.

—Dios guarde á V., señorito... dijo él.

—¡Muy solo va V. por estos caminos!...

—Sí, señor. Vengo de las minas de Linares, donde he estado trabajando algunos meses, y voy á Gádor á ver á mi familia.—¿Usted irá...

—Voy á Almería..., y me he adelantado un poco á la galera, porque me gusta disfrutar de estas hermosas mañanas de Abril.—Pero, si no me engaño, V. rezaba cuando yo llegué... —Puede V. continuar.—Yo seguiré leyendo entre tanto, supuesto que la galera anda tan

lentamente, que le permite á uno estudiar en mitad de los caminos...

—¡Vamos! ese libro es alguna historia...—¿Y quién le ha dicho á V. que yo rezaba?

—¡Toma! ¡yo, que le he visto á V. quitarse el sombrero y santiguarse!

—Pues ¡qué demonio! hombre... (¿Por qué he de negarlo?) Rezando iba...—¡Cada uno tiene sus cuentas con Dios!

—Es mucha verdad.

—¿Piensa V. andar largo?

—¿Yo?—Hasta la venta...

—En este caso, eche V. por esa vereda y cortaremos camino.

—Con mucho gusto. Esa cañada me parece deliciosa.—Bajemos á ella.

Y, siguiendo al viejo, cerré el libro, dejé el camino, y descendí á un pintoresco barranco,

Las verdes tintas y diafanidad del lejano horizonte, así como la inclinación de las montañas, indicaban ya la proximidad del Mediterráneo.

Anduvimos en silencio algunos minutos, hasta que el minero se paró de pronto.

—¡Cabales!—exclamó.

Y volvió á quitarse el sombrero y á santiguarse.

Estábamos bajo unas higueras cubiertas ya de hojas, y á la orilla de un pequeño torrente.

—¡A ver, abuelito!... (dije, sentándome sobre la yerba). Cuénteme V. lo que ha pasado aquí.

—¡Cómo! ¿V. sabe?...—replicó él, extremeciéndose.

—Yo no sé más... (añadí con suma calma), sino que aquí ha muerto un hombre...; ¡y de mala muerte, por más señas!

—¡No se equivoca V. señorito! ¡no se equivoca V.!—Pero ¿quién le ha dicho...

—Me lo dicen sus oraciones de V.

—¡Es mucha verdad! Por eso rezaba.

Yo miré tenazmente la fisonomía del minero, y comprendí que había sido siempre hombre honrado.—Casi lloraba, y su rezo era tranquilo y dulce.

—Siéntese V. aquí, amigo mio...—le dije, alargándole un cigarro de papel.

—Pues verá V., señorito...—Vaya, ¡muchas gracias!—¡Delgadillo es!...

—Reuna V. dos, y resultará uno doble de grueso—añadí, dándole otro cigarro.

—¡Dios se lo pague á V.!—Pues, señor... (dijo el viejo, sentándose á mi lado:) hace cuarenta y cinco años que una mañana muy parecida á esta, pasaba yo casi á esta hora por este mismo sitio...

—¡Cuarenta y cinco años!—medité yo.

Y la melancolía del tiempo cayó sobre mi

alma.—¿Dónde estaban las flores de aquellas cuarenta y cinco primaveras?—¡Sobre la frente del anciano blanqueaba la nieve de setenta inviernos!

Viendo él que yo no decía nada, echó unas yescas, encendió el cigarro, y continuó de este modo:

—¡Flojillo es!—Pues, señor, el dia que le digo á V., venía yo de Gelgal con una carga de barrilla, y al llegar al punto en que hemos dejado el camino para tomar esta vereda, me encontré con dos soldados españoles que llevaban prisionero á un polaco.—En aquel entonces era cuando estaban aquí los primeros franceses, no los del año 23, sino los otros...

—¡Ya comprendo! V. habla de la Guerra de la Independencia.

—¡Hombre! ¡Pues entonces no había V. nacido!

—¡Yo lo creo!

—¡Ah! ¡sí! Estará apuntado en ese libro que venía V. leyendo.—Pero ¡cá! ¡lo mejor de estas guerras no lo rezan los libros! Ahí ponen lo que más acomoda...; y la gente se lo cree á puño cerrado.—¡Ya se ve! ¡Es necesario tener tres duros y medio de vida, como yo los tendré en el mes de San Juan, para saber más de cuatro cosas!—En fin, el polaco aquel servía á las órdenes de Napoleón...—del bribonazo que

murió ya...—Porque ahora dice el señor cura que hay otro...—Pero yo creo que ese no vendrá por estas tierras...—¿Qué le parece á V., señorito?

—¿Qué quiere V. que yo le diga?

—¡Es verdad! Su merced no habrá estudiado todavía de estas cosas...—¡Oh! El señor cura, que es un sugeto muy instruido, sabe cuándo se acabarán los mamelucos de Oriente y vendrán á Gádor los rusos y moscovitas á quitar la Constitución...—¡Pero entonces ya me habré yo muerto!...—Conque vuelvo á la historia de mi polaco.

El pobre hombre se había quedado enfermo en Fiñana, mientras que sus compañeros fugitivos se replegaban hacia Almería.—Tenía calenturas, según supe más tarde...—Una vieja lo cuidaba por caridad, sin reparar que era un enemigo... (¡Muchos años de gloria llevará ya la viejecita por aquella buena acción!); y, á pesar de que aquello la comprometía, guardábalo escondido en su cueva, cerca de la Alcazaba...

Allí fué donde, la noche antes, dos soldados españoles, que iban á reunirse á su batallón y que, por casualidad, entraron á encender un cigarro en el candil de aquella solitaria vivienda, descubrieron al pobre polaco, el cual, echado en un rincón, profería palabras

de su idioma en el delirio de la calentura.

—¡Presentémoslo á nuestro jefe! (se dijeron los españoles:) Este bribón será fusilado mañana, y nosotros alcanzaremos un empleo.

Iwa, que así se llamaba el polaco, según luego me contó la viejecita, llevaba ya seis meses de tercianas, y estaba muy debil, muy delgado, casi ético.

La buena mujer lloró y suplicó, protestando que el extranjero no podía ponerse en camino sin caer muerto á la media hora...

Pero sólo consiguió ser apaleada, por su falta de «*patriotismo.*»—¡Todavía no se me ha olvidado esta palabra, que antes no había oido pronunciar nunca!

En cuanto al polaco, figuraos cómo miraría aquella escena.—Estaba postrado por la fiebre, y algunas palabras sueltas que salían de sus labios, medio polacas, medio españolas, hacían reir á los dos militares.

—¡Cállate, *didon*, perro, gabacho! le decían.

Y, á fuerza de golpes, lo sacaron del lecho.

Para no cansar á V., señorito: en aquella disposición, medio desnudo, hambriento... bamboleándose, muriéndose... ¡anduvo el infeliz cinco leguas!!!

¡Cinco leguas, señor!...—¿Sabe V. los pasos que tienen cinco leguas?—Pues es desde Fiñana hasta aquí...—¡Y á pié!... ¡descalzo!...

—¡Figúrese usted!... ¡Un hombre fino, un joven hermoso y blanco como una mujer, un enfermo, después de seis meses de tercianas!... ¡y con la terciana en aquel momento mismo!...

—¿Cómo pudo resistir?

—¡Ah! ¡No resistió!...

—Pero ¿cómo anduvo cinco leguas?

—¡Toma!—¡A fuerza de bayonetazos!...

—Prosiga V., abuelo... Prosiga V.

—Yo venía por este barranco, como tengo de costumbre, para ahorrar terreno, y ellos iban por allá arriba, por el camino. Detúveme, pues, aquí mismo, á fin de observar el remate de aquella escena, mientras picaba un cigarro negro que me habían dado en las minas...

Iwa jadeaba como un perro próximo á rabiar... Venía con la cabeza descubierta, amarillo como un desenterrado, con dos rosetas encarnadas en lo alto de las mejillas y con los ojos llameantes, pero caidos...: ¡hecho, en fin, un Cristo en la calle de la Amargura!...

—*¡Mí querer morir! ¡Matar á mí por Dios!*—balbuceaba el extranjero con las manos cruzadas.

Los españoles se reían de aquellos disparates, y le llamaban *franchute*, *didon* y otras cosas.

Dobláronse al fin las piernas de Iwa, y cayó redondo al suelo.

Yo respiré, porque creí que el pobre había dado el alma á Dios.

Pero un pinchazo que recibió en un hombro le hizo erguirse de nuevo.

Entonces se acercó á este barranco, para precipitarse y morir...

Al impedirlo los soldados, pues no les acomodaba que muriera su prisionero, me vieron aquí con mi mulo, que, como he dicho, estaba cargado de barrilla.

—¡Eh! ¡camarada! (me dijeron, apuntándome con los fusiles).—¡Suba V. ese mulo!

Yo obedecí sin rechistar, creyendo hacer un favor al extranjero.

—¿Dónde va V.?—me preguntaron cuando hube subido.

—Voy á Almería... (les respondí:) ¡Y eso que Vds. están haciendo es una inhumanidad!

—¡Fuera sermones!—gritó uno de los verdugos.

—¡Un arriero *afrancesado!*—dijo el otro.

—¡Charla mucho..., y verás lo que te sucede!

La culata de un fusil cayó sobre mi pecho...

¡Era la primera vez que me pegaba un hombre, además de mi padre!

—*¡No irritar! ¡no incomodar!*—exclamó el polaco, asiéndose á mis piés; pues había caido de nuevo en tierra.

—¡Descarga la barrilla! — me dijeron los soldados.

—¿Para qué?

—Para montar en el mulo á este judío.

—Eso es otra cosa... Lo haré con mucho gusto.

Dije, y me puse á descargar.

—*No... no... no...* (exclamó Iwa:) *¡Tú dejar que me maten!*

—¡Yo no quiero que te maten, desgraciado! —exclamé, estrechando las ardientes manos del joven.

—*¡Pero mí sí querer! ¡Matar tú á mí por Dios!...*

—¿Quieres que yo te mate?

—*¡Sí... sí... hombre bueno! ¡Sufrir mucho!*

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Volvíme á los soldados, y les dije con tono de voz que hubiera conmovido á una piedra:

—¡Españoles, compatriotas, hermanos! Otro español, que ama tanto como el que más á nuestra patria, es quien os suplica...—¡Dejadme solo con este hombre!

—¡No digo que es *afrancesado!*—exclamó uno de ellos.

—¡Arriero del diablo! (dijo el otro) ¡cuidado con lo que dices! ¡Mira que te rompo la crisma!

—¡Militar de los demonios! (contesté con la misma fuerza): Yo no temo á la muerte.—

¡Sois dos infames sin corazón! Sois dos hombres fuertes y armados, contra un moribundo inerme... ¡Sois unos cobardes!—Dadme uno de esos fusiles, y pelearé con vosotros hasta mataros ó morir...; pero dejad á este pobre enfermo, que no puede defenderse.—¡Ay! (continué, viendo que uno de aquellos tigres se ruborizaba): si, como yo, tuviéseis hijos; si pensarais que tal vez mañana se verán en la tierra de este infelíz, en la misma situación que él, solos, moribundos, lejos de sus padres; si reflexionarais en que este polaco no sabe siquiera lo que hace en España; en que será un quinto robado á su familia para servir á la ambición de un rey..., ¡qué diablo! vosotros lo perdonaríais...—¡Sí; porque vosotros sois hombres antes que españoles, y este polaco es un hombre, un hermano vuestro!—¿Qué ganará España con la muerte de un tercianario? ¡Batíos hasta morir con todos los granaderos de Napoleón; pero que sea en el campo de batalla! Y perdonad al debil; ¡sed generosos con el vencido; sed cristianos; no seáis verdugos!

—¡Basta de letanías!—dijo el que siempre había llevado la iniciativa de la crueldad, el que hacía andar á lwa á fuerza de bayonetazos, el que quería comprar un empleo al precio de su cadáver.

—Compañero, ¿qué hacemos?—preguntó el otro, medio conmovido con mis palabras.

—¡Es muy sencillo! (repuso el primero). ¡Mira!

—Y, sin darme tiempo, no digo de evitar, sino de prever sus movimientos, descerrajó un tiro sobre el corazón del polaco.

Iwa me miró con ternura, no sé si antes ó después de morir.

Aquella mirada me prometió el cielo, donde acaso estaba ya el martir.

En seguida los soldados me dieron una paliza con las baquetas de los fusiles.

El que había matado al extranjero, le cortó una oreja, que guardó en el bolsillo.

¡Era la credencial del empleo que deseaba!

Después desnudó á Iwa, y le robó... hasta cierto medallón (con un retrato de mujer ó de santa) que llevaba al cuello.

Entonces se alejaron hacia Almería.

Yo enterré á Iwa en este barranco..., ahí..., donde está V. sentado..., y me volví á Gergal; porque conocí que estaba malo.

Y, con efecto, aquel lance me costó una terrible enfermedad, que me puso á las puertas de la muerte.

—¿Y no volvió V. á ver á aquellos soldados? ¿No sabe V. cómo se llamaban?

—No, señor; pero, por las señas que me dió

más tarde la viejecita que cuidó al polaco, supe que uno de los dos españoles tenía el apodo de *Risas*, y que aquél era justamente el que había matado y robado al pobre extranjero...

En esto nos alcanzó la galera: el viejo y yo subimos al camino; nos apretamos la mano, y nos despedimos muy contentos el uno del otro. —¡Habíamos llorado juntos!

III.

Tres noches después tomábamos café varios amigos en el precioso casino de Almería.

Cerca de nosotros, y alrededor de otra mesa, se hallaban dos viejos militares retirados, comandante el uno y coronel el otro, según dijo alguno que los conocía.

A pesar nuestro, oíamos su conversación; pues hablaban tan alto como suelen los que han mandado mucho.

De pronto hirió mis oidos y llamó mi atención esta frase del Coronel:

—El pobre *Risas*...

—*¡Risas!*—exclamé para mí.

Y me puse á escuchar de intento.

—El pobre *Risas*... (decía el Coronel), fué hecho prisionero por los franceses cuando tomaron á Málaga, y, de depósito en depósito, fué á parar nada menos que á Suecia, donde

yo estaba también cautivo, como todos los que no pudimos escaparnos con el Marqués de la Romana.—Allí lo conocí, porque intimó con Juan, mi asistente de toda la vida, ó de toda mi carrera; y, cuando Napoleón tuvo la crueldad de llevar á Rusia, formando parte de su Grande Ejército, á todos los españoles que estábamos prisioneros en su poder, tomé de ordenanza á *Risas*. Entonces me enteré de que tenía un miedo cerval á los polacos, ó un terror supersticioso á Polonia, pues no hacía más que preguntarnos á Juan y á mí «si tendríamos que pasar por aquella tierra para ir á Rusia,» extremeciéndose á la idea de que tal llegase á acontecer.—Indudablemente, á aquel hombre, cuya cabeza no estaba muy firme, por lo mucho que había abusado de las bebidas espirituosas, pero que en lo demas era un buen soldado y un mediano cocinero, le había ocurrido algo grave con algún polaco, ora en la guerra de España, ora en su larga peregrinación por otras naciones.—Llegados á Varsovia, donde nos detuvimos algunos dias, *Rísas* se puso gravemente enfermo, de fiebre cerebral, por resultas del terror pánico que le había acometido desde que entramos en tierra polonesa, y yo, que le tenía ya cierto cariño, no quise dejarlo allí solo cuando recibimos la orden de marcha, sino que conseguí de mis

Jefes que Juan se quedase en Varsovia cuidándolo, sin perjuicio de que, resuelta aquella crisis de un modo ó de otro, saliese luego en mi busca con algún convoy de equipajes y víveres, de los muchos que seguirían á la nube de gente en que mi regimiento figuraba á vanguardia.—¡Cuál fué, pues, mi sorpresa cuando, el mismo dia que nos pusimos en camino, y á las pocas horas de haber echado á andar, se me presentó mi antiguo asistente, lleno de terror, y me dijo lo que acababa de suceder con el pobre *Risas!*—¡Dígole á V. que el caso es de lo más singular y estupendo que haya ocurrido nunca!—Oígame y verá si hay ó no motivo para que yo haya olvidado esta historia en cuarenta y dos años.—Juan había buscado un buen alojamiento para cuidar á *Risas*, en casa de cierta labradora viuda, con tres hijas casaderas, que, desde que llegamos á Varsovia los españoles, no había dejado de preguntarnos á todos, por medio de intérpretes franceses, si sabíamos algo de un hijo suyo llamado *Iwa*, que vino á la guerra de España en 1808 y de quien hacía tres años no tenía noticia alguna, cosa que no pasaba á las demás familias que se hallaban en idéntico caso.—Como Juan era tan zalamero, halló modo de consolar y esperanzar á aquella triste madre, y de aquí el que, en recompensa, ella se

brindara á cuidar á *Risas*, al verlo caer en su presencia atacado de la fiebre cerebral...—Llegados á casa de la buena mujer, y estando ésta ayudando á desnudar al enfermo, Juan la vió palidecer de pronto y apoderarse convulsivamente de cierto medallón de plata, con una efigie ó retrato en miniatura, que *Risas* llevaba siempre al pecho, bajo la ropa, á modo de talismán ó conjuro contra los polacos, por creer que representaba á una Virgen ó Santa de aquel país.—*¡Iwa! ¡Iwa!* gritó después la viuda de un modo horrible, sacudiendo al enfermo, que nada entendía, aletargado como estaba por la fiebre.—En esto acudieron las hijas; y, enteradas del caso, cogieron el medallón, lo pusieron al lado del rostro de su madre, llamando por medio de señas la atención de Juan para que viese, como vió, que la tal efigie no era más que el retrato de aquella mujer, y, encarándose entonces con él, visto que su compatriota no podía responderles, comenzaron á interrogarle mil cosas con palabras ininteligibles, bien que con gestos y ademanes que revelaban claramente la más siniestra furia.—Juan se encogió de hombros, dando á entender por señas que él no sabía nada de la procedencia de aquel retrato, ni conocía á *Risas* más que de muy poco tiempo...—El noble semblante de mi honradísimo asistente debió

de probar á aquellas cuatro leonas encolerizadas que el pobre no era culpable...—¡Además él no llevaba el medallón!—Pero el otro... ¡al otro, al pobre *Risas*, lo mataron á golpes y lo hicieron pedazos con las nñas!—Es cuanto sé con relación á este drama; pues nunca he podido averiguar por qué tenía *Risas* aquel retrato.

—Permítame V. que se lo cuente yo...—dije sin poder contenerme.

Y, acercándome á la mesa del Coronel y del Comandante, después de ser presentado á ellos por mis amigos, les referí á todos la espantosa narración del minero.

Luego que concluí, el Comandante, hombre de más de setenta años, exclamó con la fé sencilla del antiguo militar, con el arranque de un buen español y con toda la autoridad de sus canas:

—¡Vive Dios, señores, que en todo eso hay algo más que una casualidad!

Almería, 1854.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

I.

EL 1.° *de Mayo entran los aviones*,—dícese en España, desde que el mundo es mundo, para significar que todos los años, *precisamente ese dia*, regresan á nuestra tierra, ó sea á nuestro aire, los aviones y vencejos, después de su viaje invernal al África.—Pero lo que nadie ha dicho hasta ahora, y yo me sé de muy buena tinta, es que ningún año habrán vuelto á ver los aviones las murallas de Tarragona, ni tomado en ellas posesión en sus antiguos nidos, en dia más hermoso, fulgente y embalsamado que el 1.° de Mayo de 1814.

El mar, tan azul y apacible como el mismo cielo, parecía, no un complemento de la limitada tierra, sino el comienzo de la eternidad y de lo infinito. El campo recibía sonriendo las caricias del sol y se las pagaba en vistosas flores, nuncio y promesa de regalados frutos.

El ambiente, en fin, estaba impregnado de amor y vida, y en sus tibias ráfagas percibíase el fragante aliento de la primavera, enamorada ya del estío...

Pero no eran sólo de esta índole los encantos *primaverales* de aquel inolvidable dia. El hombre, en la ciudad, al pensar en el regreso de las aves viajeras, y en que había principiado el mes de las flores, y en que el dia siguiente sería Dos DE MAYO, experimentaba solemnes y gratas sensaciones morales y patrióticas, que hablaban también á su alma de resurrección y eflorescencia...—¡Apenas habían pasado quince dias desde que la paz reinaba en España, después de seis años de incesante lucha! La *Guerra de la Independencia*, la epopeya de que fueron heroes nuestros padres, estaba completamente terminada. Los generales de Napoleón habían huido con sus huestes, y con su pretendido Rey, á contarle al dominador de tantas naciones, que era delirio pensar en la conquista de la nación española. ¡Ya no había en toda la Península ni un solo soldado extranjero!

Nuestra desangrada y enflaquecida patria descansaba, pues, á la luz de aquel sol esplendoroso, como un convaleciente que abandona el lecho después de lidiar largo tiempo con la muerte.—¡Momento melancólico y su-

blime! Las campanas llamaban de nuevo á los fieles á las incendiadas y saqueadas iglesias... El humo de los ensangrentados hogares volvía á elevarse al cielo por la serena atmósfera... Los antiguos cantos populares extremecían otra vez el viento... El esforzado patriota soltaba las armas y tornaba á sus trabajos, consolándose de haber perdido hijos, hermanos y padres, á la sola idea de que había conservado el suelo que los vió nacer y morir!... ¡Todo era, en fin, santa tristeza y patético alborozo desde San Sebastián á Cadiz, desde la Coruña hasta Gerona; todo era referirse grandes hazañas de una y otra provincia, de una y otra ciudad, de una y otra aldea, empeñadas de consuno en sacudir el yugo extranjero; todo era dar gracias á Dios por la victoria, conmemorar religiosamente á los difuntos, y restaurar ciudades ó construirlas de nuevo, con la esperanza de alcanzar en ellas mejores y más dilatados dias que los heróicos mártires de la Patria!

II.

La mañana que digo, un bizarro mancebo y una hermosísima joven, vestidos con sencillez y buen gusto, como gentes acomodadas de la clase media, salían de la iglesia de San-

to Domingo de Tarragona, donde acababan de velarse.

El mismo Sacerdote que los casara la semana anterior los acompañaba ahora amigablemente, yendo tan contento y ufano entre los dos enamorados esposos como si éstos le debiesen toda su ventura...

Mucha le debían.—Clara y Manuel, que así se llamaban los jóvenes, habían perdido sus respectivas familias el dia 28 de Junio de 1811, cuando el General Suchet tomó por asalto á Tarragona. Posteriormente, al fin de la campaña de 1813, Suchet, perseguido, pasó por la misma ciudad, y voló sus fortalezas y algunas casas, siendo una de éstas la del escribano que guardaba todos los títulos de las propiedades de Manuel, fugitivo á la sazón con Clara y con su madre. En uno y otro tremendo dia habían perecido más de la mitad de los habitantes de Tarragona; de modo que, cuando el pobre huérfano volvió en busca de su casa y de sus bienes, para ofrecérselos á aquellas dos mujeres desvalidas, encontróse con que no era posible identificar su persona, ni menos acreditar su derecho á la hacienda de sus padres. —Entonces apareció en la arruinada ciudad aquel virtuoso sacerdote con quien ahora lo encontramos, el cual lo conocía desde que nació (puesto que fué siempre Cura de su parro-

quia, y lo había bautizado y enseñado á leer); y, á consecuencia de las autorizadas declaraciones del anciano ministro del Señor, Manuel, ¡que ya pedía limosna!, fué rico desde el dia siguiente.

Pocas semanas después se verificaba su matrimonio con Clara.

En cuanto á la madre de ésta, ya aparecerá en el curso de nuestra breve y verídica historia.

III.

—Conque, vamos, hijos mios; decidme... ¿De qué se trata?—preguntó el Sacerdote á la puerta de la iglesia.

—Se trata, señor cura... (dijo Clara con tristeza) de que tenemos un secreto que confiar á V...

—¿Un secreto?... ¡á mí! ¿Pues no habéis confesado conmigo esta mañana?...

—Sí, señor... (respondió Manuel con mayor tristeza todavía:) Pero nuestro secreto no es un pecado.

—¡Ah, ya! Eso es otra cosa.

—Al menos, pecado nuestro...—balbuceó la desposada.

—¡Ya decía yo que habría algo malo en el asunto cuando acudíais al pobre viejo!...—¡Veamos!... ¿A qué se reduce todo?

—Habla tú...—dijo Clara á su marido.

Este se limitó á añadir:

—¡Nada!... venga V... La mañana está hermosa: daremos un corto paseo, y *en el mismo sitio* le diremos lo que sucede.

—¿En qué sitio?

—¡Nada!... venga V...—repitió Clara, tirando del manteo al Padre cura.

Éste se prestó gustoso al deseo de los dos jóvenes, y salieron de la ciudad.

Como á unos mil pasos de ella, y en la orilla misma del Francolí, se paró Manuel, diciendo:

—Aquí era...

—No... no... (observó Clara.) Fué más allá.

—En efecto... Fué en aquel recodo, donde se ve á una mujer sentada en el suelo.

—¡Calla!... ¡pues si aquella mujer es mi madre!

—¿Cómo tu madre?

—Sí... ¡no tengo duda!—Esta mañana salió de casa, como todos los dias, sin permitir que nadie la acompañase...; y ¡mira adonde se viene la pobre!—No lo extrañe V., señor cura: ya sabe V. que la infelíz está mala de la cabeza.—¡Desde *aquella noche*, su razón padece frecuentes extravíos!

En esto llegaron nuestros tres personajes al lado de una mujer, que efectivamente se halla-

ba sentada en el suelo, á la orilla del agua, con los ojos fijos en las ondas fugitivas del Francolí.

Erase una anciana de venerable porte, de severa y enjuta fisonomía, negrísimos ojos y blanca y poblada cabellera: una madre catalana, en fin, tan enérgica como dulce, tan cariñosa como soberbia.

—¡Qué hermoso dia, madre!—le dijo Clara, para distraerla, en tanto que la abrazaba.

—Hija, ¡qué horrible noche!—respondió la pobre loca.

—Verá V., señor cura, cómo sucedió todo...—expuso Manuel, haciendo un esfuerzo, y apartando un poco al Sacerdote del grupo de las dos mujeres.

IV.

—«Ahí... (prosiguió Manuel, señalando al rio:) en esas ondas que tanta sangre han arrastrado durante cinco años, yace, señor Cura, un mártir de la independencia española, muerto á los quince meses de nacer..., y á quien, sin embargo, deben la vida y la felicidad estos dos corazones que ha unido V. para siempre.—De la madre de Clara no hablo; porque, si bien le debe también la vida á aquel santo niño,

más le valiera haber perecido con él. — ¡Ya ve V. cómo se encuentra la desgraciada!

¡Se asombra V., padre mio, de que á los quince meses de edad pueda una inocente criatura hacer tanto bien á su familia! Lo comprendo... ¡Yo también, no sólo me asombro, sino que me muero de vergüenza!—¡Pero ya ve V. cómo quedé aquella noche!

(Así diciendo, mostró Manuel al Párroco la mano derecha, horriblemente desfigurada por una larga y profunda cicatriz.)

¡A los quince meses! ¡sí!...—Murió á los quince meses, y su vida no fué estéril, no fué inútil.—¡Muchos viven largos años sin hacer tanto bien al mundo!—¡Dios lo tendrá, sin duda alguna, no al lado de los ángeles, sino de los mártires y de los heroes!

Ya sabe V. cuán triste fué para Tarragona el dia 28 de Junio de 1811.—Sin embargo, V. se hallaba prisionero desde el asalto del 4 de Mayo, y no vió todo el horror de la toma de la ciudad. ¡No vió morir á cinco mil españoles en diez horas; no vió incendiar casas y templos; no vió asesinar inermes ancianos y flacas mujeres; no vió atropellado el pudor de las vírgenes, la majestad de las madres, el voto de las religiosas!... ¡no vió el robo y la embriaguez confundidos con el amor y la matanza! ¡no vió, en fin, una de las mayores

proezas del vencedor del mundo, del heroe de nuestro siglo, del semidios Napoleón!

¡Yo lo ví todo!—¡Yo ví á los enfermos salir del lecho de agonía, arrastrando las sábanas como un sudario, y perecer á manos del soldado extranjero, sobre el umbral de la misma alcoba en que penetró el dia antes el Viático! ¡Yo ví tendida en esta calle á una mujer degollada, y á su lado el tierno infante que mamaba todavía del pecho de la madre muerta! ¡Yo ví al esposo maniatado presenciar la profanacion del lecho nupcial; y á los niños que lloraban en torno de tanto horror; y á la desesperación y á la inocencia apelando al suicidio; y á la impiedad escarneciendo los cadáveres!—¡Ah! ¡malditas sean las armas extranjeras!

Mi padre y mis hermanos murieron aquel dia de tristísima memoria... ¡Felices ellos!

Herido yo en la mano derecha, inútil para la lid, refugiéme en casa de Clara.

Esta, llena de angustia y miedo, hallábase al balcón, temiendo por mi vida, y arriesgando la suya con tal de verme, si pasaba por la calle.

Entré; pero los que me perseguían... la vieron...—¡Y era tan hermosa!

Un rugido de salvaje alborozo y una brutal carcajada saludaron á la beldad.—Un minuto después, el hacha y el fuego derribaban nuestra puerta.—¡Estábamos perdidos!

La madre de Clara, llevando en sus brazos al desventurado niño que yace bajo esas ondas, se encerró con nosotros en la cisterna ó aljibe de la casa, que era profundísimo y estaba seco á causa de no haber llovido hacía muchos meses.—Aquella cisterna, cuyo suelo mediría ocho varas cuadradas, y á la que se bajaba por largas rampas subterráneas, se angostaba en el techo, formando como un cañón de pozo, que iba á dar al promedio del patio, donde tenía su brocal, con garrucha pendiente de un arco de hierro, á fin de sacar desde allí agua por medio de dos acetres...

El mencionado niño, llamado *Miguel*, era hermano de Clara, ó sea el hijo menor de la infeliz á quien los franceses acababan de dejar viuda.

Dentro del aljibe podíamos salvarnos los cuatro, ó, mejor dicho, nos habíamos salvado ya.—¡Nadie podía imaginarse que estuviésemos en aquel sitio, ni que tal sitio existiese! —Desde arriba, la cisterna parecía un simple pozo.—Los franceses creían que habíamos huido por los tejados de la casa...

Así lo decían entre horrorosos juramentos, mientras descansaban en aquel fresco patio, en medio del cual se hallaba la cisterna.

Sí... ¡nos habíamos salvado!—Clara me vendaba la herida; su madre daba el pecho á Mi-

guel, y yo, aunque temblaba con el frío de la calentura, considerábame feliz, y sonreía...

En esto comprendimos que los franceses, devorados de sed, trataban de sacar agua del pozo en que nos hallábamos...

¡Figúrese V. toda nuestra agonía en aquel instante!...

Nos hicimos á un lado, y dejamos bajar el acetre hasta dar en el suelo...

Ni respirábamos siquiera.

El acetre volvió á subir...

—¡Está seco!—dijeron los franceses en su idioma...

—¡Arriba habrá agua!—exclamó uno.

—¡Se marchan!—pensamos Clara, su madre y yo.

—¿Si estarán aquí dentro?—exclamó una voz en catalán...

¡Era un *afrancesado!*... ¡señor Cura!—Era un español quien nos perdía!

—¡Qué disparate! (respondió el francés.) ¡No hubieran podido descolgarse tan pronto!

—Tiene V. razón...—repuso el afrancesado.

Ignoraban ellos que á la cisterna se bajaba por la citada mina, cuya puerta ó trampa, bien disimulada en el suelo de una oscura bodega muy distante, era muy difícil descubrir. ¡En cambio habíamos cometido la impruden-

cia de cerrar con llave la verja de hierro que cortaba la comunicación entre la cisterna y la mina, y no podiamos abrirla sin hacer mucho ruido...

Figúrese V., pues, la cruel alternativa de esperanza y de miedo con que oiriamos aquel diálogo, sostenido por los malhechores en el mismo brocal del pozo...—¡Desde los rincones en que estábamos replegados, veíamos moverse la sombra de sus cabezas en el redondel de luz cenital pintado en el fondo del seco aljibe!...—Cada segundo nos parecía un siglo...

En esto..., ¡echóse á llorar Miguel...!

Pero, no bien había lanzado el primer gemido, cuando su madre sofocó aquella voz que nos vendía, estrechando contra su pecho la cara del tierno infante.

—¿Habéis oido?—gritaron arriba.

—¡Yo no!—respondió otro.

—Escuchemos...—dijo el afrancesado.

Pasaron tres horribles minutos...

Miguel pugnaba por llorar..., y, cuanto más lo sofocaba su madre, más se enfurecía y se retorcía entre sus brazos...

¡Pero no se oyó ni el más ligero suspiro!

—Será el eco...—exclamaron los franceses, alejándose.

—¡Eso será!—añadió el afrancesado.

Y todos se fueron, y el ruido de sus pisadas y de sus sables se apagó lentamente á todo lo largo del patio, con dirección al portal.

¡Había cesado el peligro!

Pero ¡ay!... ¡tardía felicidad la nuestra!

Miguel no lloraba, ni luchaba ya...

¡Estaba muerto!

V.

—¡Señor cura! ¡Señor cura! (gritó en esto la madre de Clara, interrumpiendo á Manuel.) ¡Diga V. que es mentira! ¡Yo no he matado á mi hijo! ¡Lo mataron ellos! ¡Lo ahogué yo por librarlos! ¡Se ahogó él por librarnos á todos! —¡Ah! señor cura; perdóneme V... ¡Yo no soy una mujer mala! ¡Yo me he vuelto loca por mi Miguel, por el hijo de mi vida!... ¡Yo no soy una mala madre!

—¡Señor cura! (dijo Clara:) Hemos traido á V. hasta aquí, para que bendiga esa agua, en que arrojamos el cadáver de mi hermano cuando huimos de Tarragona la noche del 28 de Junio de 1811.—El peligro que corríamos no nos dejó tiempo de enterrarlo...

—¿No es verdad que Miguel estará en el cielo, señor cura?—preguntó Manuel, enjugándose las lágrimas.

—Sí, hijos mios... (respondió el Sacerdote).

¡Yo os lo aseguro en nombre de Dios, y en nombre de la Patria!—Y V., hermana mia, no llore... (continuó, dirigiéndose á la anciana.) ¡Dios bendice el martirio que V. sufre, como yo bendigo al inocente niño que lo causó! ¡En el cielo encontrará V. á su hijo, y con él la alegría de su alma! En cuanto á vosotros, que tan felices podéis ser sobre la tierra, no olvidéis que comprásteis vuestra dicha al precio del tormento de los demás.—¡Atormentaos también vosotros cuando vuestro prójimo os necesite!

Así dijo el Sacerdote: y, á la luz del sol primaveral, en medio de los floridos campos, al son de la música de las aves, acompañado, en fin, de todas las alegrías de la Naturaleza, bendijo el lugar en que las aguas de Francolí sirvieron de tumba al venturoso niño que fué el *Angel de la Guarda* de su familia.

Madrid, 1859.

LA BUENAVENTURA.

LA BUENAVENTURA.

I.

No sé qué dia de Agosto del año 1816, llegó á las puertas de la Capitanía General de Granada cierto desarrapado y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido ó sobrenombre *Heredia,* caballero en un flaquísimo y destartalado burro mohino, cuyos arneses se reducían á una soga atada al pescuezo, y, echado que hubo pié á tierra, dijo con la mayor frescura *que quería ver al Capitán General.*

Excusado es decir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los *edecanes,* antes de llegar á conocimiento del Excmo. Sr. D. Eugenio Portocarrero, Conde del Montijo, á la sazón Capitán General del antiguo Reino de Granada... Pero, como este prócer era hombre de muy buen humor, y tenía muchas noticias de Heredia, célebre por sus chistes, por sus cam-

balaches y por su amor á lo ajeno... con permiso del engañado dueño, dió orden de que dejasen pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de Su Excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y, poniéndose de rodillas, exclamó:

—¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de toitico el mundo!

—Levántate; déjate de zalamerías, y dime qué se te ofrece...—respondió el Conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también sério, y dijo con mucho desparpajo:

—Pues, señor; vengo á que se me den los mil reales.

—¿Qué mil reales?

—Los ofrecidos hace dias, en un bando, al que presente las señas de *Parrón*.

—¡Pues qué! ¿tú lo *conocías?*

—No, señor.

—Entonces...

—Pero ya lo conozco.

—¡Cómo!

—Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas, y pido mi ganancia.

—¿Estás seguro de que lo has visto?—exclamó el Capitán General con un interés que se sobrepuso á sus dudas.

El gitano se echó á reir y respondió:

—¡Es claro! Su merced dirá: este gitano es como todos, y quiere engañarme.—¡No me perdone Dios si miento!—Ayer vi á *Parrón*.

—Pero, ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue á ese mónstruo, á ese bandido sanguinario *que nadie conoce ni ha podido nunca ver?* ¿Sabes que todos los dias roba, en distintos puntos de estas Sierras, á algunos pasageros, y después los asesina; pues dice que los muertos no hablan, y que ese es el único medio de que nunca dé con él la Justicia? ¿Sabes, en fin, que ver á *Parrón* es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió á reir, y dijo:

—¿Y no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano, no hay quien lo haga sobre la tierra? ¿Conoce nadie cuando es verdad nuestra risa ó nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros?—Repito, mi general, que, no sólo he visto á *Parrón*, sino que he hablado con él.

—¿Dónde?

—En el camino de Tózar.

—Dame pruebas de ello.

—Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho dias que caimos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy

bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel sospecha me tenía desazonado.—«¿Será esta gente de *Parrón?* (me decía á cada instante.) ¡Entonces no hay remedio! ¡me matan!...; pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan á ver cosa ninguna.

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de macareno con mucho lujo, y, dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia, me dijo:

—Compadre ¡yo soy *Parrón!*

Oir esto, y caerme de espaldas, todo fué una misma cosa.

El bandido se echó á reir.

Yo me levanté desencajado; me puse de rodillas, y exclamé en todos los tonos de voz que pude inventar:

—¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres!... ¿Quién no había de conocerte por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que pára tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mio! ¡Que en mal hora muera, si no tenía gana de encontrarte el gitanico para decirte la buenaventura y darte un beso en esa mano de emperador!—¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te

enseñe á cambiar burros muertos por burros vivos?—¿Quieres vender como potros tus caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés á una mula?

El Conde del Montijo no pudo contener la risa...—Luego preguntó:

—Y ¿qué respondió *Parrón* á todo eso? ¿Qué hizo?

—Lo mismo que su merced: reirse á todo trapo.

—¿Y tú?

—Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como naranjas.

—Continúa.

En seguida me alargó la mano, y me dijo:

—Compadre: es V. el único hombre de talento que ha caido en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo V. me ha hecho reir: y, si no fuera por esas lágrimas...

—Qué ¡señor! ¡si son de alegría!

—Lo creo. ¡Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reido desde hace seis ú ocho años!—Verdad es que tampoco he llorado...—Pero despachemos.—¡Eh! ¡muchachos!

Decir *Parrón* estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fué un abrir y cerrar de ojos.

—¡Jesús me ampare!—empecé á gritar.

—¡Deteneos! (exclamó *Parrón*:) No se trata de eso *todavía*.—Os llamo para preguntaros que le habéis *tomado* á este hombre.

—Un burro en pelo.

—¿Y dinero?

—Tres duros y siete reales.

—Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

—Ahora dime la buenaventura,—exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

—*Parrón*, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes... ¡morirás ahorcado!

—Eso ya lo sabía yo... (respondió el bandido con entera tranquilidad).—Dime *cuándo*.

Me puse á cavilar.

Este hombre (pensé) me va á perdonar la vida; mañana llego á Granada y doy el *cante;* pasado mañana lo cojen... Después empezará la sumaria...

—¿Dices que *cuándo*? (le respondí en alta voz.)—Pues ¡mira! va á ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo también, conociendo que el amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

—Pues mira tú, gitano... (contestó *Parrón* muy lentamente). Vas á quedarte en mi poder...—¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo á tí, tan cierto como ahorcaron á mi padre!—Si muero para esa fecha, quedarás libre.

—¡Muchas gracias! (dije yo en mi interior). ¡Me perdona... después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fuí conducido á la cueva, donde me encerraron, y *Parrón* montó en su yegua y tomó el tole por aquellos breñales...

—¡Vamos, ya comprendo... (exclamó el Conde del Montijo:) *Parrón* ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas...

—¡Todo lo contrario, mi general! *Parrón* vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

II.

Pasaron ocho dias sin que el Capitán volviese á verme. Según pude entender, no había parecido por allí desde la tarde que le hice la

buenaventura; cosa que nada tenía de raro, á lo que me contó uno de mis guardianes.

—Sepa V. (me dijo) que el Jefe se va al infierno de vez en cuando, y no vuelve hasta que se le antoja.—Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, á fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho la buenaventura á todos los ladrones, pronosticándoles que no serían ahorcados y que llevarían una vejez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen á un arbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaba á mi lado un par de centinelas.

Una tarde, á eso de las seis, los ladrones que habían salido *de servicio* aquel dia, á las órdenes del *segundo de Parrón*, regresaron al campamento, llevando consigo, maniatado como pintan á nuestro Padre Jesús Nazareno, á un pobre segador de cuarenta á cincuenta años, cuyas lamentaciones partían el alma:

—¡Dadme mis 20 duros! (decía:) ¡Ah! ¡Si supierais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!... ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos!—¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones, esa suma con que

podríamos vivir este invierno!... ¡Y, cuando ya voy de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices, ¿cómo he de perder ese dinero, que es para mí un tesoro!—¡Piedad, señores! ¡Dadme mis 20 duros! ¡Dádmelos, por los dolores de María Santísima!

Una carcajada de burla contestó las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el arbol á que estaba atado; porque los jitanos también tenemos familia...

—No seas loco... (exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador).—Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores en qué ocuparte...

—¡Cómo!—dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que dejar sin pan á sus hijos.

—¡Estás en poder de *Parrón!*

—*Parrón*... ¡No le conozco!... Nunca lo he oido nombrar... ¡Vengo de muy lejos!—Yo soy de Alicante, y he estado segando en Sevilla.

—Pues, amigo mio, *Parrón* quiere decir la *muerte*. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos, y encomienda el alma en otros dos.—¡Preparen! ¡Apunten!—Tienes cuatro minutos.

—Voy á aprovecharlos... ¡Oidme por compasión!..

—Habla.

—Tengo seis hijos... y una infeliz... diré *viuda*...; pues veo que voy á morir.—Leo en vuestros ojos que sois peores que fieras... ¡Sí, peores! Porque las fieras de una misma especie no se devoran unas á otras.—¡Ah! ¡perdón!... no sé lo que me digo.—¡Caballeros, alguno de Vds. será padre... ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis niños pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre, viendo morir á los hijos de sus entrañas diciendo: tengo hambre... tengo frio!—Señores: ¡yo no quiero mi vida, sino por ellos! ¿Que es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos y privaciones!—¡Pero debo vivir para mis hijos!... ¡Hijos mios! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara... ¡Qué cara!... ¡Se parecía á la de los Santos que el rey Nerón echaba á los tigres, según dicen los padres predicadores...

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos á otros...; y, viendo que todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió á decirla...

—¿Qué dijo?—preguntó el Capitán Gene-

ral, profundamente afectado por aquel relato.

—Dijo:—Caballeros, lo que vamos á hacer no lo sabrá nunca *Parrón*...

—Nunca... nunca...—tartamudearon los bandidos.

—Márchese V., buen hombre...—exclamó entonces uno que hasta lloraba...

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

—Pronto... ¡Márchese V.!—repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

—¿Te parece poco? (gritó uno).—¡Pues no quiere su dinero!—Vaya... vaya... ¡No nos tiente V. la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y á poco desapareció.

Media hora había trascurrido, empleada por los ladrones en jurarse unos á otros no decir nunca á su capitán que habían perdonado la vida á un hombre, cuando de pronto, apareció *Parrón*, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio: descolgó su escopeta de dos cañones, y, apuntando á sus camaradas, dijo:

—¡Imbéciles! ¡infames! ¡No sé como no os mato á todos!—¡Pronto! ¡Entregad á este hombre los 20 duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los 20 duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó á los piés de aquel personaje que dominaba á los bandoleros y que tan buen corazón tenía...

Parrón le dijo:

—¡A la paz de Dios!—*Sin las indicaciones de V., nunca hubiera dado con ellos.* ¡Ya ve V. que desconfiaba de mí sin motivo!... He cumplido mi promesa... Ahí tiene V. sus 20 duros...—Conque... ¡en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces, y se alejó lleno de júbilo.

Pero no habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor lo llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró á volver piés atrás.

—¿Qué manda V.?—le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad á su familia.

—¿Conoce V. á *Parrón?*—le preguntó él mismo.

—No lo conozco.

—¡Te equivocas! (replicó el bandolero:) Yo soy *Parrón.*

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta á la cara y des-

cargó los dos tiros contra el segador, que cayó redondo al suelo.

—¡Maldito seas!—fué lo único que pronunció.

En medio del terror que me quitó la vista, observé que el arbol en que yo estaba atado se extremecía ligeramente, y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco, y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entre tanto decía *Parrón* á los suyos, señalando al segador:

—Ahora podeis robarlo.—Sois unos imbéciles... ¡unos canallas! ¡Dejar á ese hombre, para que se fuera, como se se fué, dando gritos por los caminos reales!...—¡Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba, hubieran sido los *migueletes*, habría dado vuestras señas, y las de nuestra guarida, como me las ha dado á mí, y estaríamos ya todos en la cárcel!—¡Ved las consecuencias de robar sin matar!—Conque basta ya de sermón, y enterrad ese cadáver, para que no apeste.

Mientras los ladrones hacían el hoyo y *Parrón* se sentaba á merendar, dándome la espal-

da, me alejé poco á poco del arbol y me descolgué al barranco próximo...

Ya era de noche. Protegido por sus sombras, salí á todo escape, y, á la luz de las estrellas, divisé mi borrico, que comía allí tranquilamente, atado á una encina. Montéme en él y no he parado hasta llegar aquí...

Por consiguiente, señor, deme V. los 1.000 reales, y yo diré las señas de *Parrón*, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio...

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró desde luego la suma ofrecida, y salió de la Capitanía General, dejando asombrados al Conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó ó no acertó *Heredia* al decir la buenaventura á *Parrón*.

III.

Quince dias después de la escena que acabamos de referir, y á eso de las nueve de la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y parte de la de San Felipe de aquella misma Capital, la reunión de dos compañías de Migueletes, que debían salir á las nueve y media en busca de *Parrón*, cuyo paradero, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fe-

chorías, había al fin averiguado el Conde del Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar á tan importante empresa. ¡Tal espanto había llegado á infundir *Parrón* á todo el antiguo reino granadino!

—Parece que ya vamos á *formar*... (dijo un miguelete á otro), y no veo al Cabo López...

—¡Extraño es á fé mia; pues él llega siempre antes que nadie, cuando se trata de salir en busca de *Parrón*, á quien odia con sus cinco sentidos!

—¿Pués no sabéis lo que pasa?—dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación.

—¡Hola! es nuestro nuevo camarada...—¿Cómo te va en nuestro cuerpo?

—¡Perfectamente!—respondió el interrogado.

Era este un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mucho el traje de soldado.

—Conque ¿decías?...—replicó el primero.

—¡Ah! ¡sí! que el cabo López ha fallecido...—respondió el miguelete pálido.

—*Manuel*... ¿Qué dices?—¡Eso no puede

ser!...—Yo mismo he visto á López esta mañana, como te veo á tí...

El llamado *Manuel* contestó friamente:

—Pues hace media hora que lo ha matado *Parrón*.

—¿*Parrón*?...—¿Dónde?

—¡Aquí mismo! ¡en Granada!—En la cuesta del Perro se ha encontrado su cadáver.

Todos quedaron silenciosos, y *Manuel* empezó á silbar una canción patriótica.

—¡Van once migueletes en seis dias! (exclamó un sargento.) ¡*Parrón* se ha propuesto exterminarnos!—¿Pero cómo es que está en Granada? ¿No íbamos á buscarlo á la Sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar, y dijo con su acostumbrada indiferencia:

—Una vieja que presenció el delito dice que, luego que mató á López, ofreció que, si íbamos á buscarlo, tendríamos el gusto de verlo...

—¡Camarada! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de *Parrón* con un desprecio!...

—¿Pués qué es *Parrón* más que un hombre? —repuso *Manuel* con altanería.

—¡A la formación!—gritaron en este acto varias voces.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó á pasar por allí el gitano *Heredia*, el cual se paró, como todos, á ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que *Manuel*, el nuevo miguelete, dió un retemblido y retrocedió un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros...

Al propio tiempo *Heredia* fijó en él sus ojos; y, dando un grito y un salto como si le hubiese picado una víbora, arrancó á correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina á la cara y apuntó al gitano...

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

—¡Está loco! *¡Manuel* se ha vuelto *loco!* ¡Un miguelete ha perdido el juicio!—exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena.

Y oficiales y sargentos y paisanos rodeaban á aquel hombre, que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo á preguntas, reconvenciones y dicterios, que no le arrancaron contestación alguna.

Entre tanto, *Heredia* había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeuntes, que, viéndole correr, después de haber so-

nado aquel tiro, lo tomaron por un malhechor.

—¡Llevadme á la Capitanía General! (decía el gitano.) ¡Tengo que hablar con el Conde del Montijo!

—¡Qué Conde del Montijo, ni qué niño muerto! (le respondieron sus apreensores.)—¡Allí están los migueletes, y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

—Pues lo mismo me da... (Respondió Heredia.)—Pero tengan Vds. cuidado de que no me mate *Parrón*...

—¿Cómo Parrón? ¿Qué dice este hombre?

—Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y, señalando á Manuel, dijo:

—Mi comandante: ¡ese es *Parrón*, y yo soy el gitano que dió hace quince dias sus señas al Conde del Montijo!

—*¡Parrón! ¡Parrón* está preso! ¡Un miguelete era *Parrón!*...—gritaron muchas voces.

—No cabe duda... (decía entretanto el Comandante, leyendo las señas que le había dado el Capitán General.)—¡A fé que hemos estado torpes!—Pero ¿á quién se le hubiera ocurrido buscar al Capitán de ladrones entre los migueletes que iban á prenderlo?

—¡Necio de mí! (exclamaba al mismo tiempo *Parrón*, mirando al gitano con ojos de león

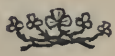
herido:) ¡es el único hombre á quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que me pasa!

A la semana siguiente, ahorcaron á *Parrón*.

Cumplióse, pues, literalmente la *buenaventura* del gitano...

Lo cual (dicho sea para concluir dignamente) no significa que debáis creer en la infalibilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de *Parrón*, de matar á todos los que llegaban á conocerle...—Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana;—doctrina que, á mi juicio, no puede ser más ortodoxa.

Guadix, 1853.



LA CORNETA DE LLAVES.

LA CORNETA DE LLAVES.

Querer es poder.

I.

Don Basilio, ¡toque V. la corneta, y bailaremos!—Debajo de estos árboles no hace calor...

—Sí, sí..., D. Basilio: ¡toque V. la corneta de llaves!

—¡Traedle á D. Basilio la corneta en que se está enseñando Joaquín!

—¡Poco vale!...—¿La tocará V. D. Basilio?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—¡Que no!

—¿Por qué?

—Porque no sé.

—¡Que no sabe!...—¡Habrá hipócrita igual!

—Sin duda quiere que le regalemos el oido...

—¡Vamos! ¡ya sabemos que ha sido V. músico mayor de infantería!...

—Y que nadie ha tocado la corneta de llaves como V...

—Y que lo oyeron en Palacio..., en tiempos de Espartero...

—Y que tiene V. una pensión...

—¡Vaya, D. Basilio! ¡Apiádese V.!

—Pues, señor... ¡Es verdad! He tocado la corneta de llaves: he sido una... una *especialidad*, como dicen Vds. ahora...; pero también es cierto que hace doce años regalé mi corneta á un pobre músico licenciado, y que desde entonces no he vuelto... ni á tararear.

—¡Qué lástima!

—¡Otro Rossini!

—¡Oh, pues lo que es esta tarde, ha de tocar usted!...

—Aquí, en el campo, todo es permitido...

—¡Recuerde V. que es mi dia, papá abuelo!...

—¡Viva! ¡Viva! ¡Ya está aquí la corneta!

—Sí, ¡que toque!

—Un wals...

—No... ¡una polka!..

—¡Polka!.. ¡Quita allá!—¡Un fandango!

—Sí... sí... ¡fandango! ¡Baile nacional!

—Lo siento mucho, hijos mios; pero no me es posible tocar...

—¡Usted, tan amable!..

—Tan complaciente...

—¡Se lo suplica á V. su nietecito!...

—Y su sobrina...

—¡Dejadme, por Dios!—He dicho que no toco.

—¿Por qué?

—Porque no me acuerdo; y porque, además, he jurado no volver á aprender...

—¿A quién se lo ha jurado?

—¡A mí mismo, á un muerto, y á tu pobre madre, hija mia!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras.

—¡Oh!... ¡Si supierais á qué costa aprendí á tocar la corneta!...—añadió el viejo.

—¡La historia! ¡La historia! (exclamaron los jóvenes.) Contadnos esa historia.

—En efecto... (dijo D. Basilio.)—Es toda una historia. Escuchadla, y vosotros juzgaréis si puedo ó no puedo tocar la corneta...

Y, sentándose bajo un árbol, rodeado de unos curiosos y afables adolescentes, contó la historia de sus lecciones de música.

No de otro modo, *Mazzepa*, el heroe de Byron, contó una noche á Cárlos XII, debajo de otro árbol, la terrible historia de sus lecciones de equitación.

Oigamos á D. Basilio.

II.

Hace diez y siete años que ardía en España la guerra civil.

Cárlos é Isabel se disputaban la Corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en lucha fratricida.

Tenía yo un amigo, llamado Ramón Gámez, Teniente de cazadores de mi mismo batallón; el hombre más cabal que he conocido...—Nos habíamos educado juntos; juntos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces, y juntos deseábamos morir por la libertad...—¡Oh! Estoy por decir que él era más liberal que yo y que todo el ejército!...

Pero he aquí que cierta injusticia cometida por nuestro Jefe en daño de Ramón; uno de esos abusos de autoridad que disgustan de la más honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al Teniente de cazadores abandonar las filas de sus hermanos, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse á la facción, al subordinado matar á su Teniente Coronel...—¡Buenos humos tenía Ramón para aguantar insultos é injusticias ni al lucero del alba!

Ni mis amenazas, ni mis ruegos, bastaron á disuadirle de su propósito. ¡Era cosa resuelta! ¡Cambiaría el morrión por la boina, odiando

como odiaba mortalmente á los facciosos!

A la sazón nos hallábamos en el Principado, á tres leguas del enemigo.

Era la noche en que Ramón debía desertar; noche lluviosa y fria, melancólica y triste, víspera de una batalla.

A eso de las doce entró Ramón en mi alojamiento.

Yo dormía.

—Basilio...—murmuró á mi oido.

—¿Quién es?

—Soy yo.—¡Adios!

—¿Te vas ya?

—Sí; adios.

Y me cogió una mano.

—Oye... (continuó) si mañana hay, como se cree, una batalla, y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé: somos amigos.

—Bien; nos damos un abrazo, y nos batimos en seguida.—¡Yo moriré mañana regularmente; pues pienso atropellar por todo hasta que mate al Teniente Coronel!—En cuanto á tí, Basilio, no te expongas...—La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte Comandante... (exclamó Ramón. La paga no es humo..., sino después que uno se la ha fumado...—¡Ay! ¡Todo eso se acabó para mí!

—¡Qué tristes ideas! (dije yo muy afecta-

do.)—Mañana sobreviviremos los dos á la batalla.

—Pues emplacémonos para después de ella...

—¿Dónde?

—En la Ermita de San Nicolás, á la una de la noche.—El que no asista será porque haya muerto.—¿Quedamos conformes?

—Conformes.

—Entonces... ¡Adios!...

—Adios.

Así dijimos; y, después de abrazarnos tiernamente, Ramón desapareció en las sombras nocturnas.

III.

Como esperábamos, los facciosos nos atacaron al siguiente dia.

La acción fué muy sangrienta, y duró desde las tres de la tarde hasta el anochecer.

A cosa de las cinco, mi batallón fué rudamente acometido por una fuerza de alaveses que mandaba Ramón...

¡Ramón llevaba ya las insignias de Comandante y la boina blanca de carlista!...

Yo mandé hacer fuego contra Ramón, y Ramón contra mí: es decir, que su gente y mi batallón lucharon cuerpo á cuerpo.

Nosotros quedamos vencedores, y Ramón tuvo que huir con los muy mermados restos de sus alaveses; pero no sin que antes hubiera dado muerte por sí mismo, de un pistoletazo, al que la víspera era su Teniente Coronel; el cual en vano procuró defenderse de aquella furia...

A las seis, la acción se volvió desfavorable para nuestro ejército, y parte de mi pobre compañía y yo fuimos cortados y obligados á rendirnos...

Condujéronme, pues, prisionero á la pequeña villa de..., ocupada por los carlistas desde los comienzos de aquella campaña, y donde era de suponer que me fusilarían inmediatamente...

IV.

Sonó la una de la noche de tan aciago dia: ¡la hora de mi cita con Ramón!

Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel pública de dicho pueblo.

Pregunté por mi amigo y me contestaron:

—¡Es un valiente! Ha matado á un Teniente Coronel. Pero habrá perecido en la última hora de la acción...

—¡Cómo! ¿Por qué lo decís?

—Porque no ha vuelto del campo, ni la

gente que ha estado hoy á sus órdenes da razón de él...

¡Ah! ¡cuánto sufrí aquella noche!

Una esperanza me quedaba... Que Ramón me estuviese aguardando en la ermita de San Nicolás, y que por este motivo no hubiese vuelto al campamento faccioso.

—¡Cuál será su pena al ver que no asisto á la cita! (pensaba yo.)—¡Me creerá muerto!—Y por ventura, ¿tan lejos estoy de mi última hora? ¡Los facciosos fusilan ahora siempre á los prisioneros; ni más ni menos que nosotros!...

Así amaneció el dia siguiente.

Un Capellán entró en mi prisión.

Todos mis compañeros dormían.

—¡La muerte!—exclamé al ver al Sacerdote.

—Sí,—respondió éste con dulzura.

—¡Ya!

—No: dentro de tres horas.

Un minuto después habían despertado mis compañeros.

Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prisión.

V.

Todo hombre que va á morir suele aferrarse á una idea cualquiera y no abandonarla más.

Pesadilla, fiebre ó locura, esto me sucedió á mí.—La idea de Ramón; de Ramón vivo, de Ramón muerto, de Ramón en el cielo, de Ramón en la Ermita, se apoderó de mi cerebro de tal modo, que no pensé en otra cosa durante aquellas horas de agonía.

Quitáronme el uniforme de capitán, y me pusieron una gorra y un capote viejo de soldado.

Así marché á la muerte con mis diez y nueve compañeros de desventura...

Sólo uno había sido indultado... ¡por la circunstancia de ser músico!—Los carlistas perdonaban entonces la vida á los músicos, á causa de tener gran falta de ellos en sus batallones...

—¿Y era V. músico, D. Basilio?—¿Se salvó V. por eso?—preguntaron todos los jóvenes á una vez.

—No, hijos mios... (respondió el veterano:) ¡Yo no era músico!

Formóse el cuadro, y nos colocaron en medio de él...

Yo hacía el número once, es decir, yo moriría el undécimo...

Entonces pensé en mi mujer y en mi hija; ¡en tí y en tu madre, hija mia!

Empezaron los tiros...

¡Aquellas detonaciones me enloquecian!

Como tenía vendados los ojos, no veía caer á mis compañeros.

Quise contar las descargas, para saber, un momento antes de morir, que se acababa mi estancia en este mundo...

Pero, antes de la tercera detonación, perdí la cuenta.

¡Oh! ¡aquellos tiros tronarán eternamente en mi corazón y en mi cerebro, como tronaban aquel dia!

Ya creía oirlos á mil leguas de distancia; ya los sentía reventar dentro de mi cabeza.

¡Y las detonaciones seguían!

—¡Ahora!—pensaba yo.

Y crugía la descarga, y yo estaba vivo.

—¡Esta es!...—me dije por último.

Y sentí que me cogían por los hombros, y me sacudían, y me daban voces en los oidos...

Caí...

No pensé más...

Pero sentía algo como un profundo sueño...

Y soñé que había muerto fusilado.

VI.

Luego soñé que estaba tendido en una camilla, en mi prisión.

No veía.

Llevéme la mano á los ojos como para qui-

tarme una venda, y me toqué los ojos abiertos, dilatados...—¿Me había quedado ciego?

No...—Era que la prisión se hallaba llena de tinieblas.

Oí un doble de campanas..., y temblé.

Era el toque de *ánimas*.

—Son las nueve... (pensé.)—Pero ¿de qué dia?

Una sombra, más oscura que el tenebroso aire de la prisión, se inclinó sobre mí.

Parecía un hombre...

¿Y los demás? ¿Y los otros diez y ocho?

¡Todos habían muerto fusilados!

¿Y yo?

Yo vivía, ó deliraba dentro del sepulcro.

Mis labios murmuraron maquinalmente un nombre; el nombre de siempre, mi pesadilla...

—«¡Ramón!»

—¿Qué quieres?—Me respondió la sombra que había á mi lado.

Me estremecí.

—¡Dios mio! (exclamé.)—¿Estoy en el otro mundo?

—¡No!—dijo la misma voz.

—Ramón; ¿vives?

—Sí.

—¿Y yo?

—También.

—¿Dónde estoy?—¿Es esta la Ermita de San

Nicolás?—¿No me hallo prisionero?—¿Lo he soñado todo?

—No, Basilio; no has soñado nada.—Escucha.

VII.

Como sabrás, ayer maté al Teniente Coronel en buena lid...—¡Estoy vengado!—Después, loco de furor, seguí matando..., y maté... hasta después de anochecido..., hasta que no había un cristiano en el campo de batalla...

Cuando salió la luna, me acordé de tí.—Entonces enderecé mis pasos á la Ermita de San Nicolás, con intención de esperarte.

Serían las diez de la noche. La cita era á la una, y la noche antes no había yo pegado los ojos...—Me dormí, pues, profundamente.

Al dar la una, lancé un grito y desperté.

Soñaba que habías muerto...

Miré á mi alrededor, y me encontré solo.

¿Qué había sido de tí?

Dieron las dos... las tres... las cuatro...—¡Qué noche de angustia!

Tú no parecías...

¡Sin duda habías muerto!..

Amaneció.

Entonces dejé la Ermita y me dirigí á este pueblo en busca de los facciosos.

Llegué al salir el sol.

Todos creían que yo había perecido la tarde antes...

Así fué que, al verme, me abrazaron y que el General me colmó de distinciones.

En seguida supe que iban á ser fusilados veintiún prisioneros.

Un presentimiento se levantó en mi alma.

¿Será Basilio uno de ellos?—me dije.

Corrí, pues, hacia el lugar de la ejecución.

El cuadro estaba formado.

Oí unos tiros...

Habían empezado á fusilar.

Tendí la vista...; pero no veía...

Me cegaba el dolor; me desvanecía el miedo.

Al fin te distingo...

¡Ibas á morir fusilado!

Faltaban dos víctimas para llegar á tí...

¿Qué hacer?

Me volví loco; dí un grito; te cogí entre mis brazos, y, con una voz ronca, desgarradora, tremebunda, exclamé:

—¡Este no! ¡Este no, mi general...!

El General, que mandaba el cuadro, y que tanto me conocía por mi comportamiento de la víspera, me preguntó:

—Pues qué, ¿es músico?

Aquella palabra fué para mí lo que sería para un viejo ciego de nacimiento, ver de pronto el sol en toda su refulgencia.

La luz de la esperanza brilló á mis ojos tan súbitamente que los cegó.

—¡Músico! (exclamé:) sí... sí..., mi General! ¡Es músico! ¡un gran músico!

Tú entre tanto yacías sin conocimiento.

—¿Qué instrumento toca?—preguntó el General.

—El... la... el... el... ¡sí!.. ¡justo!.. eso es... ¡la corneta de llaves!

—¿Hace falta un corneta de llaves?—preguntó el General, volviéndose á la banda de música.

Cinco segundos, cinco siglos, tardó la contestación.

—Sí, mi General; hace falta,—respondió el Músico mayor.

—Pues sacad á ese hombre de las filas, y que siga la ejecución al momento...—exclamó el jefe carlista.

Entonces te cogí en mis brazos y te conduje á este calabozo.

VIII.

No bien dejó de hablar Ramón, cuando me levanté y le dije, con lágrimas, con risa, abrazándolo, trémulo, yo no sé cómo:

—¡Te debo la vida!

—¡No tanto!—respondió Ramón.

—¿Cómo es eso?—exclamé.

—¿Sabes tocar la corneta?

—No.

—Pues no me debes la vida, sino que he comprometido la mia sin salvar la tuya.

Quedéme frio como una piedra.

—¿Y música? (preguntó Ramón.) ¿Sabes?

—Poca, muy poca...—Ya recordarás la que nos enseñaron en el colegio...

—¡Poco es, ó mejor dicho, nada!—¡Morirás sin remedio!... ¡y yo también, por traidor... por falsario!—¡Figúrate tú, que dentro de quince días estará organizada la banda de música á que has de pertenecer!...

—¡Quince días!

—¡Ni más ni menos!—Y, como no tocarás la corneta... (porque Dios no hará un milagro), nos fusilarán á los dos sin remedio.

—¡Fusilarte! (exclamé.) ¡A tí! ¡por mí! ¡por mí, que te debo la vida!—¡Ah! ¡no, no querrá el cielo!—Dentro de quince dias sabré música y tocaré la corneta de llaves.

Ramón se echó á reir.

IX.

¿Qué más queréis que os diga, hijos mios?

En quince dias... ¡oh poder de la voluntad! en quince dias con sus quince noches (pues no

dormí ni reposé un momento en medio mes), ¡asombraos!... ¡en quince dias aprendí á tocar la corneta!

¡Qué días aquellos!

Ramón y yo nos salíamos al campo, y pasábamos horas y horas con cierto músico que diariamente venía de un lugar próximo á darme leccion...

¡Escapar...—Leo en vuestros ojos esta palabra...—¡Ay! ¡Nada más imposible!—Yo era prisionero y me vigilaban... Y Ramón no quería escapar sin mí.

Y yo no hablaba, yo no pensaba, yo no comía...

Estaba loco, y mi monomanía era la música, la corneta, la endemoniada corneta de llaves...

¡Quería aprender y aprendí!

Y, si hubiera sido mudo, habría hablado...

Y, paralítico, hubiera andado...

Y, ciego, hubiera visto.

¡Porque *quería!*

¡Oh! ¡la voluntad suple por todo!—QUERER ES PODER.

Quería: ¡he aquí la gran palabra!

Quería..., y lo conseguí.—¡Niños, aprended esta gran verdad!

Salvé, pues, mi vida...

Pero me volví loco.

Y, loco, mi locura fué el arte.

En tres años no solté la corneta de la mano.

Do-re-mi-fa-sol-la-si; he aquí mi mundo durante todo aquel tiempo.

Mi vida se reducía á soplar.

Ramón no me abandonaba...

Emigré á Francia, y en Francia seguí tocando la corneta.

¡La corneta era yo! ¡Yo cantaba con la corneta en la boca!

Los hombres, los pueblos, las notabilidades del arte se agrupaban para oirme...

Aquello era un pasmo, una maravilla...

La corneta se doblegaba entre mis dedos: se hacía elástica; gemía, lloraba, gritaba, rugía; imitaba al ave, á la fiera, al sollozo humano...—Mi pulmón era de hierro.

Así viví otros dos años más.

Al cabo de ellos, falleció mi amigo.

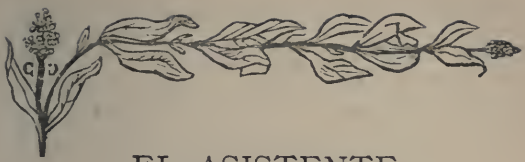
Mirando su cadáver, recobré la razón...

Y, cuando, ya en mi juicio, cogí un dia la corneta... (¡qué asombro!), me encontré con que no sabía tocarla...

¿Me pediréis ahora que os haga son para bailar?

Madrid, 1854.

EL ASISTENTE.



EL ASISTENTE.

Qué horas tan dulces son las que siguen á una comida de amigos entusiastas, rociada grandemente de *manzanilla*, cuando el humo de los cigarros envuelve ya á los comensales, llevándose la imaginación tras sus giros voluptuosos, mientras el dedo de la memoria hojea melancólicamente el libro de lo pasado, y los secretos se desbordan de todos los corazones, y la máscara cae de todos los semblantes, y llueven las anécdotas, los chistes, los cuentos, las historias, los dramas y los poemas!

Todos cuentan algo: hasta el más taciturno y desconfiado descubre el fondo de su alma. Los criados ó mozos (según que sea en casa ó en fonda) han abandonado el comedor. Ya no se habla de música, de política, de literatura, de religiones... Se habla de la vida, del tiempo, de la esperanza, del mundo cual es en sí. Todos los espíritus se han alzado á igual altura, y desde aquella cumbre filosófica echan miradas retrospectivas á las llanuras de la

existencia, y tranquilas ojeadas al descenso de los dias...

Dice Byron: *Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de una botella de Champagne y de una buena conversación.*

Nosotros lo teníamos todo..., menos leña, porque principiaba Mayo y estábamos en Andalucía, en Granada, en la Alhambra, en la fonda de *Los Siete Suelos.*

Habíamos hablado de muchas personas; de ese mismo Byron, del duque de Reichstadt, de Luis XVII, de la papisa Juana, del Preste Juan de las Indias, de D. Sebastián de Portugal y de otros muertos ilustres, cuando, no sé por qué camino, llegamos á hablar de perros, de monos, de hotentotes, y, por último, de *asistentes.*

Un capitán muy joven, muy bravo y muy ilustrado, á quien dedico esta reseña, tomó entonces la palabra, y, sobre poco más ó menos, vino á contarnos lo que sigue:

—Quiero que forméis idea exacta de lo que es ese tipo sublime que medio habéis adivinado. Luego podréis vosotros deducir las consecuencias que queráis en pró ó en contra de la civilización cristiana y de la civilización en general; podréis seguir discutiendo acerca del maniqueismo, del instinto de los animales, del mérito y demérito de las acciones huma-

nas, y de la forma social que se adapta mejor á nuestra naturaleza caida... En cuanto á mí, hombre práctico, me contentaré con referiros un hecho, ó sea con acusarme de una culpa.

—¡Historia tenemos! (dijimos todos, arrellanándonos en las sillas). ¡Así termina toda buena conversación!—¡Hable el capitán!

Éste encendió su tercer cigarro, y dijo con solemnidad y tristeza:

—Desde que salí del colegio é ingresé en las filas, hasta hoy, que han pasado ya diez años, sólo he tenido dos asistentes: el que acabáis de ver y un tal *García*..., que es el heroe de la presente historia.

La voz del capitán tembló al pronunciar aquel nombre.

Tomó un sorbo de café, y continuó:

—*García* era un soldado reenganchado; hombre de más de veintiocho años; natural de Totana; tipo árabe, ó, por mejor decir, tunecino; de ojos negros, tez morena, pocas palabras, un valor á toda prueba, y muy apasionado en sus odios y en sus simpatías.

Debo advertiros, sin embargo, que yo no le conocí más odios ni otros cariños que el reflejo de mis sentimientos. ¡Amaba á quien yo amaba, y abominaba al que yo aborrecía!

Tampoco le conocí novia ni vicio alguno;

ni menos supe cuándo comía ni cuándo descansaba. Sólo puedo decir que á todas horas se hallaba al alcance de mi voz, dispuesto á servirme en mis menores caprichos, tuviésemos ó no dinero, fuese de dia ó de noche, ardiese la tierra bajo el sol del verano, ó estuviese cubierta de una vara de nieve.

Aquel hombre constituía toda mi familia cuando yo estaba fuera de mi casa, que era casi siempre: por lo tanto, yo debía quererlo mucho..., y quizás lo quería...—¡Oh! sí... después lo he sabido... ¡yo lo adoraba!—*¡Pero nunca me ocurrió darme cuenta de ello!*—Esto es muy común en los hombres de mi carácter... —Lo mismo soy ahora con mi mujer... ¡Díscolo y endemoniado!—En fin, vamos al asunto.

Por todo lo dicho comprenderéis que yo era un ser fabuloso á los ojos de *García*, y que él me idolatraba como un buen hijo idolatra á un mal padre...—Pero no... Esto es poco...—¡Como un perro idolatra á su amo!

¡Un perro... sí!... Tal fué siempre el papel que á mi lado representó *García*.

Tenerme contento, evitar un regaño, merecer una mirada de mis ojos...: he aquí la suprema felicidad de aquel hombre.

¡Oh!... el género humano es esencialmente bueno.—Y, si lo dudáis, seguid prestándome atención.

García, que era diez años mayor que yo, me hablaba de usted...

Yo á él de tú.

Él me hacía la comida con mil afanes...

Las sobras de mi comida eran su alimento.

Yo, militar voluntario, recibía ochocientos reales al mes por pasearme...

¡Él, soldado forzoso, ahorraba seis cuartos el dia que más, y estaba trabajando siempre!

Yo no le pagaba...

Él me servía con gusto, con entusiasmo, con cariño.

Tales eran nuestras relaciones, y tales las ventajas que me llevaba en el orden moral mi pobre asistente.

Pues, sin embargo..., no sé por qué despropósito ó contrasentido... (¡preocupaciones de raza ó de clase, que desnaturalizan nuestro corazón!), yo trataba á García con mucha dureza.

Sólo le hablaba para mandarle, para reñirle por el más leve descuido, ó para prohibirle alguna cosa...

Mi voz era su ordenanza viva, su azote, su tormento.

¡Qué diablo! Yo soy hijo y hermano de militares, y la costumbre de obedecer rigorosamente me había dado el hábito de mandar con rigor...

En medio de todo..., ¿qué era García? ¡Un inferior mio... un soldado de mi compañía... ¡un subordinado! ¡un autómata! ¡una máquina!

¡Cuánto debió de sufrir en su vida! ¡Él, que nada amaba en el mundo tanto como á mí, y nunca recibió pruebas de mi estimación; que jamás oyó de mis labios una palabra afectuosa, ni estrechó mi mano al separarse de mí, ni me abrazó al volver á verme, ni pudo decirme en los peligros de la guerra... *¡Cuidado, amo mio!;* que siempre amó, calló y sufrió en mi presencia, como un pária ante su Dios, como un eunuco ante la sultana, como un esclavo ante su dueño...

¡Oh!... pero ¡eso sí!... —Estoy seguro de que no me engaño..., y después lo he pensado muchas veces...—Si García hubiera caido enfermo; si me hubiese querido abandonar; si hubiera llorado delante de mí..., en aquel mismo punto habría dejado de ser mi inferior!... Hubiérale dicho:—«García, no podré vivir sin verte...»—En fin, ¡me habría dado cuenta de que éramos dos hombres que se amaban en el fondo... como hermanos!

¡No exagero, amigos mios!—Considerad lo que para un oficial es un asistente...

Cuando á media noche volvía yo á mi alojamiento, solo, triste, fastidiado..., él era quien me esperaba.

Si estaba enfermo, me cuidaba él.

No bien deseaba una cosa (á veces sin decirlo), me la proporcionaba á costa de las mayores molestias.

En campaña, estaba á mi lado.

En los caminos, me servían sus brazos de puente para pasar los rios.

En el invierno, se tendía á mis piés para abrigarlos.

En el verano, me cobijaba bajo la sombra de su cuerpo.

Él era el único que sabía el estado de mi bolsillo...

¡Solo él podía adivinar el estado de mi corazón!

Me veía sufrir, me veía lloroso, me veía enamorado, debil, arrastrado por los vicios, poco respetable por cualquier circunstancia de la juventud..., y me miraba, sentía, callaba, ¡y se quitaba la gorra con respeto!

Él se peleaba con las patronas hasta ponerme en la mesa mis manjares favoritos.

Ahorraba de mi dinero, ó sea me *robaba* temporalmente, para sacarme después de apuros.

Me revisaba la ropa como una mujer.

Me peinaba, me cepillaba, me vestía.

Era, por último, protector como un padre, previsor como una madre, docil como un hijo, cariñoso como un hermano, económico co-

mo una esposa, leal como un amigo... ¡Una familia entera para mí! ¡Mi *casa* ambulante!

¡Oh! aquel hombre no tenía existencia propia!—¡Vivia de mi vida... y murió de mi muerte!

Escuchad.

Cuando la última intentona carlista acababa ya por consunción, hallábame yo en Cataluña, á las órdenes del general B...

García me acompañaba.

Un día encontramos al enemigo cerca del pequeño pueblo de Gironella.

Desde por la mañana nos estuvimos batiendo con el mayor orden; y, á la caida de la tarde, cuando la victoria era casi nuestra, fuimos sorprendidos á retaguardia por otra considerable partida.

¡Estábamos entre dos fuegos!

Nuestro coronel mandó la retirada, viendo la cosa perdida, y, en un momento, casi todos los soldados huyeron en dispersión.

Pero yo no oí aquel toque, y permanecí batiéndome al frente de mi compañía, que ocupaba el extremo del ala derecha, y cuyo capitán y tenientes habían muerto.—Yo era subteniente en aquel entonces.

Los carlistas avanzaron...

Mis soldados empezaron á caer á mi alrededor como segadas espigas.

¡Y yo no mandaba la retirada!

Estaba loco: era presa de la epilepsis, de esa enfermedad que acompaña á todos, los accesos de mis pasiones.

Pero tan estrechadas se vieron aquellas víctimas infelices de mi ciego furor, que huyeron al fin sin esperar mi orden, dejándose en el campo á la mayor parte de sus compañeros.

García se figuró que yo había mandado aquella fuga, y corrió más que todos, creyéndome acaso al frente de la Compañía.

Quedé, pues, solo, sable en mano.

De este modo avancé hacia el enemigo, poseido de tan insensata furia, que pronto caí en tierra, presa de una terrible convulsión.

Los facciosos me creyeron muerto, y siguieron acosando á los fugitivos.

Llegó la noche sin que yo me recobrase.

Los restos de nuestras tropas estaban ya en Gironella, donde se fortificaban y rehacían para caer al dia siguiente sobre los facciosos, que, por su parte, acamparon enfrente de la pequeña población.

García, entre tanto, había notado mi falta y decidido volver al teatro de la lucha, á fin de recoger mi cadáver, si yo había muerto, ó auxiliarme, si me hallaba herido.

Para lograrlo, tenía que atravesar el campamento carlista...

¡Sólo un loco ó una madre hubieran concebido tan temeraria empresa!

Salió del pueblo cautelosamente, y, dando un rodeo de tres leguas, consiguió atravesar la línea contraria.

Poco después me encontró entre los cadáveres.

Yo seguía insultado; pero sumido en esa extraña somnolencia de los epilépticos, que permite ver y oir, ya que no hablar ó moverse.

García adivinó al momento lo que me sucedía; enjugó sus lágrimas; refrenó sus sollozos; cogióme acuestas, y echó á andar hacia el pueblecillo.

Así se fué acercando á los facciosos, impasible, sereno, resignado con su suerte.

¡Sólo un prodigio podía salvarnos!

¡Él lo sabía, sí! Pero sabía también que, si no se empleaban los medios acostumbrados para sacarme de aquel insulto, ó me dejaba allí á la intemperie en tan horrible noche de ventisca, yo quedaría muerto al cabo de algunas horas...

Continuó, pues, su camino.

¡Tenía que volver á forzar la línea de los carlistas!

La oscuridad de la noche era la única probabilidad de salvación que nos quedaba...

Pero la luna, que no suele saber lo que acon-

tece en la tierra, rompió en esto su cárcel de nubes, y apareció plena, hermosa, resplandeciente, esclareciendo por completo todo aquel país nevado.

García suspiró, previendo una desgracia.

¡Yo la preveía también!... ¡Yo, inerte, exánime, echado sobre la espalda de aquel martir!

¡Qué horrenda pesadilla!...

Mas... ¡oh portento! García atravesó con su carga á veinte pasos de un centinela, sin ser descubierto por él...

Quizás nos habíamos salvado...

Mas ¡ay! no...—¡La fatalidad lo tenía dispuesto de otro modo!

Ya tocaba el resignado Cristo al término de su vía de dolor, cuando los carlistas lo distinguieron á la luz de la luna.

—¡Quién vive!—gritó una voz á lo lejos.

—¡A él!—exclamó otra más cercana.

—¡María Santísima!—murmuró García.

Y, estrechando convulsivamente mis muñecas, apretó el paso.

En esto silbó una bala y sonó un tiro...

Mi asistente se detuvo...

Bamboleóse después con su carga; dió un sollozo, y cayó de boca contra el suelo.

Yo caí encima de él...—El sacrificio estaba consumado.

¡Qué noche, Dios mio!

Primero sentí que García temblaba y se retorcía bajo el peso de mi cuerpo y entre mis inertes brazos...

Luego se quedó tranquilo...

Después se fué enfriando poco á poco...

Sus miembros adquirieron, en fin, una rigidez espantosa...

Estaba totalmente muerto.

¡Yo lo sabía, y no podía moverme!

Pasé, pues, la noche abrazado á un cadáver... ¡al cadáver de mi inferior, de mi esclavo, del pobre García!

¡Aquel era el primer abrazo que le daba!

El fresco de la mañana me volvió el sentido.

Me puse de pié, y miré á mi alrededor.

Estaba solo... ¡solo entre los muertos!

Los carlistas habían levantado el campo durante la noche, llevándose á todos los heridos.

Registré á García, y ví que la bala le había entrado por un costado y salido por el otro.

Tomélo á mi vez acuestas, y, trémulo, vacilante, con los ojos húmedos y el corazón destrozado, entré en Gironella...

Allí está enterrado el pobre *García*.

Hoy es para mí su nombre objeto de culto y veneración.

¡Cuántas veces, cuántas, he pedido locamente á Dios que le permitiera resucitar, para consolarlo de mis acritudes y violencias y pa-

garle con amor su sacrificio! ¡Cuántas le he pedido perdón con el pensamiento! ¡Y cómo me ha mejorado su muerte!

Desde entonces soy dulce, afable, cariñoso con aquellos de mis inferiores que se portan bien, y, en vez de aspirar á que tiemblen ante mí y me crean un sér de una especie superior á la humana, sólo deseo ser como un padre de todos ellos... Porque he comprendido demasiado tarde, que bajo el burdo capote del soldado laten á veces corazones más hermosos que bajo el uniforme dorado del General.

¡Oh! cuando los asistentes que he tenido después han celebrado mi trato paternal; cuando he oido las bendiciones de mi Compañía; cuando he derramado algún consuelo sobre esos pobres hijos de la Patria, arrancados del seno de sus familias para servir á la ambición ó á la cólera ajenas, ¿no es verdad, pobre García, que has sonreido en el cielo, diciéndote: «Mi sacrificio no fué inútil, pues que ha redimido á algunos de mis camaradas?...

.....

El joven militar quedó con los ojos clavados en el cielo: nosotros nos asimos á sus manos, y el mozo de la fonda entró con la cuenta.

Málaga, 1854.

¡BUENA PESCA!

¡BUENA PESCA!

I.

Cubierto de gloria y de heridas en la Guerra de Sucesión, y sin blanca en la faltriquera, como entonces acontecía á casi todos los heroes, tornó un día á su desmantelado castillo el noble barón de Mequinenza, con el fin de descansar de las duras fatigas de los campamentos y de comerse en paz los pobres garbanzos vinculados á su título.

Dos palabras sobre el batallador y otras dos sobre su guarida.

D. Jaime de Mequinenza, barón de lo mismo, capitán que había peleado por los intereses de Luis XIV, era á la sazón un hombre de treinta y cinco años, alto, hermoso, rudo, valiente, emprendedor, poco letrado, pero locuaz en extremo, y muy aficionado á las aldeanas bonitas. Añadid que era huérfano, unigénito y solterón, y acabaréis de formar idea de nuestro hidalgo aragonés.

En cuanto á su castillo, era su vivo retrato

en todo..., menos en lo fuerte; mas por lo que toca á soledad y pobreza y altanería, ¡vive Dios que no le iba en zaga!—Figuráoslo (y digo *figuráoslo*, porque ya se ha hundido) medio edificado y medio tallado en una roca que lamían de una parte las ondas del rio Ebro, y que se reclinaba por la otra sobre una montaña... que allá seguía remontándose á las nubes.

Al pié de este peñasco había una docena de casas y chozas habitadas por los vasallos del barón, ó sea por los labradores de los cuatro majuelos que constituían sus Estados. De la aldea al castillo subíase por quince rampas que terminaban en un foso provisto de su correspondiente puente levadizo. Alimentaba de agua este foso una sangría hecha en el Ebro media legua al Norte de la fortaleza; sangría que, convertida en ruidoso torrente, volvía á precipitarse en el opulento rio.

Item: enclavada también en un inaccesible flanco de la montaña, separada del castillo por este salto de agua, y como él colgada sobre el Ebro, había otra roca más pequeña, coronada por una cabaña y una huertecilla; especie de pensil babilónico colocado allí por la temeraria mano del hombre.

Un ancho tablón de nogal enlazaba por vía de puente el castillo y la cabaña, de modo

que, si imposible era llegar al primero, una vez alzado el rastrillo, más imposible era llegar á la segunda, suprimido que fuera el tablón.

Ya hemos dicho que en la roca feudal vivía D. Jaime de Mequinenza: falta decir que en la roca feudataria habitaba un pescador de anguilas, que se estaba haciendo rico merced al atrevido pensamiento que concibiera de formar su choza en aquel solitario y amenazado paraje.

Damián, que así se llamaba el pescador, había ideado colgar del puentecillo una vastísima red, al través de cuya dilatada manga saltase la cascada, sirviendo de funda, por decirlo así, las mallas á las aguas. Mediante este artificio, todas las anguilas que, arrastradas por la corriente, se veían obligadas á dar aquel salto para volver al Ebro, que fué su cuna , quedaban presas en las redes de Damián, quien las vendía en los pueblos circunvecinos á un precio tan corto, como corto era el trabajo que le costaba pescarlas.

Y, pues ya conocemos el teatro de nuestra historia, paseinos á más íntimas investigaciones.

II.

Hemos dicho que Damián se estaba haciendo rico con tan estupendos copos; pero hemos olvidado decir que Damián nunca tenía un cuarto. Y era que Damián, como otros muchos hombres, había cometido la torpeza de casarse con una muchacha muy linda, muy graciosa y muy amiga de componerse: con una coqueta natural, en una palabra; ó, si queréis mejor, con una *coqueta nativa*.

Carmela, variante amoroso de Carmen; *Carmelita* (él la llamaba así) era una rústica hija de aquella aldea, que ni sabía leer ni le hacía falta; pero que hubiera tentado al mismo San Antonio, si este anacoreta no estuviese auxiliado de la *Gracia* de Dios.—Y es que ella tenía toda la gracia del diablo.

Era rubia, como acontece siempre en casos semejantes, pequeñita de cuerpo, apretada de carnes y más esbelta que un junco y que un mimbre. De la cintura para arriba parecía una maceta de flores... ¡Qué pechazo! ¡qué hombros! ¡qué garganta! ¡qué cabeza!... Y de la cintura para abajo ¡qué caderas! ¡qué andar! ¡qué pisada! ¡qué meneo!—Blanca como la nieve, colorada como las tardes de Mayo, sana como el aire de aquellas alturas, amoro-

sa como una codorníz enjaulada, tenía un juego de boca, y una caida de ojos, y unas manos, y una trenza y unos tobillos, que, como dice Salvador, poeta de Granada, hablando de otros piés:

¡Desde allí al cielo!

¡Ay, Carmen, Carmela, Carmelita! ¿Qué había de hacer el pobre Damián, sino adorarte, y esconderte en el pico de una roca, allí donde estabas defendida del mundo por un castillo feudal, donde nadie podía visitarte de día sin que lo viese todo el pueblo, ni rondar de noche tu cabaña, como no fuese á quinientos piés por debajo de ella?

Pero, como las muchachas del mérito de Carmela coquetean consigo mismas cuando no pueden coquetear con el prójimo, sucedía que, á pesar de vivir sola y sin ser vista de nadie más que alguna noche por su marido, gastaba el precio de todas las anguilas del Ebro en delantales, basquiñas, zarcillos, tumbagas y otras cosas en que el pobre Damián no se fijaba nunca,—dado que la pícara las usase delante de él.

Penetrada quizás de su *alta misión* en el mundo, Carmela se adornaba todos los dias como para ir á un baile, y se sentaba á la puer-

ta de su choza.—Allí la veían los pájaros, los tomillos y los cielos... ¡nada más!—Pero ella esperaba tranquila la hora de su destino.—El castillo, única vecindad de la cabaña, se hallaba completamente deshabitado (nos referimos al estado de las cosas antes de la vuelta de D. Jaime de Mequinenza), y desde el valle no se distinguía á la pescadora sino como una gran flor de colores colgada en la ladera del abismo... ¡Por el aire, pues, debía venir el amante que esperaba Carmelita tan emperegilada,—suponiendo que Carmelita desease en efecto tener un amante!

—¿Conque Carmela no amaba á su marido? —exclamaréis acaso...

—¡Qué sé yo! Sólo puedo deciros que era muy bonita y vivía muy sola; pues Damián pasaba la mayor parte del tiempo vendiendo anguilas por la comarca...

Además; él le tenía prohibido que bajase á la aldea durante sus ausencias; y ella obedecía ciegamente á su marido..., porque así lo manda Dios... y porque no le agradaban á tan pulida señora los rústicos y zafios aldeanos.

Me diréis que Damián era también un rústico y zafio aldeano, y que, por consiguiente, acabo de decir que no le gustaba á Carmelita...

¡Pues bien! ¡No le gustaba!

¿Ni cómo había de gustarle un hombre soez y mal vestido, con las manos llenas de callos y espinas, quemado del sol, curtido por la lluvia y oliendo á pescado á una vara de distancia, á ella tan pulcra, tan elegante, tan presumida como una madrileña?

¡Es verdad que, si el pobre pescador estaba poco compuesto, consistía en que la bella pescadora lo estaba mucho; es verdad que, si el marido trabajara menos, á fin de cuidar algo sus manos, la mujer tendría que trabajar más, echando á perder las suyas; es muy verdad que con aquel pescado que olía tan mal se pagaban aquellos jabones que olían tan bien... Pero, ¿quién hace reflexionar á una mujer, y sobre todo á una mujer de diez y nueve años, tan bonita, ligera y graciosa como los siete colores del arco iris?

¡Ah! la gratitud es un sentimiento demasiado incómodo para una persona prendada de sí misma, y la justicia una idea demasiado seria para una muchacha que se rie sola. ¡Y Carmelita solía reirse á solas, para ver sus dientes en el espejo!

Todo esto significa ó quiere significar en último resultado, que la bella pescadora se enamoró de D. Jaime Mequinenza, desde que en la aldea cundió la voz de que el caballero tornaba victorioso á su castillo...

Volvió D. Jaime, en efecto; y, como él la amaba ya *en especie*, según diría un escolástico, no necesitó más que verla para adorarla con locura.

Damián, entre tanto, pescaba anguilas.

Sin embargo, desde que el Barón volvió á su castillo, una vaga inquietud se había despertado en el alma del celoso; y era que, por muy arraigado que estuviese en su corazón y en el de toda su familia el respeto á sus naturales señores, no podía menos de pensar en que D. Jaime era muy enamorado y su mujer muy bonita, y en que el castillo y la cabaña no estaban tan distantes como la cabaña y la aldea, —sobre todo teniendo en cuenta el enunciado puentecillo de nogal.

Así es que Damián, pretextando tener reumatismo en una pierna, había tomado un mozo que vendiese las anguilas por la comarca, y no abandonaba ya la cabaña, sino muy rara vez y por poco tiempo.

Y á fé, á fé, que, si hemos de decir la verdad, el pescador no andaba muy descaminado en punto á temores...

D. Jaime y Carmelita estaban ya cansados de *telégrafos*, como se dice hoy, y enamorados perdidamente uno de otra y otra de uno, como ha sucedido siempre entre dos que miran y no se hablan. El platonismo se les hacía in-

soportable, la distancia inmensa, el puentecillo transitable..., y esperaban con ansia el primer viaje de Damián para tener una entrevista á solas; en todo lo cual habían convenido por señas, y también por adivinación nada milagrosa ni extraordinaria.

Conque vamos al grano.

III.

Era una tarde de Mayo; una hermosísima tarde.

Los dos esposos tomaban el sol á la puerta de su choza.

Aquel sol que se ponía hace siglo y medio es el mismo que todos conocéis. Diremos, sin embargo, que aquella tarde se ocultaba tras las montañas con tanta lentitud y majestad como si no pensara volver á salir nunca.

Era uno de esos momentos augustos en que parece que el tiempo se ha parado. Era una de tantas fiestas de la naturaleza como no pasan á la historia; uno de esos días radiantes y solemnes en que se cree que el mundo ha llegado por primera vez al apogeo de su hermosura, y que todo el tiempo anterior ha sido un período de adolescencia, así como todo el tiempo que ha de venir un descenso, un desmejoramiento, un envejecer penoso que ter-

minará en la nada. Era, en fin, esa hora melancólica en que el ánimo suspenso asiste á la trajedia de la muerte del dia como á un espectáculo nuevo y que no ha de repetirse; hora en que si por acaso recordáis á los seres que conocísteis y murieron, os sentís avergonzados de vivir una vida que ellos abandonaron.

Carmela y Damián miraban estáticos aquel sol cuyos últimos rayos teñían el horizonte de no sé qué luz profética, que iba á reflejarse allá en su conturbado espíritu. Por inculta y tosca que fuese su naturaleza, ambos sentían en aquel instante, quizás por la excitación á que habían llegado sus almas, que la puesta del sol no debía serles tan indiferente como en los demás dias; que era para ellos aquella hora, hora crítica y predestinada, hora de misterio ó de fatalidad. Y, tal vez por lo mismo que su limitada inteligencia no les permitía darse cuenta de lo que experimentaban, ni analizar las informes imágenes de vida y muerte, de pasadas venturas y presentidos dolores que veían avanzar por el Oriente á medida que el sol se hundía en el Ocaso, era mayor la turbación y la angustia de los dos *criminales*, que callaban, temerosos de revelarse sus secretos, y ni se miraban ni extrañaban esta recíproca reserva.

Y es que, en ciertos momentos trágicos, se despierta en nosotros una facultad más lúcida que la inteligencia é independiente del albedrío; y esta facultad, que concibe y ejecuta por sí sola, había establecido ya, entre la esposa que meditaba el adulterio y el celoso que proyectaba el asesinato, un equilibrio, un acuerdo mútuo, una especie de transacción que les servía de tácito convenio, ó indeliberada complicidad, para que ni el uno ni el otro extrañase un silencio tan largo y tan injustificado á primera vista.

Cuando ya se puso el sol completamente, ambos respiraron con fuerza, como quien termina una tarea de muchas horas.—El pacto estaba firmado. La resolución de los dos era tan irrevocable como la muerte de aquel día que empezaba á agonizar...

Entonces se miraron ya sin miedo ni reserva.

Damián hizo más... Damián alzó los ojos al castillo con gran frescura, y saludó al barón de Mequinenza, que tenía fija la mirada en Carmelita.

Esta saludó también al caballero con suma naturalidad.

Damián que lo viera, estiró sonriendo la pierna del reumatismo, y exclamó, volviéndose hacia su mujer:

—¡Pues, señor! Estoy completamente bueno.—Me voy á dar una vuelta por la aldea. —Pasaré allí la noche, viendo si cobro unos maravedises que me deben varios labradores, y volveré mañana por la mañana temprano á recoger la pesca que caiga esta noche.—¡Ea, Carmelita! ¡Quédate con Dios!

—Adios, Damián...—dijo Carmelita maquinalmente.

Nunca se habían despedido los dos esposos de esta manera... Pero ni el uno ni el otro repararon en ello.

Damián cogió el sombrero y un palo; atravesó el puente de nogal, y penetró en los fosos del castillo... en busca del sendero que bajaba á la aldea.

Todavía doraba el sol en el pico de una montaña muy distante.

IV.

Ocho horas después, estaba el sol de vuelta en la puerta de la cabaña.

Toda la tristeza y seriedad con que se puso el dia anterior, habían sido pura farsa.

Allí se hallaba otra vez, más alegre que nunca, rubio como unas candelas, trepando por el cielo con la misma indecisión que si fuera la vez primera que hacía el viaje, y es-

parciendo vida y alborozo donde quiera que penetraban sus rayos. Brillaba el agua, cacareaban las gallinas, rasgábanse las brumas del Ebro como velos de gasa, volaban los pájaros más perezosos, y bullían los ganados y los pastores en el fondo de los valles.

Era, en efecto, el mismo sol; el cual, durante aquellas ocho horas de ausencia, había atravesado el Océano, dado las doce en América, servido de dios á los idólatras del Mar Pacífico, alumbrado algunos matrimonios en la China, tostado las especias del Indostán, besado las piedras del Santo Sepulcro, y marcado la hora de la muerte á algunos griegos modernos, y venía ahora, todo lleno de curiosidad, á saber qué había sido de aquellos dos pescadores del Alto Aragón que dejó sentados la tarde antes á la puerta de su cabaña.

En cuanto á Damián, podemos decir que también se hallaba aquella mañana más contento que la tarde anterior, si hemos de juzgar por lo juguetón y alegre que subía las rampas del castillo, seguido de otros pescadores de la aldea, cantando la jota más villana que ha producido aquel país.

Llegaron al puente levadizo, que estaba ya levantado; atravesaron la fortaleza, que aún yacía en silencio, y llegaron á la explanada fronteriza á la cabaña de Damián.

—¡Bien ruge la cascada!—dijo un pescador.

—¿Y el puentecillo?—preguntó Damián.

—¡Es verdad! ¡mira!... ¡mira!... ¡se ha desmoronado por las dos cabezas!...—Es que se ha hundido.

—¿Cómo ha podido ser?—¡Un tablón de nogal tan largo y tan pesado!

—Tendré que comprar hoy otro... (repuso Damián indiferentemente). ¡Conque, chicos, ayudadme á sacar este par de copos antes que sea más tarde!

Y, reanudando su interrumpida canción, empezó á tirar de las redes.

—¡Diablo! ¡como pesa!... (exclamó un pescador.)—¡Oh! ¡has hecho buen negocio!

—¡Lo menos diez arrobas! (dijo un segundo). ¡Buena pesca!

—¡Ya lo creo! (añadió otro.) ¡Habrá pescado el puente de nogal!

Damián se sonrió.

—¿Decís que ese copo pesa? (gritó entonces otro pescador, que tiraba de la segunda red:) ¡Pues esta no se queda atrás!—¡Lo menos tiene doce arrobas!...

—¡Buen par de peñones habrá entrado en las mangas!—dijo un envidioso.

Damián estaba sombrío, trémulo, cubierto de sudor.

—¡Conque un copo pesa tanto como el

otro!... (murmuró por lo bajo.)—¡No puede ser!...

Y, con lentos pasos, se dirigió á la cabaña...

En esto empezó á aparecer el primer copo.

Dentró de él se hallaba en efecto el tablón de nogal; pero no entero, sino la mitad exactamente.

¡Era indudable que el puentecillo había sido aserrado aquella noche!

Aún no se habían repuesto los pescadores de su asombro, cuando retrocedieron espantados y dando gritos.

A estos gritos respondió en la cabaña, como un eco, un gemido terrible, pavoroso, sepulcral...

Y Damián apareció en la puerta, con los cabellos erizados y la mirada estúpida, riendo como una furia escapada del infierno.

Los pescadores habían visto en el fondo de la primera red el cadáver de D. Jaime...

Damián había encontrado desierta su choza é intacto el lecho de Carmelita...

¡Y era que Carmelita estaba dentro de la segunda red, con la otra mitad del puente de nogal!

—¡Ella también!—¡No contaba yo con tanto! ¡No quería yo eso! ¡Quería guardarla para mí, aunque fuera mala!—¡Ella también! ¡También mi Cármen! *¡Buena pesca!*—gritó

Damián entre salvajes risotadas y con toda la fuerza de sus pulmones.

Y corrió á encerrarse en la cabaña.

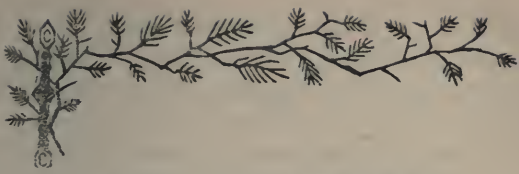
Cuando la justicia entró á prenderlo, halló que estaba armado de un serrucho, cortándose la mano derecha y gritando con infernal alegría:

—*¡Buena pesca! ¡Buena pesca!*

Estaba loco.

Guadix, 1854.

LAS DOS GLORIAS.



LAS DOS GLORIAS.

Un dia que el célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens recorría los templos de Madrid, acompañado de sus renombrados discípulos, penetró en la iglesia de un humilde convento, cuyo nombre no designa la tradición.

Poco ó nada encontró que admirar el ilustre artista en aquel pobre y desmantelado templo, y ya se marchaba, renegando, como solía, del mal gusto de los frailes de Castilla la Nueva, cuando reparó en cierto cuadro medio oculto en las sombras de una feísima capilla; acercóse á él, y lanzó un grito de asombro.

Sus discípulos lo rodearon al momento, preguntándole:

—¿Qué habéis encontrado, maestro?

—¡Mirad!—dijo Rubens señalando, por toda contestación, al lienzo que tenía delante.

Los jóvenes quedaron tan maravillados como el autor del *Descendimiento*.

Representaba aquel cuadro la *Muerte de un Religioso*.—Era éste muy joven y de una be-

lleza que ni la penitencia ni la agonía habían podido eclipsar, y hallábase tendido sobre los ladrillos de su celda, velados ya los ojos por la muerte, con una mano extendida sobre una calavera, y estrechando con la otra á su corazón un crucifijo de madera y cobre.

En el fondo del lienzo se veía pintado otro cuadro, que figuraba estar colgado cerca del lecho de que se suponía haber salido el Religioso para morir con más humildad sobre la dura tierra.

Aquel segundo cuadro representaba á una difunta, joven y hermosa, tendida en el ataud entre fúnebres blandones y negras y lujosas colgaduras...

Nadie hubiera podido mirar estas dos escenas, contenida la una en la otra, sin comprender que se explicaban y completaban recíprocamente. Un amor desgraciado, una esperanza muerta, un desencanto de la vida, un olvido eterno del mundo: he aquí el poema misterioso que se deducía de los dos ascéticos dramas que encerraba aquel lienzo.

Por lo demás, el color, el dibujo, la composición, todo revelaba un genio de primer orden.

—Maestro, ¿de quién puede ser esta magnífica obra?—preguntaron á Rubens sus discípulos, que ya habían alcanzado el cuadro.

—En este ángulo ha habido un nombre escrito (respondió el Maestro); pero hace muy pocos meses que ha sido borrado.—En cuanto á la pintura, no tiene arriba de treinta años, ni menos de veinte.

—Pero el autor...

—El autor, según el mérito del cuadro, pudiera ser Velázquez, Zurbarán, Ribera, ó el joven Murillo, de quien tan prendado estoy... Pero Velázquez no siente de este modo. Tampoco es Zurbarán, si atiendo al color y á la manera de ver el asunto. Menos aún debe atribuirse á Murillo ni á Ribera: aquel es más tierno y éste es más sombrío, y además, ese estilo no pertenece ni á la escuela del uno ni á la del otro. En resumen: yo no conozco al autor de este cuadro, y hasta juraría que no he visto jamás obras suyas.—Voy más lejos; creo que el pintor desconocido, y acaso ya muerto, que ha legado al mundo tal maravilla, no perteneció á ninguna escuela, ni ha pintado más cuadro que éste, ni hubiera podido pintar otro que se le acercara en mérito... Esta es una obra de pura inspiración, un asunto *propio*, un reflejo del alma, un pedazo de la vida...—Pero... ¡Qué idea!...—¿Queréis saber quién ha pintado ese cuadro?—¡Pues lo ha pintado ese mismo muerto que véis en él!

—¡Eh! maestro... ¡Vos os burláis!

—No: yo me entiendo...

—Pero, ¿cómo concebís que un difunto haya podido pintar su agonía?

—¡Concibiendo que un vivo pueda adivinar ó representar su muerte!—Además: vosotros sabéis que profesar *de veras* en ciertas órdenes religiosas, es morir.

—¡Ah! ¿creéis vos?...

—Creo que aquella mujer que está de cuerpo presente en el fondo del cuadro, era el alma y la vida de este fraile que agoniza contra el suelo: creo que, cuando ella murió, él se creyó también muerto, y murió efectivamente para el mundo: creo, en fin, que esta obra, más que el último instante de su heroe ó de su autor (que indudablemente son una misma persona), representa la profesión de un joven desengañado de las alegrías terrenales...

—¿De modo que puede vivir todavía?...

—¡Sí, señor, que puede vivir! Y, como la cosa tiene fecha, tal vez su espíritu se habrá serenado y hasta regocijado, y el desconocido artista sea ahora un viejo muy gordo y muy alegre...—Por todo lo cual, ¡hay que buscarlo! Y, sobre todo, necesitamos averiguar si llegó á pintar más obras...—Seguidme...

Y, así diciendo, Rubens se dirigió á un fraile que rezaba en otra capilla, y le preguntó con su desenfado habitual:

—¿Queréis decirle al Padre Prior que deseo hablarle de parte del Rey?

El fraile, que era hombre de alguna edad, se levantó trabajosamente y respondió con voz humilde y quebrantada:

—¿Qué me quereís?—Yo soy el Prior.

—Perdonad, padre mio, que interrumpa vuestras oraciones (replicó Rubens.) ¿Pudiérais decirme quién es el autor de este cuadro?

—¿De ese cuadro? (exclamó el Religioso.) ¿Qué pensaría V. de mí, si le contestase que no me acuerdo?

—¿Cómo? ¿Lo sabíais, y habéis podido olvidarlo?

—Sí, hijo mio: lo he olvidado completamente.

—Pues, padre... (dijo Rubens en son de burla procaz:) ¡tenéis muy mala memoria!

El Prior, volvió á arrodillarse sin hacerle caso.

—¡Vengo en nombre del Rey!—gritó el soberbio y mimado flamenco.

—¿Qué más queréis, hermano mio?—murmuró el Fraile, levantando lentamente la cabeza.

—¡Compraros este cuadro!

—Ese cuadro no se vende.

—Pues bien, decidme dónde encontraré á su autor...—S. M. deseará conocerlo, y yo ne-

cesito abrazarlo, felicitarlo..., demostrarle mi admiración y mi cariño...

—Todo eso es también irrealizable...—Su autor no está ya en el mundo.

—¡Ha muerto!—exclamó Rubens con desesperación.

—¡El maestro decía bien! (pronunció uno de los jóvenes.) Ese cuadro está pintado por un difunto...

—¡Ha muerto!... (repitió Rubens.) ¡Y nadie lo ha conocido! ¡y se ha olvidado su nombre! —¡Su nombre, que debió ser inmortal! ¡su nombre, que hubiera eclipsado el mio!—Sí; *el mio*..., padre... (añadió el artista con noble orgullo.) ¡Porque habéis de saber que yo soy Pedro Pablo Rubens!

A este nombre glorioso en todo el universo, y que ningún hombre consagrado á Dios desconocía ya, por ir unido á cien cuadros místicos, verdaderas maravillas del arte, el rostro pálido del Prior se enrojeció súbitamente, y sus abatidos ojos se clavaron en el semblante del extranjero con tanta veneración como sorpresa.

—¡Ah! ¡me conocíais! (exclamó Rubens con infantil satisfacción.) ¡Me alegro en el alma! ¡Así seréis menos Fraile conmigo!—Conque... ¡vamos! ¿Me vendéis el cuadro?

—¡Pedís un imposible!—respondió el Prior.

—Pues bien: ¿sabéis de alguna otra obra de ese malogrado genio? ¿No podréis recordar su nombre? ¿Queréis decirme cuándo murió?

—Me habéis comprendido mal... (replicó el Fraile.)—Os he dicho que el autor de esa pintura no pertenece al mundo; pero esto no significa precisamente que haya muerto...

—¡Oh! ¡vive! ¡vive! (exclamaron todos los pintores.) ¡Haced que lo conozcamos!

—¿Para qué? ¡El infeliz ha renunciado á todo lo de la tierra! ¡Nada tiene que ver con los hombres... ¡nada!...—Os suplico, por tanto, que lo dejéis morir en paz.

—¡Oh! (dijo Rubens con exaltación.) ¡Eso no puede ser, padre mio! Cuando Dios enciende en un alma el fuego sagrado del genio, no es para que ese alma se consuma en la soledad, sino para que cumpla su misión sublime de iluminar el alma de los demás hombres. ¡Nombradme el monasterio en que se oculta el grande artista, y yo iré á buscarlo y lo devolveré al siglo!—¡Oh! ¡cuánta gloria le espera!

—Pero... ¿y si la rehusa?—preguntó el Prior tímidamente.

—Si la rehusa, acudiré al Papa, con cuya amistad me honro, y el Papa lo convencerá mejor que yo.

—¡El Papa!—exclamó el Prior.

—¡Sí, padre; el Papa!—repitió Rubens.

—¡Ved por lo que no os diría el nombre de ese pintor aunque lo recordase! ¡Ved por lo que no os diré á qué convento se ha refugiado!

—Pues bien, padre; ¡el Rey y el Papa os obligarán á decirlo! (respondió Rubens exasperado.)—Yo me encargo de que así suceda.

—¡Oh! ¡no lo haréis! (exclamó el Fraile.)—¡Haríais muy mal, señor Rubens!—Lleváos el cuadro, si queréis; pero dejad tranquilo al que descansa.—¡Os hablo en nombre de Dios!—¡Sí! yo he conocido, yo he amado, yo he consolado, yo he redimido, yo he salvado de entre las olas de las pasiones y las desdichas, náufrago y agonizante, á ese grande hombre, como vos decís, á ese infortunado y ciego mortal, como yo le llamo; olvidado ayer de Dios y de sí mismo; hoy cercano á la suprema felicidad!...—¡La gloria!...—¿Conocéis alguna mayor que aquella á que él aspira? ¿Con qué derecho queréis resucitar en su alma los fuegos fátuos de las vanidades de la tierra, cuando arde en su corazón la pira inextinguible de la caridad?—¿Creéis que ese hombre, antes de dejar el mundo, antes de renunciar á las riquezas, á la fama, al poder, á la juventud, al amor, á todo lo que desvanece á las criaturas, no habrá sostenido ruda batalla con su corazón? ¿No adiviná is los desengaños,

las penas, las amarguras que lo llevarían al conocimiento de la mentira de las cosas humanas?—¿Y queréis volverlo á la pelea, cuando ya ha triunfado?

—¡Pero eso es renunciar á la inmortalidad! —gritó Rubens.

—¡Eso es aspirar á ella!

—Y ¿con qué derecho os interponéis vos entre ese hombre y el mundo?—¡Dejad que le hable, y él decidirá!

—Lo hago con el derecho de un hermano mayor, de un maestro, de un padre; que todo esto soy para él... ¡Lo hago en el nombre de Dios, os vuelvo á decir!—Respetadlo..., para bien de vuestra alma.

Y, así diciendo, el Religioso cubrió su cabeza con la capucha, y se alejó á lo largo del templo.

—Vámonos (dijo Rubens). Yo sé lo que me toca hacer.

—¡Maestro! (exclamó uno de los discípulos, que durante la anterior conversación había estado mirando alternativamente al lienzo y al religioso:) ¿No creéis, como yo, que ese viejo frailuco se parece muchísimo al joven que se muere en este cuadro?

—¡Calla! ¡pues es verdad!—exclamaron todos.

—Restad las arrugas y las barbas, y sumad

los treinta años que manifiesta la pintura, y resultará que el maestro tenía razón cuando decía que ese Religioso muerto era á un mismo tiempo retrato y obra de un Religioso vivo.—Ahora bien, ¡Dios me confunda si ese Religioso vivo no es el Padre Prior!

Entretanto Rubens, sombrío, avergonzado y enternecido profundamente, veía alejarse al anciano, el cual lo saludó cruzando los brazos sobre el pecho, poco antes de desaparecer.

—*¡El era...* sí!... (balbuceó el artista.)—¡Oh!... Vámonos... (añadió volviéndose á sus discípulos.) ¡Ese hombre tenía razón! ¡Su gloria vale más que la mía!—¡Dejémoslo morir en paz!

Y, dirigiendo una última mirada al lienzo que tanto le había sorprendido, salió del templo y se dirigió á Palacio, donde lo honraban SS. MM. teniéndolo á su mesa.

.....

Tres dias después volvió Rubens, enteramente solo, á aquella humilde capilla, deseoso de contemplar de nuevo la maravillosa pintura, y áun de hablar otra vez con su presunto autor.

Pero el cuadro no estaba ya en su sitio.

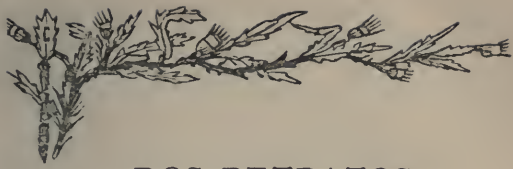
En cambio, se encontró con que, en la nave principal del templo, había un ataud en el suelo, rodeado de toda la Comunidad, que salmodiaba el Oficio de difuntos...

Acercóse á mirar el rostro del muerto, y vió que era el Padre Prior.

—¡Gran pintor fué!... (dijo Rubens, luego que la sorpresa y el dolor hubieron cedido lugar á otros sentimientos:)—¡Ahora es cuando más se parece á su obra!

Madrid, 1858.

DOS RETRATOS.



DOS RETRATOS.

—Yo fuí, señor, dijo Borja, gran pecador desde mi niñez, y dí muy mal ejemplo al mundo con mi vida.
(FRAY PRUDENCIO SANDOVAL.)

I.

DISTANTE pocas horas de *Plasencia* alzábase, entre feraces campos y frondosísimo huerto, allá por los años de Cristo 1557, un magnífico Monasterio de Solitarios de San Jerónimo (1).

Era una de esas benditas mañanas en que la transparencia del cielo descubre infinitos horizontes á la limitada vista de los mortales, mientras que la elasticidad del aire embalsamado y tibio permite oir mejor los augustos rumores de la soledad: una de esas mañanas, tranquilas como sosegada laguna, en que el ayer

(1) En el TOMO V, de esta colección, titulado VIAJES POR ESPAÑA, publicaremos la *Visita al Monasterio de Yuste*, hecha por el Sr. Alarcon en 1873, donde describe minuciosamente el teatro de la escena histórica que aquí relata.

se vé claro al través de las brumas de lo presente, y profundiza la memoria en el cenagoso fondo de la conciencia, teatro, ya desierto, de las alegrías pasadas: una de esas mañanas en que lloran los viejos, no sé si de tristeza, porque recuerdan la mañana de su vida, ó de júbilo y amor á Dios, al ver que aún viven en mundo tan hermoso; mañanas en que sienten más los pechos enamorados, y creen más los corazones fieles al Altísimo, y lloran insensiblemente los tristes y desamados, y se encuentran más solos los huérfanos y los peregrinos: mañanas en que el corazón del hombre se dilata al par del cielo y de la tierra, y vienen al alma más vivos y melancólicos que nunca los recuerdos de los seres queridos que nos arrebató la muerte...

Tal fué aquella mañana, pasada hace ya tres siglos.

A eso de las once brillaba el sol tan alegremente sobre los muros del Convento, piaban los gorriones con tan completa tranquilidad, era tan dulce el susurro del agua; parecía, en fin, tan dichoso todo lo criado, que nadie hubiera podido ver aquellos lugares sin envidiar la existencia pacífica de los Padres Jerónimos, y sentir vagos deseos de abandonar para siempre las cosas del mundo, tan agitadas y revueltas en aquel entonces...

Tales debían de ser los pensamientos de dos personajes, que, asomados á una ventana de la fachada meridional del edificio, llevaban media hora de no hablar palabra, sumidos como estaban en la contemplación de aquella apacible y deliciosa soledad.

Ninguno de estos dos personajes vestía el hábito de la Orden Jerónima. Uno de ellos llevaba el traje negro talar que aún usan nuestros sacerdotes; y el otro una humilde ropilla negra, sin espuela, armas, ni ningún distintivo que pudiera dar á conocer su condición en el mundo.

El Eclesiástico tenía cuarenta y seis años, pero aparentaba muchos más. Su cabeza, aristocrática y hermosa, parecía pulimentada por el dolor, la reflexión y el estudio: érase una cabeza amarilla, medio calva y medio cana, surcada de hondas arrugas, y cruzada por grandes lineas prominentes, que indicaban fortaleza y resolución, viniendo á ser, para quien conociera la vida de aquel hombre, las tirantes bridas con que una voluntad de hierro tenía á raya sus pasiones.

El Seglar era, á los cincuenta y seis años de edad, un hombre decrépito; pero no un anciano. Su elevada estatura se encorvaba ya hacia la tierra, tanto por un ligero vicio de conformación, como agobiada por largos dias de ru-

dos trabajos: conocíase á primera vista que sobre aquellos robustos hombros había pesado un mundo de trabajos, así como sobre la frente del otro un mundo de pensamientos. Aquel caballero de tan humilde apariencia tenía la mirada dura y fija peculiar de las águilas y de ciertas razas identificadas con la superioridad por la costumbre de ejercerla. Su barba grís, de corte cuadrado, ocultaba una boca sin dientes, hundida por esta causa y por la rara configuración de las mandíbulas: su cabeza, en fin, algo calva, y pelada además á punta de tijera, más parecía germánica que española, á juzgar por la forma de los pómulos y de la frente.

Hemos dicho que estos dos personajes llevaban media hora de silencio y meditación en la ventana del Convento.

El de la ropilla negra seguía con los ojos á un águila que había recorrido todo el horizonte, dominado todas las alturas é invadido más de una vez regiones del aire en que apenas la alcanzaba la vista. Cuando la reina de las aves hubo al fin tramontado la última cumbre y desaparecido hacia otro horizonte, el que la había estado observando dió un suspiro, como quien termina alguna penosa tarea, y dijo á su compañero:

—Creo, hermano Francisco, que moriré pronto...

—Señor...—murmuró el clérigo, extremeciéndose.

—No hay más Señor que el de cielo y tierra! (exclamó el de la barba grís.)—¡Llámame *hermano!*

—¡Ay! (continuó, sin dar tiempo á que el otro le replicara:) ¡Cuán pequeño me ví el dia que abandoné el mundo de los hombres!—¿Te acuerdas de 1542?

—¡Me acuerdo!—respondió el padre Francisco.

—Estábamos en Monzón, y marchábamos al socorro de Perpignán.—¡Hace quince años! —Tú y yo, vestidos de hierro y oro, llenos de juventud y energía, soñábamos con la gloria de la tierra... Mi nombre atronaba el universo. Mi fama había salvado todas las cumbres, como ese águila que acaba de desaparecer por el Mediodía...—Pero ¡ay! nunca se remontó hacia el cielo tanto como ella..

—¡Oh, Carlos! ¡Qué grande sois en este momento á los ojos de la eterna sabiduría!

Carlos sonrió melancólicamente, y dijo:

—¡Nadie más que tú sabrá en el mundo las verdaderas causas de mi reclusión! Mentirá la historia una vez más, y yo volveré á ser polvo, como *aquella* que me dejó para siempre... —¿Te acuerdas de Isabel? ¿Habrá existido mujer más hermosa que la Emperatriz?

Francisco palideció al escuchar este nombre.

Entre tanto, Carlos murmuraba ya otros en el fondo de su corazón.

—Era el Viernes Santo... (prosiguió luego incoherentemente, como si hablara solo). Había yo vuelto victorioso de Italia, y acababa de perder á Argel. Paseábame por una calle de cipreses del Monasterio de la Mejorada... —¡Yo creo que Dios se me apareció aquel dia, como á San Pablo, gritándome: *¡Carole! ¡Carole! ¿quid me persequeris?*—Ayuné hasta la noche, y lloré...—Cuando volví á mi alojamiento, aún pesaba la mano de Dios sobre mi corazón, que desde entonces late ya resignado y tranquilo.—¡Había formado la resolución de retirarme á un convento!

En este instante dieron las doce en cinco relojes que había en la celda. Todos los bronces sonaron á un tiempo con asombrosa precisión.

No obstante, Carlos se impacientó mucho al mirar las muestras:

—¡Nunca (dijo) las pondré en perfecto acuerdo!—¡Lo mismo acontece con los hombres!—Sentémonos, Francisco; y dime el objeto de tu visita.—Hablemos ante todo de tí... —¿De dónde vienes?

—De Roma.

—¿Qué te ha dicho el Padre Santo?

—He vuelto á rehusar el capelo; pero he obtenido de su Santidad cuanto deseaba en favor de la COMPAÑÍA.—¡Si Dios ayuda á nuestros herederos, habremos logrado lo que vos intentáis inútilmente con vuestros relojes!

—¿Qué habréis logrado, pues?

—¡Poner de acuerdo dos cosas: el cielo con la tierra!—Loyola será canonizado.

—Y tú también, Francisco.

—Yo no... *Yo fuí, señor, gran pecador desde mi niñez, y dí muy mal ejemplo al mundo con mi vida* (1); y, si vengo á vos desde tan lejos, es porque, para acallar los gritos de mi conciencia, necesito que me perdonéis.

Y el clérigo se arrodilló humildemente delante del caballero.

Éste lo alzó, estrechólo en sus brazos, y le dijo con dulzura:

—Habla, Francisco: desde el claustro se perdona todo; porque todo es nada.—¡Así me perdone Dios tantos y tantos errores como me hicieron cometer la vanidad mundana y la concupiscencia!

Y los nombres que retumbaban en su corazón llegaron á extremecer sus labios...—Pero no los pronunció en voz alta.

Francisco habló de esta manera:

(1) Histórico.

II.

—«Sabéis, señor, la historia de mi desacertada juventud. Primogénito de una de las más ilustres casas de España, y nieto, como vos, de Fernando V el *Católico;* criado en la corte al lado de vuestra hermana Catalina, como su paje de honor; halagado por la suerte; vencedor en los combates; bien mirado de las damas, mi soberbia creció con los años á tal punto, que, cuando apenas tenía uso de razón, á la edad de diez y seis años..., ¡ay, insensato! había olvidado á Dios.

La vida de la tierra se me ofrecía tan agradable y tentadora, que reduje á ella las miras de mi espíritu; mas pronto toqué la vanidad y la amargura de los placeres mundanales, y halléme sin cielo ni tierra, solo en el vacío de mis desengaños, joven y robusto como el primer hombre; pero más desgraciado que él, puesto que yo había perdido dos paraísos, el terrenal y el eterno, sin que me quedaran para consuelo el trabajo, la ignorancia, la curiosidad y una compañera del corazón.—¡Ay! mi tristeza no tenía límites. Mi alma me pedía alimento á grandes gritos, y yo no tenía alimento que darle.—El ócio, pues, el hastío, el cansancio, la duda, corroyeron las fibras de

mi corazón, que se quedó aislado y huérfano en medio de mi pecho, como una isla desierta en medio de los mares...

Nacido al amor y á la caridad, sin objeto á qué consagrar mi ternura, no bastante desgraciado todavía para conocer que sólo en Dios podía hallar el descanso y la nutrición de mi espíritu, buscaba en vano por la tierra alguna cosa digna de mi amor, de mi respeto, de mi fé, de mi religiosidad.—¡Perdonadme, César! —Todo esto lo encontré en vuestra esposa.»

Carlos arrugó la frente.

El jesuita bajó la suya y besó la mano al caballero.

—Continuad, padre, —dijo éste con sequedad.

—¡Oh, qué penosa confesión!... (exclamó el sacerdote.) Y ¡cómo la necesitaba mi conciencia!—Pero tranquilizáos, señor... ¡La Emperatriz... nos oye *desde el cielo!*

—¡Duque, vete al diablo! (gruñó Carlos V, quien, al sonreirse, dejó ver la oscura cueva de su boca desdentada).—Cuenta... cuéntame eso, que me parece muy curioso.—¡Conque te enamoraste de mi *Hæc habet et superat!*— ¡Bah! ¡Bah! ¡Nos prendimos á un Rey de Francia y á un Pontífice de Roma! ¡Je... Je!... ¡Los hombres somos peores que los diablos! —¿Y qué tal Don Felipe, nuestro augusto sucesor?

—¡Sabrás que soy su vasallo y le dirijo memoriales!—¡Ah! Felipe es todo un hombre..., que sabe no querer á su padre, á Carlos V, emperador de dos mundos!—¡Oh! mi Felipe será un gran rey..., particularmente para vosotros! ¡Yo no me hubiera atrevido á tanto!—¿A ver? ¡La una!...—Voy á dar cuerda á mis relojes...

Dijo, y se levantó, dejando atónito al jesuita.

Indudablemente, el Emperador había sentido algo como el aguijón de los celos.

Comprendiólo así el padre Francisco; y, para reducir de nuevo á la seriedad á aquella fiera herida, díjole tristemente:

—Hermano Carlos..., he venido por vuestro perdón. ¡Pensad que sois cristiano... y hasta casi monje!

El Emperador guardó silencio: arregló los relojes con prolijo cuidado, y tornó á sentarse, grave y majestuoso como si estuviese ante la *Dieta*.

—¡Habla!—dijo.

San Francisco de Borja (pues así se llama hoy aquel jesuita) habló de la manera siguiente:

III.

—«El dia que os casasteis con la Infanta de Portugal, estaba yo allí..., en la catedral de Sevilla.—No sé si os acordaréis.

Llamasteis, señor, *Las tres Gracias* á aquella inolvidable señora, la princesa más hermosa que ha conocido el mundo...—¿Qué mucho, pues, ¡oh majestad! que yo la encontrase digna de la adoración que rehusaba á Dios y á sus criaturas?

Sus hechizos, su virtud, su grandeza, y, sobre todo, la idea de que nunca sería para mí ni tan siquiera una de sus miradas, dieron cuerpo al deseo indeterminado que perseguía mi alma en la soledad de mi existencia. ¡En amarla empleé toda mi fuerza, toda la fé, toda la vida que me abrumaba por falta de objeto. —Ya tenían rumbo mis idéas, y alimento mis horas; ya no estaba vacío el mundo; pues se hallaba en él la Emperatriz...

Verla, seguirla á lo lejos, oir el acento de su voz, era mi cruz y mi paraiso.—Al empezar á amarla la había perdido para siempre... ¡porque amaba lo irrealizable!—Estaba como el escultor de la fábula, enamorado de una piedra.—¡Esa piedra era lo imposible!—Tal fué y había de ser forzosamente el resultado de mi maldad y disipación!... ¡La soberbia, la rebeldía, el pecado de Lucifer!...—Perdonadme, señor, por lo mucho que padecí entonces, y por lo arrepentido que estoy ahora.»

El Emperador estaba inmóvil, sombrío, no ya de celos, sino de remordimientos. Aquel

amor insensato de que hablaba San Francisco, aquella lucha de una temeraria voluntad con lo prohibido, con lo vedado, con la manzana fatal de Eva, hallaba sin duda tristes resonancias en las cavernas de su memoria...

—Habla, Francisco, habla... (balbuceó.) Dime que fuiste debil...; que el demonio te hizo su esclavo...; que...—Pero ¡ah! no, no lo digas.—¡A pesar de todo, yo amé siempre á mi mujer!

—«Podéis seguir amándola... (replicó el Santo con inefable melancolía.) La Emperatriz no conoció nunca el doloroso culto que yo le tributaba.

Obtuve su amistad y la vuestra: vos añadisteis á mi título de duque de Gandía el de marqués de Lombay y la Emperatriz me hizo su Caballerizo mayor. Desde entonces estuve á su lado, la ví á todas horas, me habitué á no tener esperanza, y adoré su rostro como los indios adoran al rey de los astros: mirándolo en silencio.

Pero ¡ay! ni este descanso me permitió la justa ira celestial... La Emperatriz puso decidido empeño en que yo me casase con una de sus damas, con doña Leonor..., que ya mora en el santo asilo de los mártires, y yo obedecí... y me casé.

De aquí en adelante, mi corazón fué un in-

fierno. Mi esposa era digna por sus virtudes y su hermosura de que yo la hiciese feliz, y, visto que no podía lograrlo, decidí no hacerla desgraciada...—Huí, pues, de la una y de la otra.»

—¡Ah!... (dijo Carlos V, apretando los labios, ya que no mordiéndoselos, porque esto era materialmente imposible.) ¡Te digo que serás cononizado!

—«Lancéme á la guerra... (prosiguió Borja), demandando á las fatigas de la batalla, la muerte ó el olvido...—¡Inútil afán!

Combatí con vos á Barbarroja en Africa; penetré en Francia á vuestro lado; llené mi vida de obligaciones; fuí virey de Cataluña y maestre de Santiago; pasó el tiempo...—¡Todo perdido para mi redención!—La muerte me respetaba en las batallas. ¡Y la ausencia exasperaba mi amor, lejos de amortiguarlo!

¡Y áun mi rebelde corazón no había intentado acudir al Eterno Padre de los hombres sin ventura! ¡Y áun no me había ocurrido apelar al sumo Dios!...—¡Ay! ¡pronto vino el dolor en ayuda de mi fé vacilante!

Llegó el año de 1539...»

El Emperador se extremeció al escuchar esta fecha.

—«Hallábame yo en Toledo... (prosiguió Borja.) Era el 1.° de Mayo, dia de San Felipe

y Santiago, jueves...—Hacía una mañana tan hermosa y tranquila como esta...—Ese mismo sol..., ese mismo cielo... presenciaron la horrible desdicha...»

El Jesuita calló un momento, y luego exclamó:

—«¡Pasad, vapores terrenales, que venís á enturbiar el oriente de mis eternos dias!...»

Carlos V se acariciaba las barbas con visible impaciencia, como temeroso de llorar.

San Francisco, repuesto ya de aquella emoción, tomó de nuevo el hilo de su relato con voz más lenta y apagada, y dijo así:

«Aquella mañana había yo acompañado á misa á la Emperatriz, y, á la vuelta, después de haberla dejado de visita en casa de don Diego Hurtado de Mendoza, paseábame solo por la orilla del Tajo...

De pronto, llegó á mis oidos el estruendo de la campana mayor de la catedral.—¡No sé por qué me estremecí!—Al cabo de un momento, mi terror tuvo ya causa. ¡La campana plañía el toque de los agonizantes, y aquella campana... la campana mayor de la catedral de Toledo, no podía anunciar otra muerte que la vuestra, la de vuestra esposa ó la del Papa!

El dia se oscureció á mis ojos; dióme frio, y caí de rodillas en tierra...

Cuando me reporté, corrí á casa de Hurtado

de Mendoza...—¡Allí no había nadie! ni tan siquiera criados.

¿Dónde estaba la Emperatriz?—¡Las oleadas de la muchedumbre me arrastraron á casa del conde de Fuensalida, donde supe que Isabel de Portugal, Emperatriz de Alemania y Reina de España, acababa de abandonar la tierra al dar á luz un niño muerto!

Para el que está ausente de Dios; para el que está sólo en la tierra; para el que no piensa en la otra vida, la muerte de los seres queridos es una desesperación semejante á la del infierno. ¡Entonces el dolor es cólera, es impotencia, es condenación! El creyente que pierde á una prenda amada, padece como Adán arrojado del paraíso: el impío, puesto en la misma situación, padece como Lucifer arrojado del cielo...—¡Ah! ¡yo padecía sin esperanza!

¡Y ni áun este aviso de Dios fué suficiente á despertar de su letargo mi pecho empedernido!—Todavía no estaba colmada la copa de mi amargura, como lo estuvo pocos dias después.

Escuchad: yo que había amado ciegamente á la Emperatriz; que había codiciado besar la fimbria de su manto; que había pasado años enteros saboreando un *adios* que me dirigiera indiferentemente; que guardaba sobre mi co-

razón una perla caida de su corona, después de haberla erizado de puntas de acero para que me punzase la carne y me dijese *¡aquí estoy!;* yo, en fin, que hubiera dado el resto de mi vida por pasar una hora á sus piés, como ante una santa..., ¡yo, señor, fuí el encargado de trasladar á Granada los adorados restos de su hermosura, su cuerpo sin par, su idolatrado cuerpo... ¡aquella urna preciosa en que había vivido su alma!

—¡Ah!... ¡ya es mia! (decíame yo durante aquel viaje).—¡Va aquí, conmigo, confiada á mí, á mi custodia, á mi voluntad! Yo mando andar y hacer alto... Puedo pasar la noche junto á su lecho; puedo decir á mi reina todo lo que la he amado!

¡Ya no tenía celos de vos... señor! ¡Ya no volveríais á verla!... ¡Ya era mia solamente!... ¡mia y del repulcro!

Así pasé doce dias...

Durante ellos, el frio de aquel cadáver se trasmitió á mi corazón; mis cabellos se cayeron ó se pusieron canos, y cuando llegué á Granada, era tan viejo como hoy.

IV.

Sonó para mí entonces la hora de separarme también de la Emperatriz... Delante de

un escribano y testigos tuve que hacer entrega de aquel inapreciable tesoro; y, para ello, fué preciso abrir el ataud de plomo que lo encerraba.»

—¿Y estaba hermosa todavía?—preguntó sacrílegamente Carlos V.

—«¡Oh vanidad humana! (replicó el Santo con acento sepulcral.) ¡Qué cuadro se ofreció á mis ojos!—¡Hermosa! ¡Hermosa!...—Lo había sido, señor.—Pero, cuando la abandonó el alma, la fealdad se enseñoreó sobre su cuerpo como sobre ningún otro. ¡Nunca se mostró la muerte más cruel, más devastadora, más repugnante! ¡La putrefacción de aquel cadáver fué tan rápida, tan intensa, tan espantosa, que no dejó ni un rastro, ni una línea ni un perfíl de la pasada hermosura!—¡Ay... señor! ¡Qué lección tan elocuente me daba el cielo!

Horas enteras permanecí mirando tan horrible realidad.—Aquella mujer, la más hermosa de cuantas han existido; la que nunca pudo ser retratada sin mengua de sus encantos; vuestras *Tres Gracias*, señor, eran una masa de barro podrido, un charco infecto, un lago de corrupción como el mar asfáltico. ¡Aquellos ojos, hogar donde buscaba amparo mi alma aterida, antorcha donde yo había encendido una y otra vez la tea de mi silenciosa pasión; aquellos ojos, soles de juventud, de amor

y de esperanza, eran dos cuencas vacías, dos hoyos negros, dos madrigueras de gusanos! ¡Aquella boca..., aquella boca, señor..., estaba profanada por la muerte, que, al besar sus labios, los había deshecho! ¡Aquellas manos de nacar... aquellas manos, ¿las recordáis?... ¡eran un hediondo grupo de huesos!... ¿Y su voz?... ¿y su sonrisa? ¿y su gracia sobrehumana? ¿y su alma? ¿y el fuego de su existencia?—¿Dónde... dónde estaba la Emperatriz?

¡Ah! no... ¡no era aquella!... ¡no era aquella!...—¿Cómo podía haber residido tanta fealdad debajo de tantos hechizos?—¡Yo no la hubiera amado!—¡Ay! ¿dónde... dónde estaban sus años de poder, de hermosura, de pasión? ¿Dónde estaban sus dias de gloria y de grandeza? ¿Dónde estaban sus horas de soberbia mundanal?

Se habían ido para siempre, llevándose mis ilusiones terrenales.

Todos los que me acompañaban huyeron ante el espectáculo horrible de vuestra esposa y ante la fetidez que despedía.

Obligado yo á jurar que aquel lodo corrompido era la Emperatriz, no me atreví á hacerlo, sino que dije que era el mismo cuerpo que se me había confiado.

Alejáronse todos, como he dicho; pero yo «*por el particular amor y reverencia que siempre*

»*había tenido á la Emperatriz, no podía desviar* »*mis ojos de ella, tan hermosa poco antes y tan es-* »*timada en el mundo.*» (1)

Quedé allí solo, é hice propósito de renunciar al mundo para pensar en mi alma; porque al ver ante mí la mayor belleza y el más alto poder convertidos en tan inmundo y despreciable polvo, no pude menos de volver la vista hacia el eterno reino de Dios, donde es imperecedera la hermosura del alma.

La muerte de mi esposa y la del gran poeta *Garcilaso* me dejaron libre y solo sobre la tierra... Híceme sacerdote; y aquí me tenéis, aliviado de las falsas grandezas con que aparecí en el mundo, humillado ante vos, esperando el perdón de lo mucho que os he ofendido con el pensamiento.»

Carlos V se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y levantó á San Francisco de Borja, diciéndole con la efusión más verdadera que experimentó en toda su vida:

—*¡Este es mi Cabo de Buena-Esperanza!* (2).—Francisco, has fortalecido mi resolución... ¡Vuelve con frecuencia!—Ahora... déjame.—Yo te perdono...—¡Reza por mí!

Dijo, y, mientras el Santo se retiraba silen-

(1) Textualmente histórico. (Vease la Crónica de Fray Prudencio Sandoval.)

(2) Histórico.

ciosamente, él apoyó la cabeza en las manos y los codos en la ventana...

De aquel modo vió al Jesuita montar en su mula y partir... Contempló de nuevo la eterna juventud de la naturaleza... Oyó á lo lejos mentalmente el rumor del mundo, de la gloria, de la política, de los campamentos... Vióse luego viejo y achacoso, comprometido con la Historia á morir oscuramente en aquel retiro..., y lloró con desconsuelo, pronunciando varias veces y con cierta amargura el nombre del hermano y del hijo en quienes había abdicado las dos soberanías más poderosas de la Tierra: el nombre de *Fernando*, Emperador de Alemania, y el de *Felipe*, Rey de las Españas.

EPÍLOGO.

Tres veces volvió á visitar Francisco de Borja al Monje de Yuste.

Una de ellas lo comisionó éste para que diera el *pésame* á la familia real de Portugal por la muerte del Rey; y, al decir de un cronista, le entregó las *Memorias de su vida* para que las enmendase; pues el Emperador, lo mismo que Julio César, se ocupaba en escribir la historia de sus campañas.

La otra vez le habló é hizo encargos sobre

sus dos hijos ilegítimos, Margarita, que residía en Ondenarda, y Juan, que vivía en Ratisbona.—Este bastardo se llamó más tarde don Juan de Austria.

En fin: la última vez que el ilustre Jesuita volvió á Yuste, se encontró con la muerte de Carlos V, verificada á las dos de la noche del 21 al 22 de Setiembre de 1558, y áun hoy es famosa la oración fúnebre que predicó el Santo en las honras del Emperador.

Borja sobrevivió catorce años al César; y, después de ser General de los Jesuitas, cuya Compañía le tiene por *segundo fundador*, y de haber rehusado otras muchas veces el capelo cardenalicio, murió el dia 30 de Setiembre de 1572.

Guadix, 1853.

EL REY SE DIVIERTE.

EL REY SE DIVIERTE.

(EXTRACTO DE UN DOCUMENTO HISTÓRICO.)

L año de 1680 deseó Carlos II de Austria, Rey de España, presenciar un *Auto general de fé*.

Tenía entonces diez y nueve años.

D. Diego Sarmiento de Valladares, Obispo de Oviedo y Plasencia, Consejero Real y de la Junta de Gobierno durante la minoría del Príncipe, é Inquisidor General del Reino, aplaudió aquella idea del joven Rey, y quedó en avisarle tan luego como hubiese una respetable colección de reos que condenar.

No se hizo esperar esta coyuntura.

Diéronse prisa todos los tribunales, y á fines de Abril había ya gran número de causas sentenciadas, y otro no menos cuantioso de herejes, presos en las cárceles de la Inquisición de la Corte, de Toledo y de otros puntos de la Monarquía.

Enterado el Rey, y perseverando en presenciar el *Auto general*, dispuso que se verificase en Madrid y á su vista, señalando el dia

30 de Junio, como el más á propósito, por ser la Conmemoración de San Pablo.

Desde aquel momento empezaron á llegar á Madrid, á la caida de la tarde, unos grandes coches de luto, escoltados por soldados y clérigos.

El pueblo adivinaba lo que contenían, y se regocijaba anticipadamente con la esperanza del 30 de Junio.

Aquellos carruajes trasportaban reos desde los Tribunales más remotos del Reino á la gran hoguera que se preparaba al pié del trono de Carlos.

Entre tanto el Duque de Medinaceli, primer Ministro, era invitado y se prestaba á llevar la *Cruz verde;* disponíase el Teatro en la plaza Mayor: se verificaba una procesión solemne para pregonar la proximidad del Auto, y concedíanse Indulgencias á los que asistiesen á él...

El Teatro, preparado en pocos dias por Don Fernando Villegas, era soberbio.

Constituíanlo:

Un tablado de 13 piés de alto, 190 de largo y 100 de ancho:

Dos altísimas escalinatas que bajaban á él:

Doseles para las Corporaciones:

Jaulas para los reos:

Mesas para los Secretarios:

Púlpitos y tribunas para los Sacerdotes:

Altares para las ceremonias religiosas:

Reposterías para los Inquisidores que fuesen molestados por el hambre;

Y puestos de guardia para vigilar á los sentenciados.

Para intimidar y sujetar al pueblo, no se preparó ninguna fuerza armada. Sabíase que el pueblo no se indignaría, sino que se holgaría muy mucho con el *Auto de fé*.

Dispúsose un balcón para el Rey en la casa del Conde de Barajas, que venía á caer en medio del testero principal del Teatro.

El *brasero* se preparó en la puerta de Fuencarral, á la vera del camino y á unos trescientos pasos del muro.—Todavía es facil hallar el sitio.

A las tres de la tarde de la víspera del gran día, salió una solemne Procesión, que duró hasta las doce de la noche: dióse de cenar á los reos, y reunióse el Santo Tribunal, para estar en vigilia hasta la mañana siguiente.

Presentóse á Carlos II un haz de leña. El Rey se lo mostró á la Reina, y, después de haberlo tenido en sus manos largo tiempo ambos esposos, lo dieron al Duque de Pastrana, con recomendación de que fuese el primero que se echase en la hoguera.

Entre tanto, se hacía en estos términos la notificación á los reos:

—«Hermano.—(¡Hermano!) Vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas de grandes letras y ciencias, y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que, para castigo y ejemplo de ellos, se ha fallado y juzgado que mañana habéis de morir: preveníos y apercibíos; y, para que lo podáis hacer como conviene, quedan aquí dos Religiosos.»

Esta intimación se hizo á veintitres condenados.

A los que no debían sufrir la muerte, se les notificó la sentencia en muy semejantes términos.

De este modo amaneció el 30 de Junio.

A las tres de la madrugada vistióse á los reos.

A las cinco almorzaron.

En seguida se los formó en procesión.

Eran *ochenta y seis.*

Iban además otros treinta y cuatro en *estatua*, por haber muerto ó estar prófugos.

Las estátuas que representaban *muertos* llevaban en sus brazos una caja con los huesos de los séres de quienes eran efigie.

En el pecho de todos se leían sus nombres con grandes letras.

De los ochenta y seis reos vivos, iban veintiuno con *coroza* y *sambenito.*

Eran los condenados á *relajar*, esto es, á morir.

Faltaban dos para el número «veintitres,» que anunciaba el programa; pero esto consistía en que aquella misma mañana se había conmutado la pena á dos mujeres, en pago de ciertas revelaciones que habían hecho á la Inquisición.

De los veintiún reos condenados á la hoguera, doce llevaban *esposas* y *mordaza*.

Entre estos mismos veintiuno, había seis mujeres.

La edad de las mujeres era: 30, 24, 52, 43, 60, 21 años.

Su crimen ser *judaizantes*.

Tres de ellas llevaban *mordaza*.

La edad de los hombres era: 26, 25, 52, 65, 30, 35, 34, 33, 36, 24, 38, 33, 38, 27, 28 años.

Algunos eran médicos, la mayor parte comerciantes, y casi todos portugueses.

Su crimen, ser *judaizantes*.

De estos veintiuno destinados á ser quemados en persona, había unos que sufrían primero la pena de garrote, y otros que arderían vivos.

Además debían ser quemadas treinta y dos estátuas de las treinta y cuatro referidas.

Veintidos de ellas representaban fugitivos.

Las otras diez *difuntos*.

De estos diez difuntos, siete habían muerto en las cárceles secretas de la Inquisición.

Por eso se habían podido conservar sus huesos, que llevaban las estátuas en las susodichas cajas, para ser también reducidos á cenizas.

Entre las estátuas las había de ambos sexos y de todas edades.

Hasta aquí los condenados á *relajar*.

Los sentenciados á vergüenza pública y azotes por las calles, fueron seis.

De ellos, dos eran mujeres; ambas de 34 años.

Los hombres eran: un sastre tullido que pedía limosna; un joven carpintero; un italiano de 29 años, y un vaquero que se había casado dos veces,—por lo cual recibiría doscientos azotes y sería desterrado por diez años, cinco de ellos en galeras, al remo y sin sueldo.

Los condenados á destierro y *carcel perpétua* eran veinte.

Entre ellos había doce mujeres.

Sus edades: 18, 39, 40, 34, 30, 14, 25, 50, 76, 17, 25 años.

En pos de los reos iba una numerosa comitiva, compuesta de todas las Corporaciones, Autoridades, Comunidades y Ordenes de la corte.

Esta Procesión paseó por las principales ca-

lles de Madrid, entre un gentío inmenso, que daba grandes muestras de regocijo.

A las nueve llegó el cortejo á la calle Mayor.

El Rey esperaba ya en el balcón del Conde de Barajas.

Principiaron las ceremonias.

El Rey juró al Inquisidor General defender y protejer el Santo Oficio.

El pueblo juró *delatar* á todos los enemigos de la fé, sin distinción de clase *ni consideración de parentesco.*

Al momento empezó la Misa.

Hubo sermón.

A las cuatro se acabaron de leer las causas de los relajados, y en seguida los condujeron al *brasero.*

El Rey permaneció en la plaza hasta que se vieron los demás procesos.

Hubo exorcismos, abjuraciones y conjuraciones.

Después se cantó el *Veni Creator*, etc.

Carlos II temblaba alguna vez que otra, al decir del documento que extractamos.

A las nueve y media *de la noche* concluyó la Misa.

S. M. preguntó si aún tenía que permanecer allí...

Se le contestó que no, y se volvió á su palacio.

Había estado doce horas en el balcón, sin comer, sin hablar, sin moverse, como un cadáver...

Pero la Inquisición no había terminado todavía.

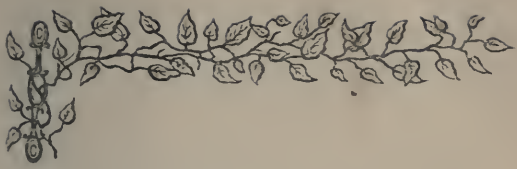
Empezóse una nueva Procesión, que duró toda la noche.

Al dia siguiente fueron sacados á la vergüenza pública los demás reos, quienes, después de ser azotados, apedreados y silbados por el público, volvieron á su encierro para siempre.

En cuanto á los *relajados*, no quedó de ellos otra cosa que un montón de cenizas junto á la puerta de Fuencarral.

Almería, 1854.

FIN DE UNA NOVELA.



FIN DE UNA NOVELA.

ADVERTENCIA.

Ha dicho Victor Hugo, refiriéndose no sabemos á quién (y él mismo no se acordaba al tiempo de hacer la cita), que, puestos uno sobre otro todos los libros que se han impreso, llegarían á la luna.

Nosotros hemos dicho que, puestos uno sobre otro todos los libros que se han empezado y no se han concluido, llegarían á las estrellas fijas.

Y ahora decimos que también hay libros *concluidos* que no se han *empezado*, ó sea finales de obras que no se han escrito.

A este último género pertenece el siguiente *cuadro romántico*, que hemos hallado entre los papeles de nuestra más tierna mocedad.

Servíos leerlo con indulgencia.

EPÍLOGO.

Qu' importe en quels mots s' exale
l' âme devant son auteur?
Est-il une langue égale
à l' extase de mon cœur?

LAMARTINE.

I.

Era una hermosa tarde de otoño.

La naturaleza, triste siempre, aunque bella, en esa melancólica estación, se había rejuvenecido con la vida de la tempestad. Las hojas de los árboles ostentaban matices purísimos, inclinándose abrumadas por las últimas gotas de la lluvia. La tierra exhalaba aquel olor acre y balsámico á un propio tiempo, que ensancha el corazón de los seres nerviosos. Las aves, felices criaturas del Señor que viven entre el cielo y los hombres, entonaban nuevamente sus divinos cantos, que el trueno había interrumpido... ¡Todo era bello y esplendoroso en aquella tarde que espiraba!

Juan, forastero en el país á que le habían llevado sus desventuras, vagaba por el campo, aspirando las emanaciones de la tormenta y contemplando el magnífico panorama del enrojecido ocaso.

Absorto en sus fantasías de adolescente, se alejó poco á poco de la Ciudad; cruzó algunos olivares; llegó á un barranco pintoresco, y, cuando menos lo esperaba, se encontró enfrente del Convento de***, donde nunca había estado; pero del que ya tenía vagas noticias.

Nada hay tan solemne y poético como un monasterio solitario, olvidado en el silencio de agrestes parajes como insepulto monumento de grandezas desvanecidas...

Juan sintió profunda y religiosa tristeza, y contempló largo tiempo aquella especie de buque náufrago, cuya tripulación se había ahogado en los revueltos mares del mundo.

Los últimos rayos del sol herían horizontalmente la austera fachada del abandonado edificio.

Las aves entraban y salían por las ventanas abiertas y sin maderas.

En la torre de la iglesia veíase el hueco de la campana, que también había desaparecido...

Todo anunciaba que aquella casa de Dios estaba desierta, lo mismo que la que fué morada de sus sacerdotes.

Altas yerbas y profano musgo eran la única señal de vida de aquellos sitios...

Impulsado por el propio terror, el joven penetró en el Convento, cuyas puertas habían sido arrancadas recientemente.

En el primer patio, poblado de cinamomos, principiaba ya á oscurecer y millares de gorriones buscaban allí abrigo para pasar la noche...

Los pasos de Juan retumbaron tristemente en las movedizas losas de una larga crujía, y, al término de ella, entró en un segundo patio, muy alumbrado todavía por los reflejos de Poniente.

Allí, en medio de musgosa pila rodeada de boj, se elevaba una gran fuente de marmol.

El rumor melancólico del agua prestaba aún su indefinible tristeza á aquel recinto.

Ya, en adelante, el Convento no aparecía tan destrozado.—Un resto de fé religiosa había dejado otro resto de pavor en el alma de los modernos Atilas.

Y es que aquel era el camino del Templo.

Las desmayadas luces de la tarde se iban retirando de los claustros vacíos que atravesaba nuestro joven...

Él no tenía miedo...; pero sí una honda conmiseración, y como espanto y pena, á la par que susto, de la temeridad de nuestro siglo.

Allí todo hablaba de lo pasado.

Allí no existía lo presente.

Allí pesaba el porvenir sobre el corazón como una montaña de hielo.

Poco después, subió una ancha escalera me-

dio derruida, adornada con un gran cuadro al óleo.

Representaba aquel cuadro la muerte de San Francisco de Paula...

A través del polvo que cubría el lienzo, distinguió la severa faz del moribundo, del fundador de aquella Orden, del Patrono de aquella casa...

Entonces sí tuvo miedo, y apresuró el paso...

Y, al apresurar el paso, creyó que lo seguían.

¡Y temía pararse, porque el ruido de sus pisadas le asustaba menos que el silencio!

Todas las celdas estaban cerradas.

Encima de ellas se leía el nombre de sus antiguos moradores.

Algún mueble roto, algunos libros por el suelo, algunos objetos de devoción...—Hé aquí lo único que allí quedaba...

El soñador mancebo iba turbando la quietud de diez y siete años de soledad y abandono.

El terror le hizo dejar aquellas interminables crujías, y penetró en el Claustro alto.

II.

Allí fué agradablemente sorprendido por las magníficas poesías que vió escritas á pincel y

con gruesos caractéres sobre los muros, formando una especie de carteles imitados, con su marco y todo...

Sobre una puerta que daba á la escalera de escape, leíase esta redondilla apostada como un centinela, ó mejor dicho, como un querubín á la entrada del Edén:

Vuélvete á Dios; que la puerta
del que es amor infinito,
nunca el corazón contrito
la dejó de hallar abierta (1).

Juan retrocedió sin querer; pero lo detuvo este aviso pavoroso:

Todos ¡oh mortal! advierte
vamos sin cesar huyendo,
y como el agua corriendo
al mar de la amarga muerte.

En cambio, leyó al pié de un soneto:

¡Dame, amor mio, amor con que te ame,
luz que me alumbre, fuego que me inflame!

Aún repetía en su cabeza tan dulces y seráficas expresiones, cuando halló esta imprecación al final de una octava:

¡Menester es criar otros infiernos!

Parecióle estar oyendo á Isaías, y tembló como la hoja en el arbol.

(1) Estos versos y todos los siguientes, se leen todavía en los cláustros del convento de San Diego de la ciudad de Guadix, de donde yo los he copiado.

(*Nota del Autor.*)

Más allá encontró esta pintura digna de Dante.

Si ignoras ¡oh mortal! lo que es infierno,
es tristeza, dolor, gemido, llanto,
blasfemia, rabia, hedor, gusano interno,
visión horrible, confusión, espanto,
inextinguible llama, hielo eterno,
hambre, desmayo, sed; y en fin, es cuanto
para afligir el ánimo y sentido
ordena un Dios airado y ofendido.

Aterrado por tan repugnante descripción, propúsose no seguir leyendo; pero, contra su voluntad, se enteró de esta delicadísima endecha:

¡Oh dulce suspiro mio!
no quisiera dicha más,
que cuando de mí te vas
hallarme donde te envío.

Reconcilióse instantáneamente con el desconocido autor de aquel ascético album, y leyó lo que sigue:

Lo mismo es seguir el vicio
en que te estás deleitando,
que irte ciego despeñando
al eterno precipicio.

Y más allá:

¡Contempla lo que has de ser!
¡no aspires á lo que espira!
¡pon en lo eterno la mira!
¡humo es hoy la luz de ayer!

Y en otro lado:

Ajusta el vivir de suerte
que, al final de la partida,

saques de la muerte vida,
y no de la vida muerte.

En un rincón:

¿Qué sirve al ciervo la veloz huida,
si el harpón no sacude de la flecha?
¡No sacándole el hierro de la herida,
poco aplicarle el bálsamo aprovecha!
Si de la oculta llaga envejecida
el alma el mortal hierro no desecha,
del Sacramento la virtud divina
veneno le será, no medicina.

¡Qué bella imagen, y qué profunda verdad moral y teológica!

Luego encontró este difícil juego, en que el autor, pesárale el buen gusto y pluguiérale á Rengifo, daba muestra de los recursos de su imaginación.

Del cielo vivo de la anciana... Ana,
porque fanal de su presea... sea,
nace María que desgrana... grana,
para que el mundo luz febea... vea,
Y esta verdad, que no es urbana... vana,
al orbe fiel á quien recrea... crea,
naciendo estrella de sagrado... grado,
que anuncia al mundo afortunado... hado.

Finalmente: al salir del claustro, y como si fuera un resumen de todo lo dicho, encontró esta peregrina octava:

Si hallaste ya la senda de la vida,
despójate de todo lo que es tierra;
todo afecto de carne circuncida;
la cruz abraza; el propio amor destierra;
lo eterno pesa; lo caduco olvida:

cierra los ojos y los labios cierra:
¡todo lo que no es Dios, tenlo por humo!
¡no quieras otro bien que el que es bien sumo!

III.

En esto se hizo de noche.

Juan quiso abandonar el convento...; pero se había extraviado en sus largas crujías.

Alzóse la brisa nocturna...

Los cinamomos gimieron tristemente, azotando las paredes del patio.

El agua de la fuente gemía sin cesar...

Un ruiseñor cantó á lo lejos sus amores...—Iba á salir la luna.

El joven corrió desalentado por los claustros...

El eco repetía sus pisadas.

Perdióse en un dédalo de corredores, y llegó á temer no encontrar salida.

Entonces vió una puerta entornada.

La empujó, y se halló en el Coro.

El enorme facistol que ocupaba su centro, parecía un luctuoso fantasma á la tenue claridad que se filtraba por las altas ojivas.

Juan avanzó hasta llegar á la balaustrada de aquella inmensa tribuna.

Delante, encima y debajo de él, se desplegaba la iglesia, llena de sombra.

Sólo allá arriba, por una vidriera de la cú-

pula, entraba en la amplísima nave un blanco destello del astro de la noche...

Pero el joven estaba ya tranquilo...

Al terror que sentía poco antes, había sucedido una paz melancólica...

Se hallaba en la casa de Dios.

De pronto, percibió un sordo y lejano ruído, y vió aparecer allá abajo, en lo más profundo de las tinieblas, en el fondo del prolongado templo, una blanca figura, una especie de fantasma, con una luz en la mano...

El infeliz se quedó helado de horror y superstición, y no pudo ni tan siquiera huir...

Avanzó el fantasma por la iglesia, y, llegándose á un altar, que luego resultó ser el de la Virgen de los Dolores, encendió una lámpara que pendía del techo delante de él: arrodillóse después delante de la Madre de Jesús, y así permaneció larguísimo tiempo.

A la luz de la lámpara, y más aún de la vela que aquella misteriosa visión conservaba en la mano, conoció, al fín, Juan que no tenía ante sus ojos un sér fantástico, ó diferente de toda humana criatura, sino á una mujer todavía joven y hermosa, de noble y elegante aspecto y pálido y demacrado rostro, que más inspiraban admiración y lástima que aversión ó miedo...—Sin embargo, no era posible sustraerse al asombro, espanto y maravilla que

causaba en tal lugar y á aquella hora una aparición tan extraordinaria, semejante á las quimeras de la calentura ó á las creaciones de la fantasía poética...; y por nada del mundo se hubiera aventurado el pobre joven á llamar sobre sí la atención de la desconocida.—Antes bien, se hallaba dispuesto á correr y dar gritos, si por acaso subía la visión al coro, lo descubría y se le acercaba...

Así las cosas, ella fué la que lanzó un grito horrible, y cayó al suelo como herida de un rayo...—La luz que tenía en la mano se apagó al mismo tiempo.

Juan creyó morir, y tuvo que agarrarse á la balaustrada del coro para no caer también sin sentido.

Reinó luego un largo y profundo silencio, que parecía no iba á terminar nunca...

La triste mujer seguía en tierra, inmóvil, muda, rígida, y nuestro despavorido joven veía blanquear aquel cuerpo sobre el pavimento de la iglesia como si fuera la losa de marmol de una sepultura, sobre la cual algún piadoso deudo hubiese colgado perdurable lámpara...

Lo menos grave y espantoso que pensó entonces Juan, fué que la misteriosa dama había muerto de repente... Y, como esto podía producir también grandes dificultades, si se lle-

gaba á saber que él estaba en aquellas ruinas cuando ocurrió el caso, salió como pudo del coro, recorrió el convento en todos sentidos, hasta que dió con la escalera; atravesó luego los grandes patios á la fúnebre claridad de la ya remontada luna, y logró al fin verse en medio del campo...

IV.

Las diez de la noche iban á dar cuando nuestro joven forastero llegaba á su casa.

Vivían allí otras varias personas, por ser casa de huéspedes, y dió la casualidad de que en aquel instante hablaba de la siguiente manera un comandante retirado, que llevaba ya algunos años de residir en aquella población:

—Yo *la* he visto dos veces en las cercanías del convento.—Trabajo me había costado creer, ó, por mejor decir, nunca había creido, que fuese dama tan principal y bella como me contó el Alcalde la primavera pasada, después de haberla instalado en aquél solitario edificio, acatando una orden del Gobernador.—Pero, amigos, puedo asegurar que es una mujer distinguidísima y muy hermosa, á quien deben de haber ocurrido cosas muy grandes y terribles...—Al verme, en las dos ocasiones mencionadas, penetró en el convento... (donde sa-

béis que habita la celda prioral, sin más compaña que esa viejísima servidora que viene á la ciudad á comprar víveres.)—Yo respeté su tristeza y abatimiento y no me atreví á seguirla...—¡La primera vez que vaya á la Capital he de enterarme de quién es tan rara penitente, y de toda su vida y milagros!

—¡Pues no lo conseguirá V., como tampoco lo he conseguido yo!... (respondió el Administrador de Correos, que también estaba allí de huesped).—La breve historia contada por el Alcalde me sorprendió como á todos ustedes, y luego me ha chocado mucho el que esa mujer no reciba jamás cartas de nadie...—Pregunté, pues, en el Gobierno civil la última vez que estuve en la Capital, y dijéronme que el mismo Gobernador ignora quién sea la noble dama recomendada á él por el Ministro de Hacienda, para que le permitiera vivir en el Monasterio ruinoso, sin más explicaciones y sin decirle tan siquiera cómo se llamaba...

Juan era todo oidos; pero se guardó muy bien de contar lo que había presenciado aquella noche...

En esto, llegó un alguacil en busca del Promotor Fiscal, y le dijo que la viejísima servidora de la *dama del monasterio* acababa de presentarse al Juez, á darle parte de que su señora había muerto de repente...; razón por

la cual tenía que trasladarse allí el juzgado sin pérdida de tiempo...

A las doce de la noche estaba de regreso el Promotor en la casa de pupilos, y refería que, en efecto, la misteriosa dama había muerto en medio de la Iglesia del Monasterio campestre, mientras estaba rezando la salve de costumbre á la Virgen de los Dolores; que, á juicio de los médicos, su muerte había provenido de una aneurisma en el corazón; que la vieja había declarado ignorar absolutamente cómo se llamaba la difunta y su condición y patria; pero que el Obispo y el Alcalde estaban ya de acuerdo en enterrarla en sagrado, visto que había muerto rezándole á la Virgen y que estaba muy recomendada por el Gobernador;—al cual se daría inmediatamente cuenta del suceso, á los efectos oportunos.

Y así se hizo todo; y no pasó más; ni nunca volvió á saberse cosa que tuviera relación con aquella infortunada, á quien no fué posible extender verdadera partida de sepelio, ni poner epitafio en la sepultura, por la sencilla razón de que jamás llegó á saberse su nombre.

POST-SCRIPTUM.

He aquí el *fín de una novela*.—Pero la novela ¿cuál es?—Lo ignoramos completamente.

Llegamos al teatro demasiado tarde, y sólo hemos oído el último acto de la tragedia.

¿No fuera una temeridad y una profanación ponernos á inventar los otros cuatro actos, al tenor de nuestra fantasía?

Ni ¿qué importa conocer los ríos que alimentan el profundo y poético lago?

Nosotros os hemos presentado la estatua modelada, tallada, pulida por el cincel del dolor...—¿A qué llevaros á la cantera de donde se arrancó el mármol, ó referiros las penosas labores que dieron por fruto ese tan acabado tipo de romántica desesperación?

Y, en suma: nadie puede privaros á los que acabáis de leerme, de la libertad en que estáis y del derecho que os asiste para discurrir la historia que se os antoje...,—con tal que tenga por fín y término el desenlace referido.

Guadix, 1854.

EL LIBRO TALONARIO.

EL LIBRO TALONARIO.

HISTORIETA RURAL.

I.

La acción comienza en Rota.—Rota es la menor de aquellas encantadoras poblaciones hermanas que forman el ámplio semicírculo de la bahía de Cádiz; pero, con ser la menor, no ha faltado quien ponga los ojos en ella.—El duque de Osuna, á título de duque de Arcos, la ostenta entre las perlas de su corona hace muchísimo tiempo, y tiene allí su correspondiente castillo señorial, que yo pudiera describir piedra por piedra...

Mas no se trata aquí de castillos ni de duques, sino de los célebres campos que rodean á Rota y de un humildísimo hortelano, á quien llamaremos *el tio Buscabeatas*, aunque no era éste su verdadero nombre.

Los campos de Rota (particularmente las huertas) son tan productivos, que además de

tributarle al duque de Osuna muchos miles de fanegas de grano y de abastecer de vino á toda la población (poco amante del agua potable y malísimamente dotada de ella), surten de frutas y legumbres á Cádiz, y muchas veces á Huelva, y en ocasiones á la misma Sevilla, sobre todo en los ramos de tomates y calabazas, cuya excelente calidad, suma abundancia y consiguiente baratura exceden á toda ponderación;—por lo que en *Andalucía la Baja* se da á los roteños el dictado de *calabaceros* y de *tomateros*, que ellos aceptan con noble orgullo.

Y, á la verdad, motivo tienen para enorgullecerse de semejantes motes; pues es el caso que aquella tierra de Rota que tanto produce (me refiero á la de las huertas); aquella tierra que da para el consumo y para la exportación; aquella tierra que rinde tres ó cuatro cosechas al año, ni es tal tierra, ni Cristo que la fundó, sino arena pura y limpia, expelida sin cesar por el turbulento Océano, arrebatada por los furiosos vientos del Oeste y esparcida sobre toda la comarca roteña, como las lluvias de ceniza que caen en las inmediaciones del Vesubio.

Pero la ingratitud de la naturaleza está allí más que compensada por la constante laboriosidad del hombre.—Yo no conozco, ni creo

que haya en el mundo, labrador que trabaje tanto como el roteño.—Ni un leve hilo de agua dulce fluye por aquellos melancólicos campos... ¿Qué importa?—¡El *calabacero* los ha acribillado materialmente de pozos, de donde saca, ora á pulso, ora por medio de norias, el precioso humor que sirve de sangre á los vegetales!—La arena carece de fecundos principios, del asimilable *humus*... ¿Qué importa?—¡El *tomatero* pasa la mitad de su vida buscando y allegando sustancias que puedan servir de abono, y convirtiendo en estiércol hasta las algas del mar!—Ya poseedor de ambos preciosos elementos, el hijo de Rota va estercolando pacientemente, no su heredad entera (pues le faltaría abono para tanto), sino redondeles de terreno del vuelo de un plato chico, y, en cada uno de estos redondeles estercolados, siembra un grano de simiente de tomate ó una pepita de calabaza, que riega luego á mano con un jarro muy diminuto, como quien da de beber á un niño.

Desde entonces hasta la recolección, cuida diariamente una por una las plantas que nacen en aquellos redondeles, tratándolas con un mimo y un esmero sólo comparables á la solicitud con que las solteronas cuidan sus macetas. Un dia le añade á tal mata un puñadillo de estiércol; otro le echa una chorreadita de

agua; ora las limpia á todas de orugas y demás insectos dañinos; ora cura á las enfermas, entablilla á las fracturadas, y pone parapetos de caña y hojas secas á las que no pueden resistir los rayos de sol ó están demasiado expuestas á los vientos del mar; ora, en fin, cuenta los tallos, las hojas, las flores ó los frutos de las más adelantadas y precoces, y les habla, las acaricia, las besa, las bendice y hasta les pone expresivos nombres para distinguirlas é individualizarlas en su imaginación.—Sin exajerar: es ya un proverbio (y yo lo he oido repetir muchas veces en Rota) que el hortelano de aquel país *toca por lo menos cuarenta veces con su propia mano á cada mata de tomates que nace en su huerta.*—Y así se explica que los hortelanos viejos de aquella localidad lleguen á quedarse encorvados hasta tal punto, que casi se dan con las rodillas en la barba...

¡Es la postura en que han pasado toda su noble y meritoria vida!

II.

Pues bien: el tio Buscabeatas pertenecia al gremio de estos hortelanos.

Ya principiaba á encorvarse en la época del suceso que voy á referir; y era que ya tenía sesenta años... y llevaba cuarenta de labrar una huerta lindante con la playa de la *Costilla.*

Aquel año había criado allí unas estupendas calabazas, tamañas como bolas decorativas de pretíl de puente monumental, y que ya principiaban á ponerse por dentro y por fuera de color de naranja, lo cual quería decir que había mediado el mes de Junio. Conocíalas perfectamente el tío Buscabeatas por la forma, por su grado de madurez, y hasta de nombre, sobre todo á los cuarenta ejemplares más gordos y lucidos, que ya estaban diciendo *guisadme*, y pasábase los días mirándolos con ternura y exclamando melancólicamente:

—*¡Pronto tendrémos que separarnos!*

Al fín, una tarde se resolvió al sacrificio; y, señalando á los mejores frutos de aquellas amadísimas cucurbitáceas que tantos afanes le habían costado, pronunció la terrible sentencia.

—Mañana (dijo) cortaré estas cuarenta, y las llevaré al mercado de Cádiz.—¡Felíz quien se las coma!

Y se marchó á su casa con paso lento, y pasó la noche con las angustias del padre que va á casar una hija al día siguiente.

—¡Lástima de mis calabazas!—suspiraba á veces sin poder conciliar el sueño.— Pero luego reflexionaba, y concluía por decir:—Y ¿qué he de hacer, sino salir de ellas? ¡Para eso las he criado!—Lo menos van á valerme quince duros...

Gradúese, pues, cuánto sería su asombro, cuánta su furia y cuál su desesperación, cuando, al ir á la mañana siguiente á la huerta, halló que, durante la noche, le habían robado las cuarenta calabazas...—Para ahorrarme de razones, diré que, como el judío de Shakespeare, llegó al más sublime paraxismo trágico, repitiendo frenéticamente aquellas terribles palabras de Shyllock, en que tan admirable dicen que estaba el actor Kemble:

—*¡Oh! ¡Si te encuentro! ¡si te encuentro!*

Púsose luego el tio Buscabeatas á recapacitar fríamente, y comprendió que sus amadas prendas no podían estar en Rota, donde sería imposible ponerlas á la venta sin riesgo de que él las reconociese, y donde, por otra parte, las calabazas tienen muy bajo precio.

—¡Como si lo viera, están en Cadiz! (dedujo de sus cavilaciones.) El infame, pícaro, ladrón, debió de robármelas anoche á las nueve ó las diez, y se escaparía con ellas á las doce en el *barco de la carga*... ¡Yo saldré para Cádiz hoy por la mañana en el *barco de la hora,* y maravilla será que no atrape al ratero y recupere á las hijas de mi trabajo!

Así diciendo, permaneció todavía cosa de veinte minutos en el lugar de la catástrofe, como acariciando las mutiladas calabaceras, ó contando las calabazas que faltaban, ó exten-

diendo una especie de *fé de livores* para algún proceso que pensara incoar hasta que, á eso de las ocho, partió con dirección al Muelle.

Ya estaba dispuesto para hacerse á la vela *el barco de la hora*, humilde falucho que sale todas las mañanas para Cádiz á las nueve en punto, conduciendo pasajeros, así como *el barco de la carga* sale todas las noches á las doce, conduciendo frutas y legumbres...

Llámase *barco de la hora* el primero, porque en este espacio de tiempo, y hasta en cuarenta minutos algunos días, si el viento es de popa, cruza las tres leguas que median entre la antigua villa del duque de Arcos y la antigua ciudad de Hércules...

III.

Eran, pues, las diez y media de la mañana cuando aquél día se paraba el tío Buscabeatas delante de un puesto de verduras del mercado de Cádiz, y le decía á un aburrido polizonte que iba con él:

—¡Estas son mis calabazas!—¡Prenda V. á ese hombre!

Y señalaba al revendedor.

—¡Prenderme á mí! (contestó el revendedor, lleno de sorpresa y de cólera.)—Estas calabazas son mias: yo las he comprado...

—Eso podrá V. contárselo al alcalde,—repuso el tío Buscabeatas.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Tío ladrón!

—¡Tío tunante!

—¡Hablen Vds. con más educación, so indecentes! ¡Los hombres no deben faltarse de esa manera!—dijo con mucha calma el polizonte, dando un puñetazo en el pecho á cada interlocutor.

En esto ya había acudido alguna gente, no tardando en presentarse también allí el regidor encargado de la policía de los mercados públicos, ó sea *el Juez de abastos,* que es su verdadero nombre.

Resignó el mando el polizonte en Su Señoría, y enterada esta digna autoridad de todo lo que pasaba, preguntó al revendedor con majestuoso acento:

—¿A quién le ha comprado V. esas calabazas?

—Al tío Fulano, vecino de Rota...—respondió el interrogado.

—¡Ese había de ser! (gritó el tío Buscabeatas.) ¡Muy abonado es para el caso! ¡Cuando su huerta, que es muy mala, le produce poco, se mete á robar en la del vecino!

—Pero, admitida la hipótesis de que á us-

ted le han robado anoche cuarenta calabazas (siguió interrogando el regidor, volviéndose al viejo hortelano), ¿quién le asegura á V. que éstas, y no otras, son las suyas?

—¡Toma! (replicó el tío Buscabeatas.) ¡Porque las conozco, como V. conocerá á sus hijas, si las tiene!—¿No vé V. que las he criado? —Mire V.: esta se llama *rebolonda;* esta, *cachigordeta;* esta, *barrigona;* esta, *coloradilla;* esta, *Manuela*..., porque se parecía mucho á mi hija la menor...

Y el pobre viejo se echó á llorar amarguísimamente.

—Todo eso está muy bien... (repuso el juez de abastos); pero la ley no se contenta con que V. reconozca sus calabazas. Es menester que la autoridad se convenza al mismo tiempo de la preexistencia de la cosa y que V. la identifique con pruebas fehacientes...—Señores, no hay que sonreirse...—¡Yo soy abogado!

—¡Pues verá V. qué pronto le pruebo yo á todo el mundo, sin moverme de aquí, que esas calabazas se han criado en mi huerta!—dijo el tío Buscabeatas, no sin grande asombro de los circunstantes.

Y, soltando en el suelo un lío que llevaba en la mano, agachóse, arrodillándose hasta sentarse sobre los piés, y se puso á desatar

tranquilamente las anudadas puntas del pañuelo que lo envolvía.

La admiración del concejal, del revendedor y del corro subió de punto.

—¿Qué va á sacar de ahí?—se preguntaban todos.

Al mismo tiempo llegó un nuevo curioso á ver qué ocurría en aquél grupo, y, habiéndole divisado el revendedor, exclamó:

—¡Me alegro de que llegue V., tio Fulano! Este hombre dice que las calabazas que me vendió V. anoche, y que están aquí oyendo la conversación, son robadas...—Conteste V...

El recién llegado se puso más amarillo que la cera, y trató de irse; pero los circunstantes se lo impidieron materialmente, y el mismo regidor le mandó quedarse.

En cuanto al tío Buscabeatas, ya se había encarado con el presunto ladrón, diciéndole:

—¡Ahora verá V. lo que es bueno!

El tío Fulano recobró su sangre fría, y expuso:

—Usted es quien ha de ver lo que habla; porque, si no prueba, y no podrá probar su denuncia, lo llevaré á la cárcel por calumniador.—Estas calabazas eran mías; yo las he criado, como todas las que he traido este año á Cádiz, en mi huerta del *Egido*, y nadie podrá probarme lo contrario.

—¡Ahora verá V.!—repitió el tío Buscabeatas, acabando de desatar el pañuelo y tirando de él.

Y entonces se desparramaron por el suelo una multitud de trozos de tallo de calabacera, todavía verdes y chorreando jugo, mientras que el viejo hortelano, sentado sobre sus piernas y muerto de risa, dirigía el siguiente discurso al concejal y á los curiosos:

—Caballeros: ¿no han pagado Vds. nunca contribución? ¿Y no han visto aquél libraco verde que tiene el recaudador, de donde va cortando recibos, dejando allí pegado un tocon ó pezuelo, para que luego pueda comprobarse si tal ó cual recibo es falso ó no lo es?

—Lo que V. dice se llama el *libro talonario*,—observó gravemente el regidor.

—Pues eso es lo que yo traigo aquí: el *libro talonario* de mi huerta, ó sea los cabos á que estaban unidas estas calabazas antes de que me las robasen.—Y, si no, miren Vds.—Este cabo era de esta calabaza... Nadie puede dudarlo... —Este otro... ya lo están Vds. viendo... era de esta otra.—Este más ancho... debe de ser de aquélla... ¡Justamente!—Y este es de esta... Ese es de esa... Esta es de aquél...

Y, en tanto que así decía, iba adaptando un cabo ó pedúnculo á la escavación que ha-

bía quedado en cada calabaza al ser arrancada, y los espectadores veían con asombro que, efectivamente, la base irregular y caprichosa de los pedúnculos, convenía del modo más exacto con la figura blanquecina y leve concavidad que presentaban las que pudiéramos llamar cicatrices de las calabazas.

Pusiéronse, pues, en cuclillas los circunstantes, inclusos los polizontes y el mismo concejal, y comenzaron á ayudarle al tío Buscabeatas en aquella singular comprobación, diciendo todos á un mismo tiempo con pueril regocijo:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Es indudable! ¡Miren ustedes!—Este es de aquí... Ese es de ahí... Aquella es de este... Esta es de aquél...

Y las carcajadas de los grandes se unían á los silbidos de los chicos, á las imprecaciones de las mujeres, á las lágrimas de triunfo y alegría del viejo hortelano y á los empellones que los guindillas daban ya al convicto ladrón, como impacientes por llevárselo á la cárcel.

Excusado es decir que los guindillas tuvieron este gusto; que el tío Fulano vióse obligado desde luego á devolver al revendedor los quince duros que de él había percibido; que el revendedor se los entregó en el acto al tío Buscabeatas, y que éste se marchó á Rota su-

mamente contento, bien que fuese diciendo por el camino:

—¡Qué hermosas estaban en el mercado! ¡He debido traerme á *Manuela*, para comérmela esta noche y guardar las pepitas!

Noviembre de 1877.

UNA CONVERSACIÓN

EN LA ALHAMBRA.

UNA CONVERSACIÓN

EN LA ALHAMBRA.

I.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS.

ENTRE los innumerables forasteros que han concurrido este año á Granada, á disfrutar de las famosas fiestas del Santísimo *Corpus Christi*, con que se celebra y conmemora en aquella ciudad, no sólo el Misterio de la Eucaristía, sino también la expulsión de los Moros por D. Fernando y Doña Isabel, hemos tenido la fortuna de contarnos cierto personaje *todavía* joven, y yo... que lo soy absolutamente (1).—De mí ya tienen los lectores algunas noticias...—Digamos, pues, quién era, ó, más bien, *cómo era* el otro joven.

Había este llegado conmigo en Diligencia á

(1) Repárese en la fecha de este artículo, escrito algunos meses antes de declarar España la guerra á Marruecos, como se le declaró en Octubre de aquel mismo año.

la gran ciudad morisca; pero no procedente como yo de la Córte de las Españas, ni muchísimo menos; sino de la humilde *Venta del Zegrí,* donde la Diligencia muda tiro, y distante de Granada unas seis leguas.—Durante el corto tiempo que tardamos en andarlas al galope de diez alborotados caballos, apenas cambiamos algunos cumplimientos, siguiendo la moda extranjera de no dirigir la palabra á los compañeros de viaje á quienes no se conoce; pero, en cambio, me solacé en estudiar detenidamente el porte y fisonomía del tal viajero, y en inventarle, según acostumbro en situaciones análogas, toda una historia ó biografía, al tenor de mis intuiciones psicológicas.

Erase un gallardo personaje de treinta y dos á treinta y tres años, de noble estatura, moreno pálido como el mármol antiguo, de reposada actitud, elegantes movimientos, y sério y hasta melancólico cuando hablaba (que, repito, fué muy poco, y ese poco, más bien con el mayoral que conmigo).—Por cierto que creí notar en su voz algun acento extranjero, no francés, ni inglés, ni italiano, ni alemán, ni portugués, que son los que yo suelo percibir, aunque no sepa hablar tantos idiomas, sino de una especie enteramente nueva para mis oidos.—Llevaba toda la barba, bien que muy corta, y esta barba, sumamente negra, tenía

traza y dibujo de oriental, ó sea de semítica. Sus grandes y expresivos ojos, de un negro aterciopelado, recordaban asímismo los de Malek-Adel, el heroe de *Matilde ó las Cruzadas*, que todos hemos adorado tanto cuando niños. En sus manos, advertíase la perfección anatómica más que la aristocrática; pero sus piés eran irreprochables en ambos conceptos. Vestía el traje de camino de rigor en toda Europa, sin que ofreciera en él nada de notable, como no fuera el gracioso abandono con que lo llevaba. Cubría, en fin, su cabeza, pelada escrupulosamente, un gorro medio griego, medio inglés, que añadia perfiles clásicos á aquella magnífica figura.

¿Quién podía ser? En verdad os digo que me separé de él, al bajar del coche en Granada, sin haberlo podido determinar, ó sea sin fijarme en ninguna de las mil conjeturas que formé por el camino. Ahora: si queréis saber cuáles fueron esas conjeturas, os diré que aquel hombre me parecía á un mismo tiempo un capitán de bandidos, un príncipe viajando de incógnito, un artista italiano, un dependiente de una casa de comercio, un marqués andaluz, un pirata, un poeta, un cómico de provincias, un ser fantástico del género vampiro, un novicio de frailes Gerónimos y un soldado de Garibaldi; algo, en fin, extraordinario por lo ilus-

tre, por lo exótico, por lo terrible, por lo dramático, por lo sobrenatural, ó por lo farsante y poco divertido.

Pregunté al mayoral su nombre, y me dijo que, como aquel viajero había montado tan cerca de Granada, no se le había extendido billete. Pensé en seguirlo; pero algunas personas que habían ido á esperarme reclamaban mi atención. Ocurrióseme someterlo á un interrogatorio; pero lo juzgué descortesía.—Contesté, pues, á su silencioso saludo con otro movimiento de cabeza, y me dirigí á la *Fonda de la Victoria*, todo lleno de curiosidad.

. . . . . .

A las nueve de la mañana siguiente (día del *Corpus*), las campanas, repicando á vuelo, las músicas de la guarnición, tocando la *marcha real*, las olorosas yerbas que alfombraban la entoldada vía, las colgaduras que adornaban los balcones, y el numeroso gentío que lo inundaba todo, indicaban que la Procesión recorría las calles de la Jerusalém de Occidente.

Yo me aposté en la plaza de Bib-rambla, cerca del Zacatín, y pocos momentos después desfilaron ante mis ojos Corporaciones, Cofradías, niños de la Inclusa, Cruces parroquiales y toda la brillante comitiva que sigue y precede al Santísimo Sacramento.

Pasaron, en fín, llevadas á hombro por ocho

sacerdotes, las pesadísimas andas de plata, donde iba, en rica y primorosa custodia de oro y pedrería, la consagrada Hostia, y la reverente muchedumbre abatió la cabeza, cayó de rodillas y se golpeó el pecho, produciendo á todo lo largo de plazas y calles una palpitación de santo entusiasmo, cual si todos los corazones respondiesen con sordo acento á aquellos himnos que cantaban cien armoniosas voces, entre el repique glorioso de las campanillas, las nubes del incienso y el aroma de las flores que rodeaban la Custodia.

Sólo un hombre permanecía de pié, en medio de la multitud postrada...

Naturalmente, llamó mi atención, como la de todo el mundo...

Mirélo, ¡y era *él!* ¡era mi compañero de viaje!

Yo no sé si en mis ojos tomó la extrañeza visos de consejo ó de afectuosa reprensión... Ello es que el forastero, no bien cruzó su mirada con la mía, me saludó levemente, y se arrodilló como todos.

Un momento después, la Procesión había pasado, la gente se arremolinaba para volver á salir á su encuentro, y yo perdí de vista á mi hombre entre las oleadas de la muchedumbre.

II.

EL ÚLTIMO ZEGRÍ.

Aquella tarde subí á la Alhambra.

Sus oscuras alamedas, sus viejos torreones, sus plazas y palacios estaban solos.

La festividad cristiana retenía á todo el mundo en la Ciudad.

Entré en la *Casa Real*, como se llama ordinariamente al Palacio de los reyes moros.

Aquel palacio, hecho por las hadas, según Zorrilla, encontrábase también en la más dulce soledad y hondo silencio. Acaso alguna golondrina, procedente del Africa, cantaba sobre el mismo capitel en que sus antepasadas descansaron hace cuatro siglos... También el sol acariciaba, como en otro tiempo, las esbeltas columnas del *Patio de los Leones*, y no se desdeñaba de penetrar riente y cariñoso por las caladas galerías...

Pensando iba yo en cosas tan insignificantes como estas, cuando noté que no me hallaba solo en aquél patio. Allá, frente á uno de los bellísimos templetes que están restaurando en este momento, distinguí á mi compañero de viaje, que miraba fijamente el estado de la obra.

Mis pasos le hicieron volver la cabeza: púsose ligeramente colorado, y vino á mi encuentro sin vacilar.

Nos dirigimos algunas frases de pura cortesía, y, volviéndose luego él hacia el templete que examinaba cuando llegué yo, me dijo en tono de sentida queja:

—¿Por qué derriban esto?

Inspirábale tal pregunta la circunstancia de haber unos andamios en torno del templete y hallarse por tierra algunos fragmentos de su techumbre.

—No lo derriban... (le contesté); sino que lo reconstruyen.

—¡Lo reconstruyen!— ¡Conque los españoles amais la Alhambra!—exclamó asombrado el raro personaje.

—¡La amamos sobre toda ponderación!—le respondí.

—¡Oh! (continuó él): dispense V. la confianza con que le hablo...—¡Estaba aquí tan solo, creyendo que nadie más que yo se acordaría hoy del viejo alcázar islamita! ¡Era tan natural que también V. permaneciese allá abajo esta tarde, consagrado á la gran festividad nazarena que celebra la moderna Granada!... —A propósito: debo á V. una explicación. Esta mañana, en el Zacatín, me reprendió V. con la mirada... (no lo niegue V...), porque no me

había arrodillado.—¡Ay! no fué soberbia; no fué impiedad...—¡Quizás yo también soy ya cristiano!—Era que el dolor me enloquecía...

—Perdóneme V. si no le comprendo...—repliqué, haciéndome todo oidos, pues veía venir la ansiada biografía de mi hombre.

—Y, sin embargo... (prosiguió él con honda melancolía:) yo necesito dar rienda suelta á mis sentimientos!—Ayer, cuando nos acercábamos á esta ciudad santa, V. me veía palpitar en silencio... Esta mañana, durante la procesión, V. sorprendió también las preocupaciones de mi espíritu...—Por lo tanto, V. es ya mi confidente...—Escúcheme, pues, un momento...

Así diciendo, cogióme una mano y me condujo á la próxima *Sala de los Abencerrajes.*

—¡Aquí (dijo); sobre esa fuente de mármol, que aún ve V. enrojecida, los valientes *zegríes* hicieron rodar la cabeza de los *abencerajes*!—¡En ese patio y en esa sala, moraban aquellas huríes, hijas del Yemen y de Damasco, que encantaron la vida de los soldados del Profeta!—¡Alce la vista, y contemple esos calados miradores, que aun visitará esta noche la inconstante luna! ¡Mire en esos techos bordados de oro y de carmín, y verá la misteriosa leyenda de cien gloriosas dinastías!... ¡Ahí están las alabanzas á Dios y á sus guerreros!—

Desde *Alhamar*, que levantó este Alcázar en cuarenta años, hasta *Boabdil*, que lo perdió en el tiempo que dura un suspiro, todos los héroes granadinos fueron grabando su nombre en esas galerías fantásticas...—¡Oh viejo *Yussef!*... ¡Oh desgraciado *Muley!*... ¡Oh noble *Mahomad!*... ¿Dónde están vuestros infortunados descendientes?—¡Aquí tenéis al ÚLTIMO ZEGRÍ, que viene á evocar vuestras sombras, entre las ruínas de la Alhambra!—¡Ay de mis infelices hermanos!

—*¡El último zegrí!* (exclamé lleno de asombro y maravilla). ¿Cómo?... ¿Usted?...

A todo esto iba oscureciendo. El hombre misterioso se apoyó en mi brazo, y así dejamos la Sala de los *Abencerrajes*, atravesamos el *Patio de los Leones*, cruzamos el del *Estanque* y penetramos al fin en el Salón de *Embajadores*.

Por el camino iba yo dándome cuenta de lo extraordinario de mi aventura. ¡Encontrar un *zegrí* á mitad del siglo XIX, y encontrarlo vestido á la inglesa, hablando el francés y el español perfectamente, cortés y flexible como un parisién, tolerante y humano como el mejor católico!—¿Qué poeta imaginaría mayor fortuna? ¡Chateaubriand mismo me hubiera dado su *abencerraje* de papel, á trueque de mi *zegrí* de carne y hueso!

El balcón ó agimez del Salón de *Embajadores* es uno de los parajes clásicos de la Alhambra. Sus vistas dan á los siempre floridos cármenes de la Carrera de Darro: enfrente, se levantan las pintorescas colinas del *Sacro-Monte*, y abajo, óyese el melancólico rumor del río que se abre calle por un abismo cubierto de árboles y de flores: árboles y flores, que suben escalonados por aquel flanco de la fortaleza, hasta llegar á los agimeces y perfumar las estancias del palacio. Es aquello un cuento de las *Mil y una noches*; es una construcción de Genios y de Hadas...

Pues á aquel balcón me asomó el *zegrí*.

Ya se apagaba el crepúsculo al otro lado de la Catedral, cuya oscura mole gigantesca se destacaba sobre el fondo de oro del Poniente. La luna empezaba á blanquear la copa de los árboles, deshaciéndose como una gasa de plata por las oscuridades de los bosques y las quebradas del terreno. Los ruiseñores, huéspedes eternos del aquel paraíso, la saludaban con sus más amorosos cantos, mientras que el cuclillo, contador del silencio, lanzaba ya su compasado gemido que había de repetir toda la noche.—¡Era el anochecer! ¡era la primavera! ¡era en Granada!... ¡Los que no hayáis amado ó llorado en aquel edén y en semejante hora, vanamente querréis imaginaros

todo el misterio, todo el encanto, toda la poesía que caben en el alma humana!

—«Sí; yo soy africano; yo soy Aben-Adul, ¡el último de los zegríes!—continuó aquel ser novelesco:

»Digo mal: yo soy tan español como tú; yo soy un granadino desterrado; yo soy de raza proscrita...

»Aún no hace tres siglos que mis padres, mi tribu entera, los deudos y vasallos de mis mayores, fueron lanzados de las casas que habían construido, de las tierras que habían labrado, de los bosques que plantaron para que les dieran sombra en su vejez...

»*Sois africanos*—les dijísteis (¡cuando llevaban siete siglos de vivir en España!),—y los echásteis de esta tierra; los arrojásteis al mar.

»Ellos, por un milagro del Altísimo; nadie sabe cómo; nadando, ó en frágiles barquillas; náufragos y hambrientos, llegaron á la otra costa del Mediterráneo, al Africa olvidada, á las playas de un continente desconocido...

»¡Decíais que aquella era nuestra patria!... —Pues escuchad:

»Llegamos allí, y los reyes del Atlas y del Desierto nos llamaron *extranjeros*, como vosotros, y nos dijeron «*¡sois españoles!... ¡volved al mar!*»

»¡Hénos, pues, entre dos costas que nos nie-

gan abrigo!... ¡Hénos en la más espantosa soledad!

»Entre el mar y el imperio de Marruecos había una playa asolada por la guerra. Llamábase *el Riff*.

»Allí acampamos sin vestidos y sin pan, sin instrumentos de labranza, sin jefes ni sacerdotes, sin ley ni Dios, ¡como los maldecidos hebreos!

»Después nos fuimos corriendo hacia Tetuán y Tánger, donde se establecieron las familias más dichosas, quedándonos los demás guarecidos en las montañas.

»Y allí estamos hace trescientos años, cargados con la tienda de lienzo que nos sirve de hogar, errantes, nómadas, sin civilización, sin artes, sin nombre, sin rey, sin patria, sin sepultura!

»El Emperador marroquí nos roba, ó nos persigue como á fieras...

»El rey cristiano nos llama perros, y nos fusila.

»Ni el uno ni el otro nos dá carta de ciudadanía, nos llama compatriotas, nos reconoce como hermanos.

»De aquí es que nosotros, los hijos de aquellos príncipes desheredados, volvamos mal por mal, pillaje por pillaje, hierro por hierro, infamia por infamia!

»¡Allí están!... ¡Ahí enfrente!...

»¡Yo no volveré nunca á ver á mis hermanos del Riff!

»¡Allí están los que edificaron el *Generalife*, los que habitaron el *Albaicín*, los que hicieron un paraiso de esta vega, los que bordaron de jardines las márgenes de los ríos, los que esmaltaron de oro las rocas, los que alfombraron de flores su camino...

»¡Así invadieron ellos, así colonizaron!

»Mi raza ha cumplido su misión sobre la tierra... No así la tuya.

»Nosotros, al pasar por España, la mejoramos, la civilizamos, la sacamos de la barbárie. Médicos, poetas, botánicos, arquitectos, filósofos, industriales, agricultores, todo lo fuímos en vuestro país. El arte y la ciencia pueden estarnos agradecidos: la humanidad nos debe un voto de gracias.

»Pues allí están, vuelvo á decir; allí están mis compatriotas, sumidos en la miseria, en la ignorancia, en la ignominia; y vosotros aquí, felices, opulentos, poderosos, ilustrados...

»Ahora bien, cristianos, filántropos, propagandistas, negrófilos, ¿qué habéis hecho por mis padres y mis hermanos?

»¿Para cuándo las armas? ¿Para cuándo la elocuencia? ¿Para cuándo el martirio?

»¿Cómo no os horrorizáis al pensar que, lin-

dando con España, hay una raza bárbara, salvaje, casi feróz, y que vosotros no hacéis nada para redimirla?

»Yo comprendo el estado brutal del groenlandés que vive en los límites del mundo, en una montaña de hielo, inaccesible á los hombres de otra raza: yo lo comprendo también en el negro que vive enterrado en las arenas aún no esploradas de la zona tórrida... ¡En una y otra parte puede haber hombres fuera de la ley!

»¡Pero que los haya en el centro del mundo civilizado, lindando por todas partes con pueblos cultos, y que estos pueblos cultos los dejen vivir y morir como irracionales, es indigno, es escandaloso, es sacrílego!

»¡Vosotros, españoles, responderéis ante Dios de los crímenes que cometan los moros en esta vida y de su condenación en la otra!...

»Vosotros, sí; por haber olvidado vuestro destino, por haber abdicado vuestro derecho, por haber faltado á la ley providencial de la civilización.

»¡En cuanto á mí (continuó con amargura), yo no soy ya africano, yo no soy ya islamita; yo no soy ya zegrí!...—A los quince años era el poeta de mi kabila: un generoso cristiano me instruyó en tu lengua y en tu religión, y con tu lengua aprendí mi historia, y mi his-

toria me encendió el rostro de vergüenza!

»¡Yo, descendiente de reyes, convertido en una bestia como Nabucodonosor! ¡Yo, poeta, vivir despreciado del mundo que piensa y siente; ser mengua de la especie humana, pária entre los ciudadanos, degradación y bochorno de mi estirpe!...

»Vendí mis ganados, vendí mi espingarda, vendí mi tienda, besé tres veces á mi prometida esposa, la bella Alcina, y huí del Africa para siempre.

»Diez años hace que recorro el mundo: la fortuna me ha sido propicia en cuanto he intentado: guerrero en Crimea, comerciante en la India, cónsul en Jerusalén, marino en América, todo lo he sido, todo lo seré menos rifeño...

»Pero si mis riquezas, si mi valor, si mi fé en Cristo, si mi amor al hombre pudieran servir alguna vez para volver á mis hermanos la dignidad social que han perdido, la gerarquía humana que se les niega, los bienes de la civilización que olvidaron, mi vida no habría sido inútil y la felicidad descendería por primera vez á mi corazón!»

III.

EL FANDANGO.

Así habló Aben-Adul. Yo le estreché la mano con verdadera ternura, y ya me disponía á contestarle con uno de esos artículos de fondo que los periodistas españoles solemos dedicar á nuestro porvenir en Africa (artículos que el Gobierno va considerando al fin de primera necesidad), cuando un nuevo incidente vino á añadir encantos y poesía á aquella romántica escena, que yo hubiera indudablemente convertido en triste prosa.

Allá abajo, entre las arboledas que se inclinaban sobre el río, resonó la trémula y delicada vibración de una guitarra que balbucía algunos acordes del fandango.

—¡Oye!... (me dijo el Zegrí). ¡Los ecos del Africa responden á mis suspiros!... Eso que escuchas es el canto del desierto, el rezo de la caravana...

Aquí el nocturno trovador entonó una de aquellas coplas de largas cadencias y voluptuosa melodía que encierran toda la apasionada tristeza de unos trágicos amores andaluces.

—¡Alcina!—murmuró el africano.

Era, sí, la canturia melancólica de su tierra.

Era aquel aire monótono y lánguidamente acompasado que encontró el francés Davíd en los arenales argelinos. Era el *fandango*, y luego fué la *rondeña*, y después la *caña*, la *soledad*, las *playeras*... ¡Todo el glosario, en fin, del sencillo é incomparable tema musical de Andalucía, que nos envidia hasta la inspirada Italia.

Razón tiene para envidiarlo; que nunca ha producido el sentimiento de la desterrada familia de Adám melodía tan íntima y tierna, tan natural é inefable, como la queja infinita, como ese suspiro eterno, como ese *¡ay!* mil veces repetido sobre que giran nuestros cantos meridionales...

¡Oh! Y cuando es de noche...; cuando es la hora en que los tiempos pasados reaparecen en la imaginación; cuando la soledad, la luna, la dormida naturaleza, el silencio, la ingénita poesía del alma, todo viene á conturbar los más apartados mares del espíritu, los nunca explorados desiertos de la idea...; entonces, ¡ay! entonces, ese canto africano, esa misteriosa guitarra, ese vago concepto de la copla, esa memoria vaga de los moros, esa pena de desterrados que sentimos, esa esperanza de nuevas patrias que nos alienta; todo eso arranca del fondo de nuestro corazón un dulce llanto, una santa y deliciosa tristeza, no sé qué solemne y exaltada plegaria, que

bien puede compensar y redimir toda una vida de vanidad y de locura...

Así aconteció en aquel momento; y seguro estoy de que, mientras yo pensaba en los sueños esplendorosos de mi niñéz, concebidos al compás de aquella música, en los delirios de mi adolescencia, en seres queridos que me robó la muerte, en noches de amor desvanecidas, en ilusiones que ayer miraba en el porvenir y que hoy sólo encuentro en lo pasado, Aben-Adul pensaba en Africa, donde también resuena por la noche aquel patético canto, donde aquella misma luna esclarece los risueños valles del Atlas, donde acaso en aquel momento refrescaba la primera brisa el abrasado corazón de una mujer que no había podido olvidarle...

Mucho tiempo permanecimos de este modo, bajo el peso de nuestra respectiva fatalidad...

Al fin cesó aquella serenata que nos tenía como magnetizados, y entonces el Moro renegado, enjugando una lágrima y estrechándome entre sus brazos de hierro,

—Adios, hermano (exclamó): ¡Nunca hubiera venido á la Alhambra!—Parto para el Norte... ¡Mañana no me alumbrará la luna de Andalucía.—¡Gracias por haberme comprendido!—¡Adios, y Êl te acompañe!

Así habló; y, sin esperar mi respuesta, alejóse y desapareció prontamente, como si se

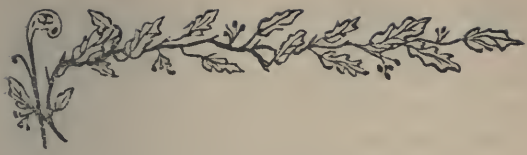
desvaneciera en la fantástica penumbra de las columnatas moriscas que la luz del astro de la noche dibujaba sobre las losas del patio y sobre el agua silenciosa del estanque...

¿Había yo soñado? ¿Estaba despierto?

¿Para qué decíroslo?—¿Hay por acaso tanta diferencia entre el sueño y la realidad?

Guadix, Junio de 1859.

EL AÑO CAMPESINO.



EL AÑO CAMPESINO.

El Tiempo es la *primera materia* de la vida; y, así como el cáñamo (v. gr.) les sirve á unos industriales para hacer alforjas, á otros para velas de barco, á estos para alpargatas y á aquellos para ahorcarse, el Tiempo toma también diversas formas, y se aplica á diferentes usos, según el oficio, las necesidades ó las aficiones de los humanos.

Vayan algunos ejemplos.

Los Historiadores dividen el Tiempo por *edades*, por *civilizaciones* (palabra muy de moda), por *pontificados*, por *dinastías*, por *reinados*, por *guerras* y por otras habilidades de la llamada *sociedad*.

Los Astrónomos y los Gobernantes lo han dividido, ora en *siglos*, ora en *décadas*, ora en *olimpiadas*, ora en *lustros*, ora en *años*, ora en *nonas*, ora en *meses*, ora en *idus*, ora en *semanas*; y las semanas en *días*, y los días en *horas*,

y las horas en *minutos*, y los minutos en *segundos*...; todo ello, sin contar los *quinquenios*, los *trienios*, los *bienios*, las *cuarentenas* de los buques y de las personas, y otra porción de grandes cosas, como los años *embolísmicos* y los *bisiestos*.

Los Médicos no se han quedado atrás, y computan el Tiempo por *edades fisiológicas*, formando cuatro grupos: 1.° *Infancia* y *puericia*. 2.° *Adolescencia* y *juventud*. 3.° Edad *viril*, edad *consistente* y edad *madura*. 4.° *Vejez*, *decrepitud*... y cuerpo presente.—Esta última fórmula es de mi cosecha.

Los Políticos cuentan por *elecciones*, por *legislaturas*, por *ministerios*.—Para ellos empieza el año cuando se abren las Cortes, y se acaba el mundo cuando caen del poder.

—«En tiempos de Bravo Murillo (dice uno) me dejé toda la barba.»

—«¡Hombre! ¡Mire V. que casualidad! (exclama otro). Entonces me casé yó.»

—«¿Cómo? ¿Era V. ministerial?»

—«¡Ya lo creo! Por eso me casé.»

—«Pues yo me dejé la barba, porque era de oposición.»

—«¡Ah! ya... ¡como republicano!»

—«No, señor: para ahorrarme el barbero.»

—«Eso es otra cosa.—Y, diga V.: ¿que fué de Nazaria? ¿Se casó al fín?»

—«Sí, señor: á la caída del ministerio Narvaez.»

—«¡Demonio!—Pero ahora reparo... Lleva V. una cadena muy hermosa...»

—¡No es fea!... Me la compré cuando mandaba Ruiz Zorrilla...»

—«¡Demonio!»

A todo esto, se nos había olvidado decir que los políticos cuentan también por *Revoluciones* y por *Constituciones*, por *motines* y por *palizas*.

—«¿Qué tiene V., señor Antonio? ¡Está V. desmejorado!»

—«¡Qué quiere V.! ¡Desde el 56 me quedé así!... Un cazador de ejército me pegó un culatazo...»

—«Eso sería el 17 de Julio...»

—«Sí, señor.»

—«Pues yo le debo mi felicidad á la del 66. Me metieron, herido, en casa de una jamona muy rica, y me casé con ella.»

—«Y á V., ¿por qué lo colocaron?»

—«Porque yo soy de los del 20 al 23.»

—«No es una razón. Mi padre fué *doceañista*, y está cesante.»

—«No se presentaría el 40...»

—«¡Vaya si se presentó! Del 40 al 43 no hizo otra cosa que visitar al Duque; pero no hubo vacante en presidios, que era su carrera.

Así fué que el 26 de Marzo se echó á la calle contra las instituciones...»

—«¿Cuando lo de Fulgosio?»

—«Justo.»

—«Pues amigo: yo me he desengañado de todo. A mí me gusta más un 3 de Enero que todos los 29 de Setiembre habidos y por haber.»

Hablemos de los Hacendistas.—Para los Hacendistas no hay tampoco años ni meses; no hay más que *ejercicios económicos*, divididos en *trimestres* para cobrar los impuestos y en *semestres* para no pagar los cupones.—Conque doblemos la hoja de los hacendistas.

Los Empleados han hecho también su composición de lugar. Según ellos, el Tiempo es una acumulación de *años de servicio*, y, partiendo de este axioma, han inventado *el abono de tiempo*, que es como vivir de milagro, y la *jubilación*, que equivale á estar á la vez muertos y vivos.—Para los Empleados no hay fechas históricas fuera de las de sus *credenciales* y *ceses*. En su entender, el que *no ha servido* no ha vivido, y, por consiguiente, tanto vales cuanto has cobrado del presupuesto. Su Almanaque no trae más que un santo: *Santa Nómina*; pero en su Apocalipsis hay ahora un tremendo Antecristo: ¡el *Descuento!*—¡Pobres Empleados! En medio de todo, su imaginación persi-

gue constantemente con generoso amor una santa y piadosa Dulcinea: la *viudedad* para su pobre mujer, ó la *pensión* para sus inocentes hijas.—A este precio no les importa morir.

Pasemos á los Militares.—Los genuinos militares no cuentan tampoco por *años*, sino por *campañas*. ¡Estas sí que son legislaturas! ¡Su cómputo arranca, después de los *cuarteles de invierno*, en el instante que vuelve á tronar el cañón; y la cosa termina como y cuando Dios quiere!—¡Bravos almanaqueros! ¡Lástima que hayan inventado *el tiempo doble*, verdadera superfetación cronológica, por cuyas resultas hay quien tiene veinticinco años de edad y cuarenta y tantos de servicios!

Los Actores y los Cantantes tienen también sus legislaturas ó campañas, que se llaman *temporadas*. El *año cómico* ó *lírico* empieza en Setiembre ú Octubre y acaba en Abril ó Junio. —En cuanto á los Cómicos de la legua, podría decirse que existen á ratos, como los locos que tienen momentos lúcidos. El resto del tiempo viven como los lagartos, de sus propias carnes, ó sea de lo que comieron en mejor ocasión; lo cual no es vivir.

Pero este prólogo va picando en historia, y tenemos que apretar el paso si hemos de llegar á hablar de los Campesinos.

Digamos, pues, que los Mineros no cuentan tampoco por *años*, sino por *varadas;*

que los Estudiantes cuentan por *cursos*,

y los Burros y los Caballos por *dientes*.

Los Sastres y las Modistas se rigen por *modas* y por el grueso de las *telas;* pero con tal saña que, no bastándoles dos *tiempos* para dejarnos en cueros á fuerza de vestirnos; esto es, no contentos con saquearnos el verano y el invierno, han inventado una cosa peor que el *abono de tiempo* de los empleados y que el *tiempo doble* de los militares: han inventado los *entretiempos*. Hay, pues, modas y telas de primavera, modas y telas de verano, modas y telas de otoño y modas y telas de invierno...—¡Qué horror, padres que tenéis hijos!

El *año balneario* es muy corto: principia cuando el primer bañista entrega su duro al Director del Establecimiento, y concluye cuando se va el último tullido, ya sin muletas, en busca de otra paralisis.

La Iglesia tiene también su cómputo aparte: *Ciclos*, *Epactas*, *Témporas*, *Adviento*, *Septuagésima*, *Sexagésima*, *Quincuagésima*, *Cuaresma*, *Pasión*, *Ramos*, *Pascua de Resurrección*, *Cuasimodo*, *Pentecostés* y luego otras 25 domínicas numeradas, hasta volver al primer *Domingo de Adviento*...

Conque ya veis si teníamos razón al deciros

que el Tiempo es una *primera materia*, de la cual cada gremio humano hace tiras y capirotes según le parece...

Veamos ahora cómo cuentan y se entienden las gentes rústicas, ó sea cómo se divide el *año campesino*.

II.

El verdadero Campesino español no sabe por lo regular en qué siglo ni en qué año vive (lo cual es envidiable).

Todos sus cómputos y cábalas giran sobre tres datos de su propia existencia, que son: el año en que confesó por primera vez; el año en que entró en quintas, y el año en que contrajo matrimonio. El resto de su historia es un confuso mar de días.

Digo más: nuestro hombre ignora cuántos meses tiene el año, cómo se llaman estos meses, y los días que trae cada uno. Mezcla de moro y de cristiano, se guía por la luna si quiere seguir la sucesión del Tiempo, ó por las festividades de la Iglesia, si tiene que señalar plazos á día fijo.

—«*Para San Antón*,» dice, cuando se trata del mes de Enero.

—«*Para la Candelaria*,» si se trata de Febrero.

—«*Para San José*,» si se trata de Marzo.

—«*Para San Marcos,*» si se trata de Abril. *Et sic de cæteris.*

Mayo suele llamarse «*por Pascua florida.*»

Junio es siempre «*el mes de San Juan.*»

Julio «*el mes de Santiago.*»

El mes siguiente no tiene más que un día: *el día de la Vírgen de Agosto*, ó sea el 15, fecha en que cumplen todos los arrendamientos de fincas rústicas.

Setiembre está reducido al *día de San Miguel*, en que se ajustan los criados. También lleva el nombre de «*por ferias.*»

Octubre goza de varias denominaciones. Se llama «*por San Francisco;*» se llama «*el cordonazo;*» se llama «*las primeras aguas,*» y se llama «*la sementera.*»

Noviembre es «*el mes de los Santos,*» si se trata de su primera mitad; y, si se trata de la segunda, hay que decir «*para San Andrés.*»—En este último caso, es indudable que la cuestión versa sobre cerdos.

Diciembre, en fín, tiene por nombre unas veces «*la Purísima*» y otras «*Pascua de Navidad.*»

No es esta la única nomenclatura de que se vale el campesino para dividir el año, sino que también empeña su palabra, contrae obligaciones, hace ajustes ó da citas para antes de la *escarda*, para después de la *cava* ó de la *bina*,

para la *siega*, para la *trilla*, para la *vendimia*, para la *poda*... etc., etc.

Así, Toñuelo vendrá de servir al Rey antes de *la cabaña* (época de la fabricación de quesos y requesones).—Así, Manolilla cumplirá 15 años en las *primeras yerbas*.—Así, Antonia se casará después de la *aceituna*.—Así, Manuel se morirá en *la caida de la pámpana*.—Así, Josefa, que necesita ropa, se pondrá á servir antes de los *primeros hielos*.—Así, José mató á Francisco en tiempo de *la montanera*.—Y así, el abuelo pilló las tercianas durante el *verano de los membrillos*.

Por lo demás, el Campesino forma su Almanaque meteorológico con sujeción á las *cabañuelas*, ó sea al mejor ó peor tiempo que reina en cada hora de los primeros doce días de Agosto.

Válese de los astros para saber de noche la hora fija, siendo sus relojes principales el *carro* ú Osa mayor, y el *cuerno*, ú Osa menor: deduce si las estaciones van á adelantarse más ó menos, y si el tiempo va á cambiar ó no, según los *pájaros que entran* en su comarca ó se van de ella, según los insectos que bullen por el suelo, según las yerbas que se atreven á nacer, según las flores que no vacilan en abrir.

—«Canta el cuclillo (dice); vamos á tener buen tiempo.»

—«Las hormigas sacan á secar el grano: se acabaron las lluvias por ahora.»

—«Ya se ven golondrinas... estamos en primavera...»

Y esto último lo dice con inmenso júbilo, porque aquellos son ya los *meses mayores*, como él llama á los meses más distantes de la última recolección; meses en que son *mayores* las necesidades y los apuros de las gentes labradoras.

Y, á propósito, nuestro héroe no conoce más historia que los anales de la naturaleza, relacionados con sus cosechas y ganancias, siendo de notar que nunca cita los buenos años, sino los calamitosos. *El año de la langosta*, el año de la *sequía*, el año de las *tormentas*, el año del *hambre*, los años de la *ceniza de las uvas*, son fechas que no se caen de su boca.

A veces se pasa de la historia natural á la política, y recuerda algunos hechos culminantes; pero todos tienen también que ver con su hacienda; no es mucho, pues, oirle mentar el año de las *contribuciones dobles*, el año de la *entrada de los franceses*, el año de la *entrada de los facciosos*, ó el año de aquel *jaleo* en que subieron tanto los jornales.—Este último año es la fecha de tal ó cual *pronunciamiento*.

Finalmente, si el Campesino dá alguna vez otras noticias con relación al transcurso del

Tiempo, nunca será de un modo técnico y preciso, sino por medio de las figuras siguientes:

Supongamos que le preguntáis:

—¿Cuántos años tiene este zagal?

El responderá al cabo de un rato:

—¿Ese? Ese debe de estar ya para entrar en quintas.

—¿Y V.? ¿Cuántos años tiene?

—¿Yo? Yo tengo tres duros y medio menos una peseta.

—¿Y la muchacha?

—¿La muchacha? ¡Ya es viejecilla! Nació el mismo día que la mula coja, y la mula coja ya ha cerrado.

—¿Y el abuelo?

—El abuelo fué soldado en la *Guerra de la Pendencia*... V. sabrá los años que hace de eso...

—¿Y este chiquillo?

—Ese chiquillo mudó los dientes el año pasado.

—¿Y la tía Ramona?

—La tía Ramona dejó de parir hace mucho tiempo.

Hasta aquí, lectores mios, lo que recuerdo, al correr de la pluma, acerca de las efemérides, cómputos, épocas célebres, fiestas movibles y demás particularidades del *año campesino*. Con profundo placer las he ido mencionando, pues soy amantísimo de esas fórmulas, ya primiti-

vas y naturales, ya históricas y simbólicas, que figuran en la conversación de los labriegos. Sin embargo, este mismo trabajo, á que estoy dando cima, aunque poco instructivo en apariencia, demuestra una verdad que viene como de molde al libro en que va á publicarse[1] y es lo muy necesitadas de instrucción que están nuestras gentes de campo, y, por consecuencia, la gran utilidad de las publicaciones agrícolas.

(1) Se publicó en el *Almanaque Agrícola* del Ministerio de Fomento.

EPISODIOS DE NOCHE-BUENA.

EPISODIOS DE NOCHE-BUENA.

I.

L año de gracia de 1855 escribí un artículo titulado *La Noche-buena del poeta*, donde dejé estampadas para lección y escarmiento de otros hijos-pródigos, las negras melancolías y hondas inquietudes que cierto presumido vate provinciano (más codicioso de falsas glorias que agradecido y reverente con sus padres) llegó á sentir, en medio de los esplendores de la córte, la vez primera que, al caer sobre el mundo los sagrados velos de esta noche de bendición, vióse solo y sin familia, huérfano y desheredado por su voluntad, vagando á la ventura por calles y plazas, como pájaro sin nido, ó más bien como perro sin amo... —¡Oh! sí...: en aquel artículo pinté valerosamente, no con postizos colores, sino con sangre de mis venas, la casa y la familia de provincias, los santos afectos de la niñez, la

esterilidad de los placeres de la córte, la árida existencia del egoista que todo lo inmola en aras de su ambición, y los consiguientes remordimientos que atarazan el día de Nochebuena á cuantos van por el mar de lo desconocido, como iba yo entonces, en busca de un incierto porvenir, dejando atrás las ruinas y naufragios de la antigua familia y de la antigua sociedad, y cada vez con menos esperanzas de descubrir las playas de otra familia y de otra sociedad nuevas...; esto es, tal como irían los marineros de Colón cuando llegaron á creer que no tenía límites el Océano.

Por la misericordia de Dios, el presente año no estoy tan melancólico: mi alma se encuentra más tranquila; y, para solaz y contentamiento de la vuestra, voy á contaros en pocas palabras, no las amarguras de los soberbios, ingratos y rebeldes, sino los humildes regocijos que el cielo otorga, en esta noche de amor y de misterio, al pobre sin ambición, al buen pueblo de Madrid, á esos miles de familias, resignadas con sus afanes y privaciones, que dejan en este momento, y sólo por algunas horas, la gloriosa cruz del trabajo y del infortunio, para celebrar el Nacimiento de Aquél que había de hacer suya la cruz de todos los afligidos; de Aquél que les dió fé, valor y fuerza para el sufrimiento; de Aquél que redimić

á los mansos, á los pobres de espíritu, á los que lloran, á los que han hambre y sed de justicia, á los que padecen persecuciones por defenderla, á los pacíficos, á los limpios de corazón, á los misericordiosos...; esto es, á todos los tristes, á todos los modestos, á todos los caidos, á todos los maltratados por la fortuna.

Dicho se está, por consiguiente, que en los cuadros que pretendo bosquejar hoy no figurarémos para nada los huéspedes de Madrid, ni tampoco los magnates, hijos de la córte, que nacen, viven y mueren á la parisien, ni tan siquiera las personas algo acomodadas, que han dado en la flor de pasar la *Noche-buena* en los teatros; sino solamente el castizo pueblo madrileño... de la clase tenida por *baja;* la gente de los barrios; los protagonistas de los cuadros de Goya y de los sainetes de D. Ramón de la Cruz.

II.

Empecemos fijando nuestra consideración en los muchachos del barrio de Maravillas, que son los peores ó más traviesos de Madrid, al decir de los maestros de escuela.—Desde esta mañana están celebrando á su modo el Nacimiento de Nuestro Señor, y toda la inventiva de su religioso entusiasmo se reduce á armar

ruido y á *guerrear*.—Vedlos, pues, con sendos tambores al cinto, que abultan más que ellos, y llevando cada cual en la cabeza una gorra de cuartel, procedente de su padre, y que por ende simboliza toda nuestra historia contemporánea, dado que habrá sido escondida bajo siete llaves ó sacada á relucir de nuevo tantas veces como ha sido armada ó desarmada la Milicia Nacional desde 1820.—Vedlos, digo, dispuestos á rechazar cualquier invasión de los barrios fronterizos, ó sea con la honda á la cintura y los bolsillos llenos de piedras, cual si algún secreto instinto les avisara que el santo y seña de este día es *cada uno en su casa y Dios en la de todos*.—Vedlos, en fín, montar la guardia en casa del Cura, á quien ofrecen sus servicios para solemnizar la *Misa del Gallo* ó la de *Los Pastores;* recorrer el barrio cantando coplas llenas de requiebros á la Vírgen y al Niño Jesús; encender fogatas en medio de las calles luego que oscurece, como llamando á recogerse en sus casas á los vecinos que anden todavía dispersos por Madrid, y contarse alrededor de la lumbre historias de moros y cristianos, martirios y milagros de santos, hazañas de sus mayores en la guerra de la Independencia, cuentos de brujas y de aparecidos, y otra porción de cosas muy preferibles á las predicaciones de esos filósofos

racionalistas que hace algún tiempo se afanan por *civilizar* al pueblo, ó sea por arrancarle su caudal de creencias, respetos y temores...

Semejante *atraso* de los niños; su apego á lo tradicional y á lo maravilloso; sus *preocupaciones* y sus intolerancias; su *bárbaro* patriotismo y *anticuada* religiosidad, consuelan dulcemente á los hombres que (por pobreza, ó demasiada riqueza de espíritu) no se contentan con los goces de esta vida, ni con el conocimiento de nuestro planeta; á los que necesitan más tiempo y más espacio para su alma; á los que echan de menos, en fín, mejores empresas y más altos fines para su actividad y su culto que este maravilloso *aprovechamiento de la materia* á que se reduce la actual civilización.

¡Mal haya, pues, el poeta, el publicista ó el orador que se complace en profanar y saquear el alma de los niños, arrancando de allí las flores que sembró la piedad de sus padres!... —Ya lo dijo el divino Maestro:—«El que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que en mí creen, mejor fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno, y le anegasen en lo profundo del mar...—¡Ay del mundo por los escándalos!»

III.

PEPA. ¿Con que, en efecto, Manolo,
Te has encerrado en el tema
De que hemos de estar solitos
A cenar?

MANOLO. Es conveniencia
Del bolsillo y la salud.
Mira: se pone la mesa
Con lo poco ó mucho que hay,
Y, arrimando dos silletas,
Yo enfrente de tí, tu enfrente
De mí; á este lado la vela,
La servilla á este otro lado,
En el suelo las botellas,
Va trayéndonos la moza
Las viandas; se conversa
Un rato; se bebe siempre
Que los gaznates se secan
O se atraviesa el bocado;
Si empalagan las menestras,
A la izquierda está la fruta,
Y el cascajo á la derecha;
Se hace boca al hipocrás,
Y, sin voces ni etiquetas,
Cenamos *como señores*.....
. . . . . .

Estos versos, de un sainete del insigne Don Ramón de la Cruz, expresan gráficamente, aunque sólo sea en proyecto, las puras alegrías que disfrutan los clásicos *manolos* y *chisperos* de Madrid durante la noche llamada *buena*. Yo creo verlos (y todavía se les puede ver, sin em-

bargo de lo mucho que han variado las costumbres) regresar de la *Plaza Mayor*, seguidos de un gallego, que lleva al hombro la espuerta de provisiones (ménos el vino, que lo oculta la *manola* debajo del pañolón), y tomar el camino de su casa (calle de Embajadores), cuando las sombras nocturnas principian á caer sobre la alborozada capital de la Monarquía.

Pues añadid el encanto de los hijos, que también van cargados de viandas, y que se proponen comer esta noche por todo el año, á cuyo fín empiezan á roer, desde la calle, cuanto se puede pasar sin aliño ni condimento y hasta lo que no se puede (que tales milagros hacen la voracidad y la prohibición reunidas): añadid los tremendos instrumentos de que se han provisto, zambombas, rabeles y tambores, con ayuda de los cuales se prometen romper la cabeza á su familia y á toda la vecindad, y comprenderéis el santo júbilo de esa escena, cien mil veces repetida hoy en las inmediaciones de los mercados.

IV.

Cambiemos la decoración.

Es ya de noche.

Hace un frío de Diciembre y de Madrid.

Tres ciegos, tres Homeros de la edad pre-

sente, andaluces de pura raza, si no mienten su traje y su acento, y remolcados por diminuto lazarillo, han hecho alto al pié de una aristocrática reja, cuyos lujosos visillos dejan filtrarse la luz de brillantes lámparas, y allí entonan á cuatro voces, con acompañamiento de guitarras y bandurria, los sagrados himnos de Belén; los villancicos con que la cristiandad entera saluda á estas mismas horas la conmemoracion del advenimiento del Mesías.

No copiaré yo aquí los villancicos de esos ciegos; sino otros mucho más delicados que me sé de memoria, y que fueron compuestos hace algunos años por el *ciego que ve*, por el *tío Antonio*, ó sea por *Antón el de los cantares*, que todos esos nombres tiene mi buen amigo Antonio Trueba.

Dice así el poeta vascongado:

«Gloriosa Vírgen María,
Madre y abogada nuestra,
¡Qué alegre el pueblo cristiano
Tu alumbramiento celebra!»

Pero la ventana se abre, no obstante el frío, y una mujer elegante, joven y hermosa aparece con un niño en brazos.—Indudablemente, la voz infantil del lazarillo, destacándose sobre la de los ciegos, ha excitado la compasión de aquella tierna madre.

El angel que ésta lleva en los brazos arroja

una moneda de oro á aquel hermano suyo que tirita descalzo sobre las heladas piedras de la calle, y todos sus Compañeros del cielo entonan un salmo al Dios de la Caridad.

¡Ah! sí... en este sacrosanto día nadie niega una limosna á su prójimo.—Por eso añade *el ciego que ve:*

«Lo mismo en la humilde choza
Que en la morada soberbia,
Blancas espirales de humo
Hacia los cielos es elevan.
Son el tributo de gracias
Que dan á la Providencia
Los animados hogares
En que la abundancia reina:
Que el pobre tiene esta noche
Gracia de Dios en su mesa.

V.

¡Noche bendita!—La paz y la unión reinan en el hogar doméstico. El estudiante, el sirviente, el militar, el marino, el empleado, el que trabaja en las minas, el dependiente de comercio, todos los que fuera de su casa mojan el pan cotidiano con el sudor de su rostro, procuran obtener licencia para pasar esta noche al lado de sus padres, tutores ó padrinos. Por otra parte, los yernos olvidan desavenencias de familia y llevan á su mujer á la casa de donde la sacaron. Háblanse los hermanos

mal avenidos: reconcílianse los matrimonios casi disueltos: quién deja los vicios de todo el año; quién sus diversiones favoritas; quién la acostumbrada tertulia; quién á su novia; quién sus amores ilegítimos; y todos se reunen en la casa patriarcal.—Es una velada de santas memorias, en que se recuerda á los hijos que se llevó la muerte. Es una velada de esperanzas lisonjeras, en que se forman proyectos acerca del porvenir de los niños.—Desándanse las edades; recuérdanse las generaciones pasadas; cada cual conmemora todas y cada una de las *Noche-buenas* de su vida: éste refiere el peligro en que se encontró tal ó cual 24 de Diciembre; aquél la amarga soledad en que pasó alguna vez aquellas solemnes horas, á la presente tan felices: cantan los niños sencillas y tiernas coplas: rien los padres tristes, y hablan los taciturnos: bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver un rayo del antiguo amor en los ojos del extraviado marido: suspira la enamorada doncella, porque esta noche no hablará con su novio, y trata de inclinar á la familia á que vaya á la *Misa del Gallo*, donde sabe que él la aguarda; y, en tanto, los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida ajena, medio se consuelan de haberlo perdido ya todo, al verse reproducidos en sus hijos y en sus nietos.—Y es que acaso vislum-

bran en aquél instante la idea de la solidaridad humana, de la mancomunidad de nuestros destinos, de la misteriosa unidad de esta peregrinación que cumplen las generaciones sobre la tierra...—¿Quién sabe?

Con tan altos y nobles pensamientos, siéntanse hoy á un banquete de amor todas las *familias* dignas de tal nombre.—¡Desgraciados los que no conocen estas santas alegrías! ¡Más desgraciados aún los que reniegan de ellas!

VI.

Bosquejemos el último cuadro, tal y como yo lo trazaría, si fuera pintor.

Ha dado la una y media de la noche.

Ya es tarde para ir á la *Misa del Gallo*, y, aunque no lo fuera, acontecería lo mismo; pues todo el mundo duerme en casa de Juan Fernández, pollero, natural y vecino de Madrid, que vive en la Cava Baja; y, además, allí no hay muchacha casadera ni no casadera, sino tres *guerreros* como tres soles, de los cuales el mayor está ya en el *musa musæ*.

La madre de Juan Fernández y el padre de su mujer (únicos abuelos qne quedan, pues los otros dos pasaron á mejor vida del modo y forma que ya se ha referido dos ó tres veces

durante la velada) fueron acostados hace media hora en las mejores camas allí disponibles, por no ser cosa de que regresasen á sus casas tan á deshora y en una noche de Diciembre, á la edad de setenta años por cabeza.—Y ¡vive Dios que los dos carcamales iban alegrillos al entrar en su respectiva alcoba, disputando jocosamente sobre quién había bebido más ó menos, después de haber corrido otro bromazo acerca de si sería mejor que durmieran juntos, á lo cual fingía prestarse la vieja y se había resistido con mucha gracia el viejo...!

Joaquina, la pollera, que se levantó esta mañana al amanecer, y que ha trabajado todo el día y toda la noche como una leona, se ha dormido junto á la apagada chimenea, esperando á que su esposo termine los discursos y libaciones que recomenzó después de acostar á los dos consuegros... Pero Juan Fernández, vencido por el moscatel, el pardillo y el Arganda, acaba de dormirse también, apoyado de codos sobre la mesa (todavía cubierta de restos del banquete) y con la cabeza metida entre las manos.

Los chicos, en fín, hartos de merodear en el ya desierto campo de batalla, y llenos el estómago, los bolsillos y las manos, de todo linaje de golosinas, han acabado asimismo por dormirse, el menor sobre la falda de la madre,

el de en medio sobre dos sillas, y el mayor sobre tres.

Sólo velan un gato y un ratón. El gato campa por su respeto encima de la mesa, y se come las sobras del besugo y del mazapán. El ratón se contenta con las migajas del suelo. Es decir, que Dios ha dado para todos, y la paz ha nacido de la abundancia. El gato oye roer al ratón, sin pensar en comérselo; y el ratón oye comer al gato, sin pensar en emprender la fuga... ¡Esta noche es *Noche-buena!*

VII.

Concluyamos.

¡Ved las tres generaciones de siempre! ¡Vedlas dormidas bajo la salvaguardia de su fé!—El tiempo pasa con las agujas del horario, descontando instantes á los que llegan al mundo, á los que viven en él y á los que van de retirada... ¡No importa! ¡El numen protector del género humano tiende sus alas sobre la familia, y el recóndito misterio de esta nuestra vida terrenal, cuyo objeto no se nos alcanza, se cumple en la mente del Eterno!

Entretanto, en las tinieblas de la noche, en la soledad de los campos, en los desiertos caminos (pues á esta hora nadie que Dios ben-

diga transita por ellos), cánticos de júbilo y alborozo extremecen los aires, y mil y mil voces repiten, al són de acordadas liras:—«*¡Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!*»

Madrid, 1858.

MAYO.

MAYO.

I.

ALEGORÍAS.

«Marzo airoso y Abril lluvioso, sacan á Mayo florido y hermoso.»

Estamos, pues, en pleno Mayo. *Floreal* lo llamaron los Convencionales franceses. Y en efecto, Mayo es el verdadero, el genuino *mes de las flores*, mal que les pese á los panegiristas de Marzo y Abril.

¿Qué importa que la Primavera comience en Marzo? ¡La Primavera de Marzo, á pesar del Equinocio y de la Medicina legal, no pasa de ser una mocosa de doce años, zanquilarga, flacucha, de brazos como palillos de tamborilero, y de talle desgarbado y enjuto, al modo de rama inverniza en que apenas se han hinchado algunas yemas!—Y, en cuanto á la Primavera de Abril, viene á ser á lo sumo una polla de quince, recien puesta de largo (y no sin motivo); pero encogida y recelosa todavía,

como las plantas que no se atreven á decir «*¡allá voy!*», por temor á que vuelvan las escarchas y los hielos....

¡Cuán otra es la Primavera de Mayo!—La Primavera de Mayo es una mujer... ¿qué digo una mujer? ¡es una diosa, es una ninfa; es todas las ninfas juntas; es una Primavera de veinte años!—Mirad. ¡Todo el campo es orégano! ¡Todo ha germinado; todo ha florecido: y, como si las flores no bastasen á la felicidad de la buena moza, hay hasta frutos en algunas matas y en algunos árboles!—Hay, por ejemplo, fresas (esos capullos comestibles); y, no sólo fresas, sino fresones, que es más. Y hay cerezas de color de labios; y jugosos albaricoques que están diciendo *comedme;* y unos manojos de espárragos, semejantes á manojos de pinceles, con los cuales se hacen primores á la aguada, al óleo y al vinagre.

Dicho se está que todo esto varía según las latitudes. Tetuán, Nápoles y Málaga cosechan flores campesinas desde mediados de Enero, mientras que en Inglaterra, en Dinamarca y en Rusia no corre la sávia hasta mucho después de proclamada oficialmente la Primavera en la Eclíptica y en el Calendario.—La altura barométrica es también causa determinante de estos fenómenos, y así vemos que en las cumbres de algunas montañas reina todavía el In-

vierno cuando en los valles contiguos es ya casi Verano.—Pero tales inexactitudes y faltas de formalidad, no afectan nunca á Mayo, sino á los mencionados Marzo y Abril, y áun á Febrero y Enero.—Ni ¿qué mucho? ¿Acaso no hay en América y en Asia mujeres núbiles de doce, de once y hasta de diez años? ¿No las hay en Suecia y Noruega, vestidas de corto á los diez y siete, saltando á la comba ó jugando al corro en los paseos públicos, é incapaces de Sacramentos, como el otro que dijo? —¡Pues lo mismo acontece con las plantas!

Repetimos que nada de esto ocurre en Mayo.—Mayo es Mayo en todas partes. En Mayo ¡hasta las piedras, hasta los hielos verdeguean, ó florecen sin verdeguear!—Sí, señor: las duras peñas lucen este mes renovados musgos, ó, cuando menos, un líquen llamado *geográfico*, primer grado de la vegetación: y, en cuanto á los hielos, y á la misma nieve, producen en las regiones polares ciertos fresales amarillentos y líquines incoloros que sólo se nutren del aire, ó sea del aliento vivificante de Flora, como los camaleones y los verdaderos poetas.

Algún partidario de la Primavera de Junio (dado que los hubiese) podría atajarnos aquí, diciéndonos que también Mayo tiene sus revoluciones, por resultas de las cuales *algunos*

años se comen las cerezas á la lumbre.—Es muy cierto; pero, en primer lugar, nótese que *se comen cerezas* (prueba evidente de que las hay), y, en segundo lugar, la anomalía á que ese proverbio se refiere consiste en que *cuando Marzo matea, Mayo marzea,* refrán que enseña que la excesiva precocidad es tan morbosa para los vegetales como para los humanos.

«Flores de almendro,
Que brotaron temprano,
Se helaron presto...»

dijo hace años Antonio Trueba...; y ya había dicho el Glocester de Shakespeare, señalando á sus sobrinos:—«Estos niños tan precoces viven poco...»—Verdad es que aquellos niños no se murieron, sino que fueron asesinados por su bárbaro tío; pero, con todo, bueno será que vuestros hijos y sobrinos no *mateen* en Marzo, á fín de que en Mayo no *marzeen* hasta el punto de tener que tomar aceite de hígado de bacalao, jarabe de pino marítimo y sopa de rabo de buey.

Para concluir con la parte alegórica, dirémos ahora que Griegos y Romanos pintaban á Mayo como un hombre hecho y derecho, vestido con ancha túnica de larguísimas mangas, el cual tenía en una mano un canastillo lleno de flores, y en la otra una flor que se

llevaba á la nariz, en tanto que á sus piés hacía la rueda un pavo real, símbolo de la variedad de colores con que la Primavera esmalta los campos.—Después fué costumbre ponerle á nuestro protagonista un vestido verde rameado de flores, un ramillete en una mano, y en la otra el signo de *Géminis*, representado por los gemelos Cástor y Polux.

Salvo el debido respeto á la Mitología helénica, convengamos en que ambos trajes son de pésimo gusto. Con el moderno, ó sea con el vestido verde y los dos mellizos en brazos, el pobre Mes de las flores más parece una ama de cría que un Dios; y, con la túnica de las mangas perdidas, el canastillo y la flor cerca de la nariz, nos recuerda á los afeminados judíos que venden católicos dátiles de Elche diciendo que son de Berbería.

Indudablemente, los grandes artistas de la antigüedad pagana no eran tan felices para vestir á sus heroes como para desnudarlos. Y es que cada arte tiene su esfera peculiar de acción. Las ropas se han hecho para la Pintura, y *el desnudo* para la Escultura. El Apolo de Belvedere, la Venus de Médicis, el Hércules Farnesio, el célebre *Torso* debido á Fídias, y singularmente la parte desnuda de la hermosísima Venus de Milo, valen más que todos los pliegues y partidos de paños habidos

y por haber. ¡Y cuenta que nadie ha podido aventajar á aquellos sublimes escultores en la graciosa sencillez y noble sobriedad de líneas con que dibujaban las ropas! Pero ¿qué valen estas ropas, comparadas con lo que procuran, no *tapar*, sino *acusar?*

Desnudemos, pues, nosotros á Mayo, por vía de reparación, y presentémoslo en público con su belleza natural y propia; ó, por mejor decir, olvidemos un momento las *Metamórfosis* de Ovidio para acordarnos de las *Geórgicas* de Virgilio: prescindamos de las ficciones del Arte, y admiremos las verdades de la Naturaleza.

II.

AGRICULTURA, VITICULTURA, APICULTURA, ETC., ETC.

En Mayo, los animales más ilustres (el caballo, el jumento, el buey, etc., etc.) dejan su acostumbrado pienso, y toman á todo pasto forraje verde: lo mismísimo que las personas del Mediodía de España, para quienes principian también en este mes las grandes ensaladas y los gazpachos.

Item.—«Salen de su cuidado las vacas más tardías, y se puede ordeñar á las tempranas, *sin consideración alguna á los terneros...*» (dicen

textualmente los autores que tenemos á la vista).—Y, á la verdad, las amas montañesas hacen lo propio, según consta de la siguiente imprecación que les dirigimos al visitar su tierra:

¡Oh cálculo ruín! ¡Sólo provecho
Buscando en el amor, franco de porte
Abren á estos gaznápiros el lecho,
Y, sin que el hijo luego les importe,
Anuncian *leche fresca* en el DIARIO
Á las bellas madrastras de la corte!

Mayo es también el tiempo mejor para hacer la manteca y el queso.—En cuanto á la leche, ya sabréis el refrán: «La de Abril para mí: la de Mayo para su amo: la de Junio para ninguno.»

Otrosí: En Mayo se comienza á engordar los cerdos (bien que no á cebarlos todavía...) ¡los cerdos, esas despensas ambulantes!:—se siembran las legumbres de Otoño, ó sea las últimas esperanzas del año; esperanzas feroces, como las del que se casa en terceras nupcias:—se plantan los árboles resinosos, y se recoge la resina de pinos y abetos; es decir, que se les sangra...—como hay que sangrar también á las bestias (*«para evitar que tengan ataques cerebrales,»* dicen los mencionados Autores):—se reconocen las tinajas y las cubas, por medio de la catadera, á ver si el vino se

halla en buen estado, ó necesita azufre:—se limpian y preparan silos y graneros, para encerrar la próxima cosecha de cereales:—celebran sus bodas las abejas nuevas, para quienes, sin este motivo, hubieran sido de miel todas las lunas de su vida;—y, finalmente, se decide en consejo de familia si los becerros han de seguir la carrera de bueyes ó la de toros.

Por lo demás, esta es la época en que las tórtolas no son viudas (¡alguna vez no han de serlo!);—en que las palomas cantan sus mejores duos;—en que las mariposas salen del colegio, y se lanzan al mundo buscando luces en que abrasarse;—en que las moscas reaparecen en nuestras casas, cual si hubiéramos mejorado de fortuna;—en que los cínifes principian á hacernos compañía toda la noche, tocando el octavin para que no nos durmamos;—y en que otros semovientes, todavía más diminutos, le demuestran al que vive en casa de pupilos aquella gran verdad de que «no hay enemigo pequeño.»

III.

GENEALOGÍA.

Hablemos ahora un poco del abolengo de nuestro heroe.

Mayo es el *Maïus* de los Romanos, y llamábase así (á juicio de Ovidio, Ausonio y otros peritos) por ser el mes consagrado á los viejos (*majores*).

Otros aseguran que el nombre de *Mayo* proviene de *Maia*, ó *Maya*, una de las Pléyades, hija natural de Atlas y de Pleyone, barragana de Júpiter y madre de Mercurio.

El que quiera honra que la gane. Nosotros hemos tenido que dar tantas señas para que no se confunda á esa *Maia* con otra cuya condición y atribuciones eran también aplicables á la Primavera.—Aludimos á la *Maia* ó *Maya* de la mitología india; diosa casada alternativamente (según los Vedas) unas veces con Brama y otras con Siva (que el Registro civil de los dioses falsos no está muy claro en ningún pueblo), de la cual dice uno de sus biógrafos estas peregrinas especies:—«*Maya* es la Naturaleza divinizada; la madre universal de todos los séres; el principio fecundador femenino y pasivo; y, como el mundo no es más que apariencia é ilusión, *Maya*, madre del mundo, es también la madre de las ilusiones, ó la Ilusión personificada.»

Convengamos en que un filósofo alemán de nuestros días no se hubiera explicado con más claridad ni con mayor frescura.—*¡Nihil novum sub sole...*, ni *super solem!*

Demás de esto, Mayo es el *Zif*, *Ydar* ó *Yiar* de los Hebreos,—el *Djiaichtha* del Año Indio,—el *Pachón* ó Hércules de los Egipcios (que principiaba el 20 de nuestro Abril, como el *Floreal* de la Convención),—el *Beschanschs* de los Cophtos cristianos de Egipto,—el *Scharir-Mah* de los Persas,—el *Sene* de Etíopes y Abisinios,—el *Dsjummada-el-aual* árabe y turco,—el *Hermeus* (ó deMercurio) del Año Beocio,—el *Aphrodisius* (ó de Vénus) del Año Bitinio,—el *Artemisius* (ó de Diana) del Año Lacedemonio y Macedón,—el *Apogonius* del Año de Chipre y Pafos,—y el *Thargelion* del Año Atico, ó Griego por excelencia.—Así resulta de nuestros libros, que no sabemos si estarán equivocados.

A proposito del Atica:—Los *Fastos* de Mayo en aquél pueblo eran, entre otros, los siguientes:

Dia 1.º—Fiestas de la Luna nueva.—Sacrificio á Hécate.

Dia 2.—Nacimiento de Apolo.

Dia 3.—Nacimiento de Diana.

Dia 8.—Fiesta de Teseo.

Dias 22, 23 y 24.—Sesiones del Areópago.

¡Es decir, que el mundo ha sido siempre el mismo!

Finalmente: en la antigua Roma, el 11 de Mayo estaba comprendido entre los *Días Ne-*

fastos, y era considerado como de mal agüero para casarse...

¡Mucho ojo!

IV.

EL MAYO ESPAÑOL.

Conque vengamos ya á nuestro mundo, á nuestro tiempo, á nuestra patria, á nuestra religión.

Mayo es el mes triunfal de España.

Empecemos porque todo él «está dedicado á María, como Madre del Amor hermoso y Reina de todos los Santos.» (Palabras textuales del *Año Cristiano*.)

¡Y á fé que da gloria ver nuestras iglesias, desde la más chica hasta la más grande, adornadas de blanco y azul y llenas de flores, para celebrar el *Mes de María*, ó las *Flores de María*, poéticos nombres de tan dulce festividad!

Pero donde hay que admirar especialmente este culto es en el hogar doméstico.—En cada casa hay un altarito, erigido sobre una mesa, sobre una cómoda ó sobre un arca, por la madre de familias, y adornado diariamente con flores frescas, que el marido compra en la calle de Sevilla ó en la plazuela de Santana, aunque sea brigadier de caballería ó ministro del Tribunal Supremo.—Llegada la hora de

la función (que generalmente es de tres á cuatro de la tarde), la señora de la casa oficia como sacerdote: los hijos y las hijas sirven de diácono, subdiácono y acólitos: las criadas hacen de fieles: el criado de canicularío: el ama de cría, en su calidad de señora de vidas y haciendas, preside el coro á guisa de deán ó de obispo.—Todos y todas hablan en latín siempre que lo marca el Ritual.—Cuando vuelve el esposo (que ha cumplido con llevar las flores, y no ha asistido á la función), la casa huele á cera y áun á incienso: los niños han dado mejor día á su madre: las criadas no han reñido entre sí, y hasta el mismo Canicularío ha hablado bien del Gobierno.—En fín, toda la casa, y particularísimamente la piadosa mujer que ejerce en ella el cargo de sacerdotisa de la Virgen, respiran santidad, paz y alegría.—¡Gratos é inocentes regocijos! ¡Muchos de ellos nos dé Dios en nuestros hogares! ¡Muchos le proporcione á nuestro pueblo! ¡Muchos á nuestra alma!

Además de esta fiesta, que dura todo el mes, hay en Mayo varias otras.

Verbigracia: El dia 1.º es *San Felipe y Santiago*, fecha en que los vencejos y aviones entran en Andalucía en busca de sus nidos del año anterior, situados por lo regular debajo de las canales de los tejados.—No confundáis

á estos pájaros tristes y feroces con las santas é inviolables golondrinas. Respetadlos, sin embargo; pues no se alimentan ni de trigo ni de fruta, sino exclusivamente de dañinos insectos que andan por el aire.—Los vencejos no bajan nunca á la tierra; no pueden; les falta fuerza propia para remontarse de nuevo; se parecen á los favoritos á quienes se dan *muchas alas*, los cuales, el día que vienen á tierra, tienen que morirse en un rincón sin poder hacer nada por sí mismos.

El 2 de Mayo... (su nombre lo dice) es el Dos de Mayo, el gran día histórico de Madrid. —«*Luto de córte*» reza el Almanaque.—¡Si!... pero el luto debe ser mayor en Francia. El 2 de Mayo de 1808 le costó á Napoleón el Imperio, y claramente lo veía y lo decía él en Santa-Elena. Daoiz y Velarde dieron á España la señal del heroismo, y España se la trasmitió á Europa. Nuestros padres demostraron al mundo que el Coloso era vencible: Bailén fué anterior á Leipsik: Zaragoza sirvió de ejemplo á Moscou.

Pues ¿qué diremos de Murat, del Aquiles de Francia?—¡Siete años después del horrendo crimen que manchó su brillante historia en las calles de Madrid; siete años después, día por día, hora por hora, el 2 de Mayo de 1815, perdió su última batalla, la batalla de Tolentino,

y á los pocos meses, el que desde hijo de un posadero había llegado hasta Rey de Nápoles, murió fusilado en la mayor soledad y abandono, como feroz bandolero cuya cabeza ha sido pregonada!

De otro día glorioso para España es aniversario el 2 de Mayo.—En 1866 nuestra Marina demostró al mundo que los heroes de Trafalgar habían dejado dignos herederos, y que no siempre la fortuna niega al valor la palma de la victoria.—Mendez Nuñez en *El Callao* es una de las figuras más grandes y más hermosas de los anales patrios, y, no sólo él, sino todos sus ilustres compañeros de aquél día, ganaron allí un puesto que nadie podrá disputarles en el templo de la inmortalidad.

Pero sigamos nuestra humilde enumeración de las fiestas de Mayo, dejando la trompa épica para cuando escribamos en verso.

El día 3 es la *Invención de la Santa Cruz*, ó sea la *Cruz de Mayo*, como la llama el vulgo. —Los altares que ponen todos los niños de España, desde el hijo del prócer hasta el hijo del portero, desde la campesina que vive en humilde cortijada hasta la heredera del duque que habita en Madrid palacio suntuoso:—las buenas mozas que en lugares y aldeas se visten todavía de *Mayas*, ó Reinas, para presidir desde lo alto de una mesa, convertida en vistosísimo

trono, el baile y jaleo de tal ó cual *Cruz*, donde hay cada borrachera y cada puñalada que canta el misterio:—la nube de niñas, muy lavadas y peinadas, cada cual con su bandejita en la mano y su rosa detras de la oreja, que encontrais en todas partes, en la escalera, en la portería, en la acera, en el arroyo, en el paseo, en el camino real, haciéndoos reir y sacándoos el dinero con aquellas vocecitas de angel, con aquellos discursos, con aquellas monadas y con aquél enredarse en vuestras piernas hasta no dejaros dar un paso:—todo esto, y el origen de tales costumbres, y el grado de solemnidad á que llegó la cosa en los siglos XVI y XVII, y las señales de ello que se advierten en nuestra literatura de aquella época, nos darían asunto para escribir muchas páginas, si dispusiéramos de lugar para tanto. No siendo así, os remitimos á la preciosa comedia de nuestro contemporáneo Antonio Hurtado, titulada *La Maya;* comedia que parece escrita por Rojas, y donde encontraréis un artístico resumen de todo lo concerniente á este popularísimo día.

El 15 es *San Isidro Labrador*, patrón de Madrid, y *San Torcuato*, patrón de Guadix.—Dejamos para mejor ocasión la pintura de las fiestas de nuestro pueblo natal; y, en cuanto á las de Madrid, sólo diremos, por vía de in-

dice, que el día de San Isidro es el día de la *pradera*, del *cerro*, de los *frasquetes*, de las *rosquillas*, del *peleón*, de las *mantillas blancas*, de los *toros*, de las *acacias*, de lo que resta de *manolos* y *manolas*, de los grandes *trenes á la calesera*, de la *nobleza* revuelta con el *pueblo*, y de los *corchetes* aporreados á mansalva: el *día de Goya*, en fín, y esto lo dice todo.

El 22 *Santa Rita de Casia*, abogada de los *imposibles*. (¡Según sean estos; pues á Wherther no lo hubiera patrocinado la Santa!)—Novenas matutinas en Andalucía, para ir á las cuales estrenan las muchachas casaderas sus vestidos veraniegos, procurando agradar á los jóvenes de proporciones, sin miedo alguno á que éstos les hagan luego padecer los variados tormentos que padeció Santa Rita bajo el poder de su marido.

Pocos días antes ó pocos días después, pero siempre un jueves de Mayo, la *Ascensión del Señor*,—Misa de hora.—Se van acabando los *cumplimientos de Iglesia*...

—¡Mira, hombre, que es menester que vayas á confesar!...

—Mujer, descuida; que queda tiempo.

—No queda: del domingo en ocho dias es Pascua florida.

—Bueno, mujer... ¡iré!

—¡Pero que lo confieses todo!...

—Todo.

—Y que me traigas la cédula de comunión...

—Traeré la cédula.

—Y que sepa yo luego cuánta penitencia te han echado...

—Lo sabrás.

—Y que hagas propósito de la enmienda...

—Lo haré.

—Y que cumplas la penitencia y el propósito...

—¡Todo lo cumpliré, Josefa; no tengas cuidado: pero hazme el favor de no referir á nadie ninguna de estas cosas, pues diría la gen- que me tratas como á un doctrino!

Dia 30: *San Fernando.*—Grandes suspiros y lamentaciones en casa de los antiguos covachuelistas, que echan de menos el memorable reinado del Señor Don Fernando VII.

Dia 31.—«Aniversario por las almas de los que han fallecido (lo copiamos literalmente de un Calendario progresista) en la gloriosa lucha de la Libertad contra la tiranía.»

Y pare V. de contar. Se acabó el mes.—Sin embargo, debemos advertir que áun comprende otras muchas funciones de Iglesia, sobre todo *Letanías*, ó rogativas, entre las cuales hay una (la lauretana, ó de la Vírgen) que es lástima no esté en castellano, pues ningún corazón piadoso la oiría sin profunda emoción.

Aquellos requiebros á María (Estrella de la mañana, Rosa mística, Puerta del cielo, Torre de David, Casa de oro, etc., etc.), componen un ramo de flores más frescas y olorosas que todas las de los verjeles de Mayo.

En resumen: áun después de suprimida por N. S. P. Pío IX, á petición del partido moderado (*suum cuique*), la mitad de los días de Misa que tenía el año en España, son tantas las funciones de iglesia de este mes, que todavía puede decirse aquello de *Mayo mangonero, pon la rueca en el humero*; refrán antiguo que censuraba las muchas *mangas* de parroquia que salían á la calle en Mayo, y el poco tiempo que les quedaba á las mujeres para hilar.

V.

MESA REVUELTA.

Podríamos hablar ahora de los *Campos de Mayo*, ó grandes Asambleas guerrero-político-religiosas que celebraban este mes los antiguos Francos;—de cómo la dinastía napoleónica las ha plagiado luego en el Campo de Marte y en los campamentos de Chalons;—de los célebres *Cuadros de Mayo* que, durante mu-

chos siglos, presentaron los plateros de París en la catedral de *Nôtre-Dame*;—del *Arbol de Mayo* ó el *Mayo* á secas (*arbor majalis*), que se planta todavía á la puerta de la casa de las doncellas á quienes se quiere agasajar, adornándolo con cintas, flores, dulces y otros obsequios:—y de cómo Napoleón el Único falleció el 5 *de Mayo*, título de la famosísima Oda de Manzoni...

Diríamos también (para que esta dozaba parte del presente Calendario fuese completa) á qué hora sale y se pone el sol cada día del mes de Mayo;—y por qué es Apolo su Dios tulelar;—y qué significa la frase de *Sol en Géminis*;—y qué noticias tenemos los humanos acerca de la Constelación de Géminis, ó cuando menos de las dos magníficas estrellas *Cástor* y *Polux;*—después de lo cual terminariamos participándoos que, en nuestro planeta, el dia 1.º de Mayo hay *feria* en Coria y otros puntos; el día 2 en Santiago de Galloso; el día 3, en Verín; el 4, en Puerto Real; el 5, en el Barco de Avila, etc., etc., etc.

Pero todo esto fuera cuento de nunca acabar y precisamente nosotros tememos *abutere patientia vestra*.—Vamos, pues, á concluir á todo trance.

Are quien aró, que ya Mayo entró, dicen los labradores diligentes.—*Abril y Mayo componen*

el año, exclaman los holgazanes.—*Mayo hortelano* (lluvioso), *mucha paja y poco grano*, añaden los pesimistas...—Nosotros echamos por medio, y decimos: ¡Bendito sea Mayo!

¡Bendito sea Mayo, sí! Él da juntamente alfalfa á los irracionales; espárragos y otras hierbas á los hombres; flores y suspiros á las mujeres; flores y cánticos á la Vírgen!

Durante este próvido mes, hasta en el desheredado Madrid se conoce que la Primavera anda por el mundo.—Todos los balcones están llenos de floridas macetas.—Las codornices y las perdices se pasan la noche asomadas á ellos, contándose á voces, como buenas vecinas, toda su vida y milagros. Los románticos ruiseñores entonan entre tanto serenatas á la Luna en los bosques del buen Retiro. Las ranas del Manzanares repiten las mil conversaciones escandalosas que durante el día han oido á las lavanderas. Y el grillo de á dos cuartos, archivado en una caja que tuvo fósforos, arrulla el sueño del infelíz pretendiente sin esperanzas, haciéndole creer que aquella buhardilla es la rústica aldea de donde nunca debió salir...

Desde el día 1.° está abierto al público el paseo de los tristes, el *Jardín Botánico*, por cuyas solitarias calles de árboles de otros climas se ven pasear preciosos niños vestidos de

luto, que no van acompañados de sus padres, sino de sus afligidos abuelos.—En la *Fuente de Apolo*, en el *Parterre* y en *Recoletos* juegan entre tanto, á la vista de sus padres, los niños vestidos de blanco y azul, asemejándose en todo á las mariposas que persiguen.—Otras mariposas mayores, rota ya la crisálida de los abrigos de terciopelo y pieles, cruzan al mismo tiempo el espacio en carretela descubierta, pero con rapidez suma, como para librarse de los impertinentes flechazos de sus adoradores de la clase media de á pié.

Madrugan por su parte las hechiceras cursis en estado honesto, y lavan y planchan el vaporoso vestido de indiana con que á la tarde, entre dos luces, han de parecer ladys ó princesas en el salón... del Prado. No hay, pues, estudiante suspenso que no se crea este mes un D. Juan Tenorio, ni modistilla que no se considere una heroína de novela.—Nadie tiene frío: todos tienen flores: todos aman y son amados: todos oyen música gratis en las cercanías de los Circos: todos van elegantes á poca costa: todos se dan tal vida, que sólo les falta un poco de dinero para ser ricos, ó un poco de paciencia cristiana para ser dichosos.

¡Oh, sí! Mayo es la felicidad: Mayo es la juventud: Mayo es el amor: Mayo es la bara-

tura: Mayo es la libertad de todos y de todo.
—¡Bendito sea Mayo!

. . . . . .

. . . . . .

Ultima hora y último refrán:

«Hasta 40 de Mayo no te quites el sayo.»

Madrid, 1878.

DESCUBRIMIENTO

Y PASO DEL CABO DE BUENA-ESPERANZA.

DESCUBRIMIENTO

Y PASO DEL CABO DE BUENA ESPERANZA.

I.

Si grandes y extraordinarias empresas registra la Historia, en que dé algún pueblo repetidos testimonios de valor y constancia, preferente lugar ocupa entre ellas la que sirve de título y asunto á la presente relación (1).

Cabe á Portugal, y exclusivamente á Portugal, la indisputable gloria de haber acometido y llevado á cabo tan colosal proyecto. Solo, y sin auxilio alguno extraño, ese pueblo hermano de España luchó con los elementos,

---

(1) Este opúsculo fué mi primer trabajo literario en prosa. Se publicó cuando tenía yo diez y siete ó diez y ocho años; pero lo escribí á los quince. Léase, pues, con indulgencia. Lo inserto en la presente coleccion, y lo he insertado en otras, por invencible cariño al primer fruto de esta pluma, ya tan cansada, á que debo cuanto soy y haya de ser en la vida.—Nota del Autor.

con la escasez de recursos, con la ignorancia y las preocupaciones de la época, con mil otros peligros y contratiempos que le suscitaron las razas salvajes, con cuanto la naturaleza y la perversión humana pueden oponer de temible ó amargo á la tenaz voluntad del genio, hasta que al fín, después de *setenta y ocho años* de afanes y sufrimientos indecibles, vió coronada su obra con el éxito más venturoso.

Enarrar sumariamente esa larga y penosa cruzada; recorrer esos *setenta y ocho años* de un trabajo porfiado y lento, cuanto heróico y sembrado de peregrinas aventuras; seguir el gran *descubrimiento* paso á paso, y enaltecer á sus héroes uno por uno; he aquí la tarea que nos proponemos llenar.

La Historia, que no puede menos de ver estos sucesos *al por mayor* (y permítasenos la frase), se contenta casi siempre con citar á *Bartolomé Diaz y Vasco de Gama* como á los únicos protagonistas de ese poema de un siglo; y la Poesía, la musa del Tajo, la lira de Camoens, ha acumulado sobre el último y el más felíz de aquél millar de ilustres aventureros toda la prez del resultado.

Hacer justicia á los humildes; redimir del olvido á algunos heroes oscuros; rebajar la importancia monopolizadora de ciertos nombres, ó levantar hasta ellos el nivel de toda una ge-

neración, que no les cedía en fé, tenacidad y denuedo: tal es el espíritu qne nos anima.

II.

Sabido es que un error de cálculo llevó á Colón á descubrir el Nuevo Mundo, del que ni aun sospechaba la existencia. Colón, persuadido firmemente de que la tierra era redonda, buscaba las costas orientales de la India en los límites occidentales del Océano Atlántico. Ahora bien; la idea de encontrar un camino marítimo para la India no nació en la mente del marino genovés, sino que tenía un origen muy antiguo, y estaba encarnada, por decirlo así, en todos los matemáticos del siglo xv.

La India, cuna quizá de la civilización del globo, no conocida por las naciones de Occidente hasta los tiempos de Alejandro, que la invadió por tierra en alas de la conquista, excitó siempre la codicia de Europa, que encontraba en ella cuantos tesoros ha producido la naturaleza. Diamantes, perlas, coral, oro, marfíl, delicadas especias, vistosos tintes, plumas, pieles, medicamentos, ricas maderas, sabrosos frutos, todo lo prodigaba esta parte privilegiada de la tierra, todo estaba allí al alcance de la mano, todo ofrecía esplendor al lujo,

adelanto á las ciencias, ganancias fabulosas al comercio, campo ilimitado á la industria, pasto de la curiosidad.

Pero, en cambio, era sumamente difícil á los europeos la adquisición de tales maravillas, en atención á las duras molestias, grandes peligros y enormes gastos que costaban á los mercaderes de Occidente sus rarísimos viajes á aquella fabulosa región.

Estos podían hacerse de dos maneras. Por tierra, siguiendo los caminos que la experiencia había demostrado ser más cortos y seguros (pues la Geografía no había determinado aún, ni remotamente, la extensión y los límites de aquellas naciones), y por mar, del mismo modo que hoy se hacen, ó sea mediante una navegación en dos secciones, separadas por el istmo de Suez.

Las dificultades de cualquiera de estos dos sistemas eran infinitas. Para hacer el viaje por tierra, en mulas, caballos ó asnos, únicos medios de que entonces podían disponer los expedicionarios, tenían estos que atravesar los montes mayores del Continente; ya los Alpes, ya los Carpacios; unos los Urales, otros el Cáucaso, y casi todos las cordilleras derivadas del Thibet. En estas peregrinaciones de ochocientas, de mil y de más leguas, al través de tantos pueblos bárbaros, había que luchar con

la falta de caminos, con la escasez de agua, con los bandidos y con las fieras. ¡La imaginación se espanta á la mera enunciación de tantos contratiempos!—Y para hacer el viaje por mar, era preciso cruzar el Mediterráneo hasta el Cairo, dejar allí las naves, pasar á pié el istmo, disponer de otras naves en Suez, é ir luego costeando penosamente por los tempestuosos litorales del golfo Arábigo y del golfo Pérsico, cuyos montes no osaban perder de vista, temerosos de extraviarse en el vasto Océano índico, que les era desconocido. De vuelta con las mercancías, érales necesario, al llegar al istmo, vencer las mismas dificultades (mayores entonces por tener que trasportar el cargamento en caballerías al través de un desierto de veinte leguas), lo cual daba por resultado que el comercio se hacía al por menor, ó sea acarreando escasa cantidad de géneros, y con todos los gastos y mayores riesgos que hoy lo realiza la más importante compañía inglesa.—Desaparecían, pues, por ambos medios todas las ventajas materiales del tráfico de Europa con la India.

Uno era, por consiguiente, el problema que se agitaba en la cabeza de geógrafos y viajeros: ó romper el istmo de Suez, ó buscar otro camino marítimo para el Oriente.

III.

Del rompimiento del istmo de Suez, dorado sueño de cuantos surcaban en la antigüedad la extensión de los mares, no creemos oportuno ocuparnos en esta memoria. Solo consignaremos que, durante el siglo xv, época de Titanes, en que se acometieron las más temerarias empresas, y se dió por primera vez la vuelta al globo que habitamos, no cruzó por ninguna imaginación la idea de romper el istmo de Suez, ó si cruzó, fué rechazada como un absurdo.

A los sábios de entonces, como más tarde á Napoleón I, los retrajo de semejante empresa el fracaso del canal proyectado por los Faraones y del cual se conservan vestigios entre un océano de arena.

Segun parece, este dorado sueño va á convertirse en nuestro siglo en una brillante realidad, que pedimos á Dios nos permita ver...

Pero aquí sólo nos toca hablar de lo que se hizo entonces por los valerosos portugueses.

Entremos, pues, en nuestra relación histórica.

IV.

Muchos años antes del nacimiento de Cristóbal Colón, que había de buscar más tarde el camino marítimo de la India navegando hácia el Occidente, surgió en la mente de un joven sin gloria, príncipe sin porvenir, hijo sin herencia de un rey de la cristiandad, la idea de hallar aquel camino navegando hacia el Mediodía.

¡Coincidencia sublime! Uno y otro acertaron en sus cálculos; uno y otro hallaron derrotero para la India; y, con pocos años de diferencia, casi al mismo tiempo, cuando ya habían muerto aquellos dos ilustres sábios, entraban en el Océano índico, el barco de Magallanes por la parte de Oceanía, y el buque de Vasco de Gama por la parte de Madagascar! —Pero no adelantemos los sucesos.

Don Enrique de Portugal, duque de Viseo, llamado el *Navegante*, nació en 1394.

Era el quinto de los hijos legítimos de Don Juan I; por lo que, desesperando de ocupar el trono, pensó en labrarse por sí mismo un lugar honroso en su siglo y un nombre en la posteridad.

Desde sus más tiernos años descolló en él una vehemente afición á la náutica, á los via-

jes y á la astronomía, de tal modo que á los veinte y cinco años abandonó las cosas de la guerra (en que había dado pruebas de un valor indómito, como gobernador de Céuta que había sido en tiempo de las luchas con los riffeños), y se retiró á los Algarbes, donde, cerca del cabo de San Vicente, extremo occidental de Europa, en un sitio próximo á Sagres fundó una villa que llamó *Terra Naval*, y que después llevó el nombre de *Villa del Infante*.

Allí, rodeado de los marinos y viajeros más célebres de la época, entregóse al estudio con tal afán y tanto provecho, que muchos lo tuvieron por el primer sábio de su siglo, y hasta hay quien le cree inventor del astrolabio, atribuido por otros á Martín de Bohemia. Pero el gran pensamiento que ocupó siempre su imaginación, y al que consagró toda su vida, fué descubrir el límite meriodional de Africa, y hallar por él un paso para las regiones misteriosas visitadas por Alejandro.

La grandeza de esta idea no puede comprenderse hoy sin tener en consideración que se oponía á los conocimientos de aquél tiempo, en que los mismos sábios aseguraban que el Africa *no tenía término al Mediodía*. De las dos mil ó más leguas que mide de extensión el litoral de aquél Continente por la parte que mira al Atlántico, apenas se conocían doscientas,

y en cuanto á lo demás, la tradición, emanada de algunos viajeros llevados más lejos por los temporales, sostenía que aquella costa se dilataba hasta el infinito, completamente deshabitada, afligida por un sol insoportable, é inaccesible por lo tanto al hombre. Érase, en fín, el tiempo en que seguía válida la especie de San Agustín y otros varones respetabilísimos, sobre que ni había antípodas, ni era posible navegar hacia el Sur, donde colocaban la *Mesa del Sol*, hoy llamada *zona tórrida* (muy semejante, según ellos, á un horno encendido, ó á las cavernas más horribles del infierno); especie que, por otra parte, contaba siglos y siglos de antigüedad, pues viene á ser una variante de la idea que se da sobre la figura de la tierra en los famosos *Vedas* de la India.

Pero D. Enrique, á pesar de no existir aún la imprenta, consiguió hacerse de las obras más acabadas sobre geografía y viajes que había legado á la Edad Media la civilización del mundo antiguo, y, leyéndolas y reflexionando sobre sus páginas, dió con el absurdo palmario de la opinión entonces dominante acerca de la forma de nuestro planeta.

En las historias griegas y romanas leería, por ejemplo, que, habiendo salido Menelao, despues del sitio de Troya, por el estrecho de Gibraltar (entonces de Hércules), navegó tan-

to por el Océano Atlántico, que, sin apartarse nunca del litoral de Africa, llegó á ver salir el sol á su derecha, encontrándose al poco tiempo en el mar Rojo,—prueba evidente de que había dado la vuelta al Continente africano.

En los escritos de Pomponio Mela, hallaría el Infante que Hannon el I, capitán cartaginés, partió desde Cádiz, por orden del Senado, con sesenta pentecontorios (navíos de cincuenta remos), á poblar las ciudades fenicias que se asentaban donde hoy el reino de Marruecos, y que bajó tanto por el Océano, que llegó un día en que los cuerpos de los marineros no trazaron otra sombra sobre cubierta que una línea de pié á pié, á la hora en que el sol se hallaba en el meridiano; señal indudable de que se encontraban en la zona tórrida, y de que los habitantes de las zonas templadas podían soportar los rayos perpendiculares del sol.

Leería en Herodoto, quien ya tenía al Africa por una península del Asia, que Jerjes envió un marino, llamado Setaspes, á que reconociese las costas occidentales de la Libia, y que, cansado este de ver siempre lo mismo después de muchas semanas de navegación, falto de víveres y desesperanzado de hallarle fín á aquél litoral inmenso, tornó á Egipto,

asegurando haber descubierto más de setecientas leguas de costa.

En una historia de la misma nación vería que, dos siglos antes de Jesucristo, hubo un navegante, llamado Eudoxio de Cyzico, el cual, sospechando también que el Océano rodeaba á Africa, pidió á Tolomeo Evergetes II una armada para efectuar aquella prodigiosa vuelta. Verdad es que Estrabón afirma que Tolomeo no accedió á su demanda; mas, en cambio, otros historiadores dicen que llevó á cabo su proyecto.

Pero la prueba irresistible, la que haría aferrarse á D. Enrique en sus conjeturas, era que ese mismo Estrabón consigna en una de sus obras, que Tiberio Nerón encontró en el golfo de Arabia algunos restos de naves españolas. Ahora bien, si el Africa no tenía límites al Sur, ¿por qué mares habían ido hasta allí unas embarcaciones que procedian del extremo occidental de Europa?

Hoy se hubiera podido contestar á aquel ilustre pensador con el cabo Norte de Laponia, los mares samoyedos, el estrecho de Bhering, el Océano Pacífico y el mar de la India, camino que bien pudieron seguir aquellas naves en alas de la tormenta...; pero ¡ah! que esas extensiones del mar y de la tierra estaban aún sumergidas en las tinieblas del caos á los

ojos de Europa,—lo mismo que el Africa, la América y la Oceanía.

Finalmente: en las obras de un rabino navarro, llamado Benjamin de Tudela, que viajó por la Guinea mucho tiempo; en los escritos del célebre barón normando Juan de Bethencourt; en Eratostenes, sabio geógrafo, famoso por sus mapas; en Geminio, en Polibio y otros historiadores de la antigüedad, encontraría indicios de la existencia del paso que se había propuesto descubrir.

Ello es, que nutrido de mil historias, compulsó, tradujo, adivinó, y de todo este trabajo inmenso resultó en él una fé ciega, un firme convencimiento, una voluntad irresistible.

V.

En su virtud, á principios del año de 1416 equipó una pequeña escuadra, que se dió á la vela para el Mediodía, resuelta á no volver á Portugal ó doblar el temido cabo *Non*, situado en frente de las Canarias, y llamado así porque hasta entonces nadie había conseguido pasarlo, á causa de los bajos que lo cercan. —¡Este Cabo era lo último que se había descubierto en aquella costa!

Pero los valientes portugueses, animados de la misme fé que poseía D. Enrique, tomaron

una peligrosa y suprema resolución: apartáronse de tierra hasta perderla de vista; siguieron luego su rumbo al Sur, y cuando calcularon que el Cabo había quedado atrás, se aproximaron de nuevo al Africa.—En efecto, habían triunfado, y se hallaban cincuenta leguas más abajo del inexorable *Non*.

Llenos de alegría, regresaron á Portugal y participaron al Príncipe tan venturosa nueva. Este les dispuso sin pérdida de tiempo otra expedición, en que adelantaron veinte leguas más; pero les sobrevino una *calma*, y, faltos de víveres, tornaron nuevamente á su patria.

Entonces el Príncipe, entusiasmado con estos descubrimientos, confió (1420) una fuerte nave á Juan González Zarco, que pasaba por muy experimentado marino.

Una deshecha borrasca apartó al nuevo expedicionario del litoral de Africa, arrojándole en medio de aquél mar desconocido que se perdía en Occidente; pero ni aun así fué estéril este viaje, pues cuando se aquietó la tormenta, Zarco descubrió una isla desierta, á la que llamó *Porto-Santo*, cuyo territorio le cedió D. Enrique, para que en unión de Bartolomé Trillo y Tristán Bax Tejeira la poblase y le diese cultivo.

Hiciéronlo así, y no pasó mucho tiempo sin que los nuevos colonos divisaran á lo lejos

una sombra como de tierra, á la que aportaron, hallándose con otra isla mucho mayor, también desierta, pero tan poblada de seculares bosques que la llamaron de *la Madera*.

Encomendóles también el infante su población; y como, para labrar algunas tierras, pusiesen fuego al enmarañado bosque que las cubría, duró el incendio siete años.

Ardió toda la isla... ¡Asombroso espectáculo ofrecería de noche al navegante aquél faro inmenso, que surgía de entre las olas, iluminando y enrojeciendo el cielo y el Océano!—Las cenizas de aquella hoguera de cincuenta leguas de circuito abonaron de tal modo el terreno, que hoy *Madera* es uno de los países más feraces del mundo.

Tres años después, cuando D. Enrique repuso algo sus fondos, equipó una carabela y la confió á un marino natural de Lagos, que unos llaman Gil Yañes, otros Giliañes y otros Gil Anés, el cual descubrió el cabo de *Bojador*, si bien no consiguió pasarlo hasta el año siguiente, que volvió en compañía de Alonso Pérez Baldayo.

Saltaron entonces á tierra en una playa que llamaron de los *Rubios*, por los muchos peces de este nombre que vieron en ella; pero, no encontrando gente, regresaron á Portugal á dar cuenta de todo lo ocurrido.

La muerte de D. Juan I suspendió por algunos años estas expediciones; pero en 1435 envió de nuevo el Príncipe á Gil Anés y Alonso Pérez, quienes esta vez avanzaron hasta el 21° latitud N., á cuya altura tomaron tierra.

Allí sí encontraron naturales del país, muy semejantes á los moros de Berbería, y habiendo trabado combate con ellos, salieron mal parados los portugueses.

Con este motivo, y el de la muerte del rey D. Duarte, hermano de D. Enrique y sucesor de D. Juan I, suspendió el Infante unas tentativas que requerían más hombres y más recursos de los que él podía suministrar.

Sin embargo, como no le era posible abandonar aquella empresa á que había consagrado toda su inteligencia y toda su vida, arbitróse penosamente algún dinero, y en el año de 1441 envió á Antonio González y Nuño Tristán á que continuasen los descubrimientos.

Marcharon estos, cada uno en su carabela; y el primero adelantó hasta el cabo que llamó *Caballero*, no pasando el segundo del cabo *Blanco*.

Al año siguiente descubrió Tristán hasta un río que llamó del *Oro*, por el mucho polvo de este metal que en él había; y áun se dice que vió alguna de las islas de *Cabo-Verde*.

Ya por este tiempo empezaban á variar de

objeto la mayor parte de semejantes excursiones: el comercio y las armas iban entrando por algo en ellas, y los portugueses, que las hallaban caballerescas y lucrativas, pidieron y obtuvieron venia del rey para equipar naves y marchar á aquellas regiones á buscar gloria y fortuna.

La más célebre de estas armadas aventureras fué una, compuesta de seis carabelas, tripuladas de hidalgos arruinados; la cual marchó al mando de un tal Lazarote.—No es de este lugar referir los romancescos pormenores de aquella estéril cruzada; pero podemos asegurar que es tarea digna de la pluma de Cervantes.

Siguiendo nosotros nuestra enumeración, diremos que en 1444, Vicente de Lagos y Luís de Cadamostro, noble veneciano, deudo de D. Enrique, llegaron al río *Gambia*; que en Mayo de 1455 partió de nuevo el segundo, con el genovés Antonio Noli, y que en este viaje se hicieron ambos famosos por haber descubierto el archipiélago de *Cabo-Verde* y explorado la costa africana hasta *Cabo-Rojo*.

Nuño Tristán hizo otro viaje en 1456 y descubrió el *Río Grande*, situado á los 10° de latitud N.; desde allí avanzó veinte leguas más hasta otro río, en cuyas márgenes murió á manos de los naturales del país, por lo que el río

tomó su nombre; y en el mismo año Álvaro Fernández corrió otras veinte leguas de costa hasta llegar al cabo de *Santa Ana*.

Hélos en el inmenso golfo de *Guinea*.

Entonces debió de suceder una cosa, sobre la cual nada dicen los autores que nos sirven de guía en estos apuntes, pero que conjetura fácilmente la imaginación.

Sabido es que desde el cabo de Santa Ana dejan las costas de Africa de dirigirse al Mediodía, y que, por espacio de cuatrocientas leguas, se extienden hacia el Oriente: es, por lo tanto, muy presumible que los portugueses, siguiendo su cabotaje, creyeran haber hallado ya el límite meridional de Africa, y esperasen á cada momento ver inclinarse la tierra al Norte, para dar por concluida su tarea.

¡Cuál debió, pues, de ser su asombro, cuando llegaron al río *Manoce*, en frente de la isla de *Fernando Poo*, y vieron que el Africa volvía á extenderse al Sur! ¡Cuánto sería su desaliento el día en que un marino negro, hijo de los desiertos de Benin, les dijera que aún les quedaban dos mil cuatrocientas millas para llegar á la extremidad de aquella península gigante, hija predilenta del sol! ¡Y esto, si no volvieron á la antigua idea de que aquél Continente no tenía límites!

Nada nos dice la Historia acerca de tal cosa:

el único indicio de la profunda impresión que causó en todos los corazones aquella contrariedad, es la muerte de D. Enrique el Navegante, acaecida en 1460.

Al perder la esperanza, perdió la vida.—He aquí el mejor epitafio para ese varón ilustre, honra y gloria del pueblo lusitano.

VI.

BARTOLOMÉ DIAZ.

Pasaron veinte y seis años desde la muerte del Infante, sin que se volviese á pensar en nuevos descubrimientos.

El estado de esta empresa no podía, sin embargo, ofrecer mejores esperanzas, puesto que, con un último viaje de Diego Cano, resultaba ya que los barcos portugueses se alejaban de Lisboa *mil trescientas leguas* hacia el Mediodía, esto es, hasta el río *Zaîro*, lo cual quería decir *que habían pasado la línea equinoccial*, cosa considerada siempre como irrealizable en aquella dirección ó sea en aquellos meridianos.

En este estado, el nuevo rey D. Juan, después de consagrar cinco años á reconocer y explotar las ricas costas de Guinea, y de haber fundado en ellas un puerto, un castillo y una iglesia, que más tarde debían ser la ciudad lla-

mada la *Mina*, pensó en continuar la interrumpida obra de su ilustre tío D. Enrique.

A todo esto, la corona de Portugal había obtenido ya del Papa la investidura de todos los descubrimientos hechos y que se hiciesen al Sur del cabo Bojador, donación que fué ratificada sucesivamente por todos los Pontífices hasta Sixto IV.

Provisto de estas garantías, llamó ante sí á un hidalgo de provincia, famoso marino, llamado *Bartolomé Díaz*, y le confió el mando de tres buques, que salieron del puerto de Lisboa el día 12 de Agosto de 1486, saludados por una inmensa multitud.

Dos de estos buques eran de cincuenta toneladas, y en uno de ellos iba Diaz, como jefe de la expedición, y en el otro comandaba Juan Infante, célebre marino del rey. En la tercera embarcación, que era más pequeña, iban los bastimentos.

La navegación se presentó felíz: antes de una semana llegaron á Tenerife, donde hicieron agua; pasaron sin contratiempo el terrible cabo Bojador, y el día 21 de Setiembre se encontraron *con el sol* sobre la línea equinoccial.

Bartolomé Diaz no quiso, como sus predecesores, navegar con las costas á la vista, sino que engolfóse mar adentro, á pesar de las protestas de la tripulación, que por un lado temía

extraviarse y por otro deseaba observar las rarezas de aquellos países; pero el Capitán los consolaba diciéndoles que todo aquello lo habían ya visto otros portugueses, y que, cuando alcanzasen tierras á que nadie hubiera llegado, ya navegarian al cabotaje y verian cosas dignas de ser contadas, siquiera por lo nuevas.

Un mes después anclaron en la embocadura del río Zairo, último país visitado por los europeos.

Allí envió Diaz á unos negros del reino del Benin, que lo acompañaban como intérpretes, á que se entendieran con los habitantes del *Congo*, y supo por éstos que sus ideas sobre el límite del Africa no carecían de fundamento.

Levaron anclas, por consiguiente, más entusiasmados que nunca, y en pocos días corrieron otras ciento veinte leguas, tomando fondo casi dos grados al Sur del Trópico de Capricornio, es decir, fuera de la Zona tórrida, en la embocadura de un río que nombraron de los *Elefantes,* por los muchos que vieron en sus orillas.

El Comandante saltó entonces á tierra con un marino, á quien quería mucho y que no era otro que Bartolomé Colón, hermano del célebre Cristóbal (que ya recorría la Europa mendigando cuatro tablas y un lienzo á cambio

de un mundo), y, habiendo subido las márgenes del citado río, encontraron media docena de salvajes, negros, desnudos, feísimos, y de más de siete piés de altura, los cuales bogaban tranquilamente en el tronco de un arbol ahuecado al fuego, comiéndose un hipopótamo.

Luego que se calmó la mútua sorpresa de aquellos hombres tan distintos entre sí, preguntáronles los dos Bartolomés, por medio de los negros que tomaron en el Congo, *quiénes eran*: á lo que contestaron que eran *los kuákua*.

Estaban en el país de los *hotentotes*.

Aquellos gigantes (no tan corpulentos como se los supone) eran tan estúpidos que casi no tenían memoria, desconocían el pudor y hasta carecían de idioma, expresando sus sentimientos con gestos, señas y ahullidos; pero así y todo se consideraban muy más civilizados que otra nación que dijeron hallarse al Mediodía, compuesta de hombres que vivían en los bosques como las fieras; por lo que los portugueses los llamaron *Bosgemanes*.

El clima era templado, y cuando llegaron allá los portugueses, que fué á mediados de Octubre, concluía el invierno.

Después de descansar allí algunos días, levaron anclas los atrevidos aventureros y dirigieron las proas al polo meridional.

Pronto perdieron de vista la tierra... ¡Quizás había terminado ya la costa occidental del Africa!...

Viran á babor para cerciorarse, y el mar los repele.

—¡Adelante! (exclama Diaz:) corramos algunas leguas más hacia el Sur.

Pero pronto se apoderan de los barcos unas corrientes tan impetuosas, que es en vano pensar en dominarlas.

Arrastrados, arrebatados, girando en diversas direcciones, ya avanzando hacia el Mediodía, ya hacia el Oriente, pasaron tres días y tres noches.

La tripulación espantada cree que ha llegado la hora de que Portugal purgue su atrevimiento de un siglo, y que el Océano va á vengarse de cuantos secretos le habían arrancado aquellos impertérritos náutas.

Al fín, una mañana, el viento y las olas los arrojaron en una bahía baja y arenosa, que denominaron de las *Vacas*, por las muchas que allí vieron.

¡Habían doblado el *Cabo* tan deseado! ¡Habían encontrado el límite de Africa!—Pero lo ignoraban todavía.

Continuaron, pues, caminando al Este, siguiendo la inclinación de la costa; y temiendo á cada momento que esta se dirigiese de

nuevo al Sur, como aconteció en el golfo de Guinea.

Así llegaron á *Lagoa*.

Allí se sublevó la tripulación, pidiendo á Diaz que se volviese, pues el barco de las provisiones se había perdido, y ya se encontraban á más de *mil ochocientas* leguas de la patria; pero Diaz obtuvo que le dejasen correr otras veinticinco leguas más, prometiendo que, si en aquél espacio no se inclinaba la tierra hacia el Norte, daría por terminada la expedición y regresaría á Lisboa.

Pocas horas después, la costa de Africa se presentó á los ojos de los portugueses tendida hacia el Norte en toda la extensión que alcanzaba la vista...

—¡Compañeros! (gritó el Comandante:) ¡hemos triunfado! ¡Hace tres días que doblamos el último cabo de Africa!... ¡A Portugal! ¡á Portugal!

Y, recordando que en aquél *cabo* estuvieron tan expuestos á perecer, llamáronle desde luego el cabo *Tormentorio*.

Arribaron entonces á una pequeña isla, que denominaron de *Santa Cruz*, situada en frente de la *Cafrería;* y, reparadas las averías de las naves, y hechas algunas provisiones, levaron anclas, volvieron las proas hacia el camino que habían traido, y emprendieron la vuelta á Por-

tugal,—á donde llegaron en Diciembre de 1487, diez y siete meses y medio después de su partida.

Inexplicaple fué el júbilo del rey, de la corte y de toda la nación al saber la fausta noticia de que se había encontrado el fín de Africa; y, como dijera Díaz que había llamado *Cabo de las Tormentas* á aquél promontorio tan deseado:—«*No quiera Dios*, respondió el monarca, *que conserve un nombre de tan mal agüero. Que se le llame* CABO DE BUENA ESPERANZA.

Y dijo esto, por la que abrigaba de llegar á la India por aquél camino.

VIII.

VASCO DE GAMA.

Pasaron diez años desde la vuelta de Díaz, sin que el rey de Portugal ¡asómbrense nuestros lectores! pensase en ultimar aquella extraordinaria empresa. Lejos de eso (¡parece increible!), dedicóse á buscar al *Preste Juan de las Indias* por la parte de Egipto; y, esperando noticias de este soñado personaje, pasó el resto de su vida, que tuvo fín en 1495.

Ya había descubierto Colón la América, y sólo este estímulo pudo sacar de su apatía al nuevo rey D. Manuel el *Grande y el muy feliz*,

á quien inútilmente animaba su esposa Doña Isabel (repárese en esta coincidencia de nombre) para que mandase una expedición á la India por el *Cabo de Buena Esperanza*.

Decidido al fín el monarca, encomendó la dirección y equipo de la armada á un noble de Synis, llamado *Vasco de Gama*, hombre de unos cuarenta y siete años y marino de gran reputación por su destreza y valor extremado.

Cuatro naves compusieron la nueva expedición. En una iria Gama, como comandante; en otra su hermano Pablo; en la tercera, Nicocolás Coello, y en la última los bastimentos, al mando de Gonzalo Nuñez. El total de la tripulación era de unos ciento ochenta hombres.

De este modo se dieron á la vela en Belén, puerto situado á una legua de Lisboa, el día 8 de Julio de 1497.

Por una felíz casualidad poseemos un mapa portugués muy antiguo, obra de un fraile de San Jerónimo, donde está trazada escrupulosamente la ruta que siguieron esta vez los expedicionarios. Auxiliados, pues, por esta importante carta, podemos asegurar lo que tantas dudas ha ofrecido á los diversos autores que tratan de este viaje.

Gama tocó en la isla de la *Madera*, donde, apagado el incendio, se habían plantado sar-

mientos de Chipre y echado los fundamentos de algunas poblaciones; luégo pasó á tres leguas O. de la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias; detúvose en la de Santiago, que es la principal del archipiélago de Cabo-Verde, y ya no vió tierra hasta llegar á la isla de Santo Tomás. De allí fué siguiendo el mismo rumbo que sus predecesores, cuyos rastros encontró más de una vez, y áun á muchos de ellos establecidos ya en aquellas privilegiadas regiones. El día 3 de Octubre desembarcaron en la bahía de *Santa Elena*, é hicieron agua en un río que llamaron de *Santiago;* y, habiendo saltado Gama á tierra con el fín de tomar la altura del sol, atacóle una horda de *Bosgemanes*, y salió levemente herido. Quisieron sus compañeros vengar aquella ofensa; pero, como el número de los salvajes crecía sin cesar, Gama no quiso entrar en una refriega peligrosa, cuando ya se veía á cincuenta leguas del Cabo de Buena Esperanza. Levaron, pues, anclas, y siguieron su camino.

Pero si resistencia opuso el terrible Cabo al paso de las primeras naves portuguesas, mayor y mucho más prolongada fué la lucha que sostuvo con la escuadra de Vasco de Gama. El viento S. E., que reina allí todo el estío, y las corrientes indomables de las olas, con más una tormenta, magníficamente cantada por

Comoens, parecían cerrar á su osadía las puertas del codiciado Oriente.

Al fín, después de largas horas de agonía, hundióse para siempre en los abismos del mar aquella figura *robusta é valida* de que habla el poeta citado, aquél gigantesco vigía del *Tormentorio*, colocado por Dios entre ambos hemisferios.

Gama entró en el *Mar de las Indias*.

Cinco días después saludaba el último padrón puesto por Bartolomé Diaz en la isla de Santa Cruz.

El 25 de Diciembre, día de Navidad, pasaron por una hermosa costa que llamaron *Natal* (en recuerdo de la festividad religiosa que celebraba en aquél instante la Iglesia cristiana), nombre que conserva todavía.

Hicieron agua en un río que denominaron del *Cobre*, en cuyas orillas permanecieron hasta el 18 de Enero, que partieron hacia *Mozambique*, á donde llegaron el 7 de Marzo.

Tocaron sucesivamente en *Mombasa* y *Melinda;* pero no en *Quiloa*, por recelar que allí les preparaban una traición.

El día 26 de Abril, pasaron nuevamente la línea equinoccial, y habiendo tomado la altura del sol, como lo hicieron al pasarla por el otro lado del Africa, dedujo Vasco de Gama que la anchura de esta parte del mundo no excedía,

por aquella latitud, de unas setecientas leguas. ¡Era la primera vez que se hacía este cálculo!

Finalmente: el día 18 de Mayo de 1498 fondeó el buque de Gama delante de las costas de la India, á dos leguas de Calcuta.

La dorada esperanza de D. Enrique el *Navegante* se había cumplido treinta y ocho años después de su muerte.

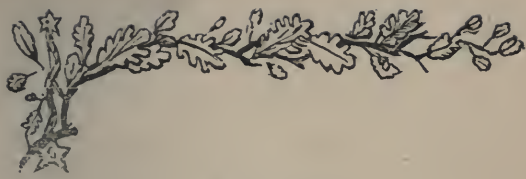
IX.

Vasco de Gama volvió á Portugal en Setiembre del siguiente año, cerca de treinta meses después de su partida.

El rey, loco de júbilo, lo nombró Almirante de aquellos mares, permitióle llamarse *don*, y le señaló mil ducados de renta.

Su sucesor, D. Juan III, lo hizo marqués de Vidigueira y virey de la India.

A Bartolomé Díaz lo olvida la Historia; prueba evidente de que la corte de Lisboa hizo otro tanto con los merecimientos del verdadero vencedor del Gigante en quien personifica el Poeta al terrible Cabo Tormentorio.



ÍNDICE.

	Páginas
Dedicatoria al Excmo. Sr. D. Juan Valera	5
El Carbonero-alcalde	7
El Afrancesado	33
¡Viva el Papa!	51
El Extranjero	73
El Angel de la Guarda	93
La Buenaventura	109
La Corneta de llaves	131
El Asistente	151
¡Buena pesca!	167
Las dos glorias	185
Dos retratos	199
El Rey se divierte	223
Fín de una novela	233
El Libro talonario	251
Una conversación en la Alhambra	267
El Año campesino	289
Episodios de Noche-buena	303
Mayo	319
Descubrimiento y paso del Cabo de Buena Esperanza	343

OBRAS DE D. PEDRO A. DE ALARCON

DE QUE HAY EJEMPLARES Á LA VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE MADRID.

Diario de un testigo de la guerra de África.—Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 12 reales cada uno.

De Madrid á Nápoles.—Relación del viaje del Autor por toda Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc.—Segunda edición, con 24 magníficas láminas.—Un tomo en 4.° mayor, de 580 páginas, 28 reales.

El sombrero de tres picos, novela.—Un tomo, 10 reales.

El Escándalo, novela.—Un tomo, 16 reales.

El Niño de la Bola, novela.—Un tomo, 16 reales.

El final de Norma, novela.—Un tomo, 12 reales.

El Capitán Veneno, novela.—Un tomo, 12 reales.

Poesías.—Colección completa, con la biografía del Autor y un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 20 reales.

La Alpujarra (sesenta leguas á caballo, pre-

cedidas de seis en diligencia).—Un tomo en 4.°, de lujo, 36 reales.

Discursos sobre la Moral en el Arte, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española.—8 reales.

Respecto de las demás obras del Sr. Alarcon, véase el siguiente catálogo-prospecto de la

COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Romancero espiritual del Maestro Valdivielso.—Un tomo con el retrato del Autor, 120 grabados de adorno y un Prólogo del R. P. Miguel Mir, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales á 6, 10, 25, 30 y 250 pesetas.—Encuadernaciones de lujo á 5 y 30 pesetas.

Teatro de D. Adelardo López de Ayala.—Tomo I. *Un hombre de Estado*, *Los dos Guzmanes*, *Guerra á muerte*. Con una advertencia preliminar de D. Manuel Tamayo y Baus.—Un tomo, con el retrato del Autor, 5 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 pesetas.

Novelas cortas de D. Pedro Antonio de Alarcon.—Primera serie: CUENTOS AMATORIOS.—*Sinfonía: Conjugación del verbo «amar,» La Comendadora*, *El Coro de ángeles*, *Novela natural*, *El Clavo*, *La última calaverada*, *La belleza ideal*, *El Abrazo de Vergara*, *Sin un cuarto*, *¿Por qué era rubia?*, *Tic... tac...*—Un tomo, con el retrato y la biografía del Autor, 16 reales.

Novelas cortas de D. Pedro Antonio de Alarcon.—Segunda serie: HISTORIETAS NACIONA-

LES.—*El carbonero-alcalde*, *El afrancesado*, *El extranjero*, *¡Viva el Papa!*, *El Angel de la Guarda*, *La buenaventura*, *¡Buena pesca!*, *La Corneta de llaves*, *El asistente*, *Dos retratos*, *Las dos glorias*, *El Rey se divierte*, *Fín de una novela*, *El libro talonario*, *Una conversación en la Alhambra*, *etc.*, *etc.*—Un tomo, 16 reales.

OBRAS EN PRENSA.

Poesías de D. Andrés Bello.

Teatro de D. Adelardo López de Ayala.—Tomo II.

El Escándalo, novela de D. P. A. de Alarcon.—Un tomo, 16 reales.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

Teatro de D. Adelardo López de Ayala.—Tomo II.

Novelas cortas, de D. Pedro Antonio de Alarcon.—Tercera serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—*El amigo de la muerte*, *Los seis velos*, *Soy*, *tengo y quiero*, *Dos Ángeles caidos*, *Mañanas de Abril y Mayo*, *Los ojos negros*, *El año en Spitzberg*, *etc.*—Un tomo.

La Pródiga, novela nueva de D. Pedro A. de Alarcon.—Un tomo, 16 reales.

Cosas que fueron. Cuadros de costumbres, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—*La Noche-Buena del poeta*, *Las ferias de Madrid*, *El pañuelo*, *cuadro de batista*, *Lo que se ve con un anteojo*, *Si yo tuviera cien millones*, *Cartas á mis muertos*, *La fea*, *autopsia*, *El año nuevo*, *El año madrileño*, *Visitas á la marquesa*, *etc.*, *etc.*—Un tomo.

Obras de Juan Eugenio Hartzenbusch.

Historia del Emperador Cárlos V, por Pedro Mexía (inédita).

Historia de las ideas estéticas en España, por D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Viajes por España, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—Un tomo.

Juicios literarios y artísticos, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—Un tomo.

Novelas escogidas, de Salas Barbadillo.

Obras escogidas, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de Escritores Castellanos*, se hará directamente á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7).

OBRAS DE D. SEVERO CATALINA.

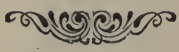
La mujer.—Un tomo, 16 reales.

Roma.—Tres tomos, 48 reales.

La verdad del progreso.—Un tomo, 16 rs.

Viaje de SS. MM. á Portugal.—La rosa de oro.—Discurso académico.—Un tomo, 16 rs.

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid.



Author Alarcon, Pedro Antonio de
Title Novelas cortas. Vol.2
LS. A3217no

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU